

SEGUNDA EDICIÓN

EL
MISTERIO
DE
RINWOOD

H.H. SOUSA

El Misterio de Rhinwood

H. H. Sousa

Derechos de autor © 2025
Héctor Manuel Hernández Sousa

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Obra registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual de Galicia.

Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

Agradezco profundamente a mi familia, en especial a mi hermana Andrea Paola, por su apoyo incondicional y por ser una fuente constante de motivación que me impulsó a concluir esta obra. A mis amigos leales, gracias por escuchar mis ideas más disparatadas, por sus consejos sinceros y por acompañarme en este viaje de palabras.

Agradezco también a los lectores —los de siempre y los que recién llegan— por sus comentarios, sugerencias y por ese entusiasmo que da vida a las páginas. Gracias a ti, lector, por tener este libro en tus manos, ya sea comprado, regalado o encontrado en algún rincón del vasto Internet. Te invito a seguir explorando conmigo las historias que aún esperan ser contadas.

Y por último, dedico este libro a todos aquellos que, como yo, están en busca de su propósito. Que Dios ilumine su camino, y que encuentren, aunque sea una chispa, que los inspire a levantarse cada mañana con esperanza.

Héctor Manuel Hernández Sousa.

CONTENIDO

	Agradecimientos	i
1	Rhinwood	1
2	El Bosque de Rhinwood	10
3	Luces en la Oscuridad	21
4	Señales de Esperanza	38
5	El Oráculo de Engelfall	54
6	El Valle de Engelfall	70
7	La Visión del Oráculo	88
8	Descubrimientos y Revelaciones	112
9	El Árbol de las Sombras	130
10	Una Sombra en el Castillo	153
11	La daga Maldita	175
12	Dürkâligoth	218
13	La luz en el horizonte	239
14	Epílogo	244

PROLOGO

Rhinwood era un pueblo pequeño, recostado junto a un río profundo que los lugareños llamaban, sencillamente, *el Rhin*. Allí, donde el agua corría espesa y oscura como la tinta de un secreto, nació una comunidad fundada por Nária de Trim, una mujer que aseguraba descender de un antiguo y poderoso linaje. El asentamiento comenzó como un puerto modesto, desde donde se transportaban los materiales necesarios para levantar, piedra a piedra, el Castillo de Rhinwood: un alto baluarte de piedra gris que se alzaba sobre la colina como un centinela silencioso.

Con el tiempo, las familias de los alrededores —campesinos, artesanos, forasteros— comenzaron a asentarse en torno al puerto. Así, tras algunos años, surgió el pueblo de Rhinwood, que albergaba entonces a unas cuarenta familias. El gobierno del lugar recaía en la familia Trim, cuyos sacerdotes regían los asuntos del pueblo desde un pequeño templo enclavado en lo alto. A los señores del castillo, en cambio, nadie los veía. Eran apenas una sombra entre rumores, una presencia lejana envuelta en leyendas.

Nadie se atrevía a acercarse demasiado a los terrenos del castillo, y en verdad, durante las primeras décadas, pocos

sentían siquiera la tentación.

Se hablaba, sí, de fiestas fastuosas en los salones del castillo. Un carretillero afirmaba haber escuchado risas y música al pasar cerca de los muros, e incluso haber visto, desde los claros del bosque, figuras que danzaban bajo los faroles. Pero todo eran susurros y especulaciones. Hasta que una mañana, treinta años después de la finalización del castillo, el silencio se rompió.

Aquel día llegaron al puerto varios hombres desconocidos, cargando cajas selladas con símbolos extraños. Nadie les preguntó nada: fueron escoltados en silencio por los sacerdotes del templo hacia el camino que ascendía hasta el castillo. Desde entonces, la curiosidad se encendió como una chispa en la hojarasca. Las voces comenzaron a multiplicarse: que si realizaban rituales paganos, que si ofrecían sacrificios humanos, que por eso no dejaban que nadie se acercara. Los sacerdotes lo negaron con violencia, amenazando con prisión a quien osara repetir tales herejías. Pero ya era tarde: la duda había echado raíces.

Y como toda semilla bien regada por el miedo, creció. Las historias se deslizaron entre las mesas de las cantinas, en los zaguanes oscuros, en las noches en que el vino suelta la

lengua. Lo que nadie sabía entonces era que, por una vez, los rumores estaban en lo cierto.

Una mañana de primavera, una pareja de comerciantes regresaba de una aldea vecina con provisiones. Al pasar cerca del castillo, vieron una carreta salir del sendero principal. Dos hombres la guiaban, con el rostro cubierto. La pareja, movida por la sospecha, escondió su carga bajo unos matorrales y decidió seguirlos a pie. Se adentraron en el bosque, ocultándose entre los árboles, hasta que llegaron a un claro donde la carreta se detuvo.

Lo que vieron les heló la sangre.

En la parte trasera del vehículo, yacían apilados al menos una decena de cuerpos. Sin ceremonia, los hombres comenzaron a arrojarlos a una zanja ya abierta, para luego cubrirla con tierra. La pareja no pudo seguir mirando. El horror fue más fuerte que la curiosidad. Corrieron de vuelta al pueblo, pálidos, temblorosos, gritando lo que habían visto.

Lo que siguió fue inevitable.

La gente del pueblo, furiosa, acudió al lugar y descubrió no una, sino varias fosas ocultas. La verdad ya no podía

escondese. Se formó una turba: antorchas, tridentes, gritos. El castillo fue asaltado. Hubo lucha, sangre, y muchas muertes en ambos bandos. Finalmente, los Trim fueron expulsados. Nadie volvió a saber de ellos. El castillo quedó vacío, tragado por el musgo y el silencio.

O eso creyeron.

Porque entre sus altos árboles aún habitaba alguien.

Alguien que estaba allí mucho antes de que se colocara la primera piedra.

Alguien que nunca se fue.

1 RHINWOOD

Terrenos del castillo de Rhinwood, 60 años después.

El bosque que rodeaba el castillo estaba cubierto de una bruma húmeda y persistente. Desde la ventana de su cabaña, Herwin miraba en silencio, los ojos aún pesados por el sueño inquieto que acababa de abandonar. Las pesadillas se repetían últimamente: gritos distantes, rostros sin forma, sangre sobre piedras antiguas. Despertaba empapado en sudor, el pecho agitado como si hubiera corrido desde el fondo del bosque.

Herwin vivía allí desde hacía décadas, en aquella cabaña que había levantado con sus propias manos, cuando aún era joven y el castillo no era más que un sueño en boca de extraños. Recordaba con claridad el día en que ella llegó.

Fue una mañana fría, con el sol apenas rompiendo entre los

árboles. Un grupo de jinetes emergió del bosque, sus siluetas recortadas contra la niebla. Al centro de la comitiva cabalgaba una mujer de aspecto sobrenatural: pálida como la luna, con una trenza negra que caía pesada sobre su hombro. Su montura, de un blanco casi irreal, parecía flotar entre las sombras. La escoltaban cuatro hombres con armaduras de cuero oscuro y lanzas al hombro.

Herwin, que la había visto llegar desde lejos, dejó sus herramientas a un lado y se sentó sobre un tronco, observando sin disimulo.

La mujer desmontó con elegancia, su porte majestuoso, como si no conociera el miedo ni la prisa.

—Buenas tardes, señor —dijo con voz firme pero suave—. Mi nombre es Nária de Trim, hija del conde Felissar. Hemos venido a establecer un asentamiento en estas tierras. ¿Es usted dueño de ellas?

Herwin tardó en responder. La miró con la serenidad de quien ha vivido muchos inviernos.

—Dueño solo de mi vida, señora. La madera y la piedra me las presta el bosque... hasta que decida quitármelas.

Nária esbozó una sonrisa leve.

—No busco desalojarlo ni imponerle nada. Queremos construir un asentamiento junto al río. Esta región tiene potencial, y muchos de los nuestros desean una nueva vida. Solo queremos saber si hay otros habitantes en la zona.

—A orillas del Rhin hay unas cuantas familias. A medio día de aquí, siguiendo el ocaso del sol. Viven tranquilos, como yo.

—Eso facilita las cosas —asintió ella—. ¿Y usted? ¿Por qué vivir tan lejos del río?

—Aquí tengo paz. Y desde este claro, si se fija bien, puede verse el cauce entre los árboles.

Nária se giró, observó el terreno con ojos calculadores.

—Es un lugar perfecto para un castillo. ¿Le importaría si construimos cerca de su cabaña? Podría ayudarnos. Le pagaríamos, y quizás hasta mejore su hogar.

—Puedo ayudar —dijo Herwin tras una pausa—. Siempre que me prometa que no traerá problemas.

—Le doy mi palabra —respondió ella, sin titubeos.

Volvió a montar y se alejó con su comitiva en dirección al río.

Herwin no se movió.

Permaneció sentado en el tronco largo rato, viendo cómo los jinetes se desvanecían entre la niebla del bosque. Como si presintiera, aunque no lo supiera aún, que esa promesa marcaría el inicio de todo.

Herwin salió de su letargo y alzó la vista: el sol descendía lentamente hacia el horizonte. Las aves cantaban con más fuerza, anunciando el final de la tarde y una brisa fresca le advirtió que la noche se acercaba.

Estaba solo en su cabaña, como de costumbre. Vivía tan alejado del pueblo que mantenía escaso contacto con otras personas. Pasaba sus noches patrullando los alrededores del castillo y cazando animales pequeños para su sustento. Durante el día, se dedicaba a revisar y rearmar las trampas, recogía alguna presa y regresaba a casa para descansar por la tarde.

Su cabaña, construida con gruesos troncos, era rectangular, con un techo alto y una chimenea en el lado derecho. Estaba situada al final de la densa arboleda que rodeaba el castillo. Aunque compartían el mismo terreno, los árboles impedían ver el castillo desde sus ventanas. Desde lo alto de la colina, sin embargo, podía distinguirse la chimenea. Aun así, para llegar hasta la cabaña era necesario atravesar un largo tramo de bosque.

Abrió un poco más la ventana y el aire frío le indicó que era hora de comenzar su ronda. Tomó la linterna, se ajustó el cinturón con el cuchillo de caza, calzó sus botas y salió.

Siempre le subía el ánimo caminar alrededor del castillo. En otros tiempos, esos terrenos estaban llenos de vida: carruajes llegaban con mercancía, los invitados acudían a los banquetes de la señora, y se celebraban fiestas ocasionales. Ahora, todo eso no era más que un recuerdo: un montón de piedras viejas. Desde aquel incidente que alteró para siempre la relación con el pueblo, el castillo había permanecido abandonado. Nadie se atrevía a acercarse. Y él prefería no permanecer allí más de lo necesario. Avanzó unos metros en silencio, inmerso en sus pensamientos. Escuchaba el crujir de los árboles, el zumbido de los insectos. De pronto, un ruido extraño lo hizo detenerse.

—¿Hola? ¿Quién anda ahí? —preguntó, alzando la voz.

Nadie respondió.

Levantó la linterna.

La luz proyectó sombras largas y temblorosas entre los árboles. Todo parecía normal.

—Debió ser mi cabeza —murmuró.

Reanudó la marcha.

Al llegar al inicio de la ladera, otro sonido, más cercano esta vez, lo sobresaltó. Volteó justo cuando una sombra se abalanzó sobre él. Cayó hacia atrás, pero enseguida sintió una lengua húmeda en la cara, acompañada de ladridos y gruñidos juguetones.

—¡Roco! ¡Eres tú! ¡Me has asustado, muchacho!

El cachorro lo miraba con la alegría desbordante de quien encuentra a su mejor amigo. Movía la cola con entusiasmo y saltaba a su alrededor.

—Vamos, que voy a dar la ronda. Acompáñame.

Roco soltó un ladrido breve, como si entendiera.

Continuaron caminando hasta llegar a los pies del castillo: una construcción imponente cuyas paredes de piedra sobresalían entre las montañas cubiertas de árboles. Herwin sostenía la lámpara en su mano izquierda; a su derecha iba Roco, husmeando las hierbas del camino y moviendo tranquilamente la cola.

Llegaron a la parte trasera del castillo, donde se encontraba la entrada a las cocinas. Allí solían guardar provisiones y materiales para las tareas diarias. Estar en ese lugar le resultaba extraño y le despertaba cierta tristeza. Había

visto a tantas personas hacer vida en ese castillo antes del desastre, y ahora todos eran recuerdos borrosos, puntos fugaces en su memoria.

Desde la llegada de aquella mujer pálida hasta el día de hoy habían pasado muchos años. Sin embargo, él seguía allí: sorprendentemente vivo y sin los males que aquejan a un hombre de su edad. Su cuerpo aún conservaba la fortaleza de la juventud, sin dolencias ni fatiga.

Suspiró y siguió adelante, atrapado en recuerdos que surgían a cada paso. Al llegar a la entrada principal, contempló el inmenso bosque que separaba los terrenos del castillo del pueblo de Rhinwood. A medida que el pueblo creció, los nuevos habitantes trajeron consigo avances de tierras lejanas: calles empedradas, faroles que se encendían por la noche, tecnologías extrañas.

Herwin se sentó sobre una roca y quedó inmóvil, observando el horizonte. Luego de un rato, notó algo inusual: no se veía ni una sola luz en el pueblo. Frunció el ceño. Hacía tiempo que no se sentaba en ese lugar, pero podía jurar que desde allí siempre se distinguía el resplandor de los faroles.

—Qué extraño, Roco. Mira las luces del pueblo... están

apagadas —comentó mientras acariciaba las orejas del cachorro—. No recuerdo la última vez que fui al pueblo... ¿unos meses? Fue por aquella sogá, creo. Quizá sea hora de visitarlo, tal vez encuentre algún rostro conocido.

Guardó silencio unos segundos, meditando su decisión.

—Así será, muchacho. Mañana marcharemos al pueblo. Ya va siendo hora de hablar con alguien que no seas tú. No te ofendas, pero eres pésimo para conversar.

Terminaron su caminata y volvieron a la cabaña. Allí prepararon algo de comer. Herwin despellejó dos conejos que había atrapado en las trampas y, como cada noche, volvió a hacerse la misma pregunta: ¿Qué habrá sido de la familia Trim?

A pesar de todo lo que el pueblo descubrió tras el incidente, ellos habían sido generosos con él. Compartían su comida, le llevaban ropa y regalos. En los tiempos en que los Trim vivían en el castillo, nunca necesitó ir al pueblo. Podría decirse que era un desconocido para los habitantes de Rhinwood.

2 EL BOSQUE DE RHINWOOD

El camino entre el castillo y el pueblo atravesaba el bosque de Rhinwood, una extensa zona montañosa de árboles altos cuyas copas se tragaban la luz del sol. El aire siempre olía a humedad y el suelo, cuando llovía, permanecía húmedo por semanas.

El día amaneció un poco nublado. Herwin se despertó y se arregló. Había decidido que ese era el día en que iría al pueblo. Cogió una mochila y comenzó a empacar algunas cosas: una lámpara de aceite, algunas tiras de carne seca que él mismo preparaba, un cuchillo de caza y una cuerda de unos pocos metros. Le dio una tira de carne a Roco y comió él un pedazo. Se puso el abrigo y abrió la puerta. Un viento frío y húmedo le besó el rostro.

—Vamos, muchacho —animó a Roco—, tenemos mucho camino por delante.

Salieron de la cabaña y comenzaron el camino lentamente, pasó al lado del castillo y siguió en dirección al bosque. Poco a poco, los árboles fueron tragándose la luz hasta que solo unos pocos rayos llegaban al suelo. Roco miraba a todos lados nerviosamente, quizás percibiendo cosas inaudibles para Herwin.

—Es muy extraño lo que está pasando. Ahora que lo pienso bien, hace mucho tiempo que no viene nadie al castillo. Y eso de las luces apagadas en la noche... algo no va bien, muchacho. Hace muchos años que la claridad del pueblo se nota desde la colina del castillo... —pensó en voz alta Herwin, como queriendo que Roco tuviera la respuesta—. Debemos ir allí y ver qué está pasando, ver si necesitan ayuda...

Luego de eso siguieron varias horas de caminata en silencio. De vez en cuando, sonaba algún ruido, ya fuera de un animal o de otra cosa. Rápidamente, Herwin sacaba el cuchillo y Roco se paraba firme a su lado.

—¿Hay alguien allí? —preguntaba sin obtener ninguna respuesta.

Continuaron caminando hasta llegar a una encrucijada. Había un cartel con dos flechas opuestas. En una de las flechas de madera desgastada, apenas visible, se leía “Rhinwood”. En la otra flecha, el nombre de algún lugar que él no conocía. El aire húmedo del bosque era difícil de respirar. Herwin observó por unos momentos el letrero de la encrucijada, pensando cuánto tiempo hacía que no visitaba el pueblo. Su comida la obtenía de los bichos del bosque que caían en sus trampas y algunas raíces que crecían cerca.

Comenzó a caminar en dirección a Rhinwood y continuó un largo rato. Roco olía todo a su paso, curioso, deteniéndose ante cada olor nuevo y de vez en cuando levantando las orejas al escuchar algún ruido lejano.

Herwin divagaba como solía hacer en sus largas caminatas, cuando de pronto un ruido lo sacó de su letargo, a unos cuantos metros se observaba una carreta que venía hacia él. Poco a poco se fueron acercando hasta que pudo observar algunos detalles: Era tirada por un caballo pequeño, de aspecto viejo y cansado, la carreta la conducía una pareja de campesinos y dos niños en la parte trasera, de pie, viendo hacia el frente. Herwin, al estar más cerca, se detuvo a esperar que estuvieran junto a él y cuando estuvieron

suficientemente cerca les hablo.

—Buenas tardes —dijo con un tono amable.

Había una mirada de desconfianza en los ojos de la señora, investigó a Herwin con la mirada y se apretó contra su marido. El cual tenía el cabello grisáceo y una barba algo poblada, su aspecto era desaliñado pero su mirada era de alguien muy amable.

—Buenas, señor. ¿le puedo ayudar en algo? —respondió el conductor de la carreta.

—Me dirijo hacia Rhinwood. Hace mucho tiempo que no voy hasta el pueblo. Hace unos días noté que había pocas luces en la noche y me ha picado la curiosidad.

—Ah si... Eso es porque...- El hombre miró hacia todas las direcciones y luego a su mujer, la cual seguía apretada contra su brazo. La gente del pueblo no encienden las luces desde... desde que desapareció el segundo... —el hombre miró nerviosamente a su mujer.

—No deberíamos hablar de eso aquí, Roger —intervino la mujer, mirando a todos lados. El asintió y ambos se pusieron muy nerviosos.

—¿El segundo? ¿A qué se refiere, señor? —, pregunto Herwin.

—Disculpe, señor, pero nos tenemos que ir. -Respondió tajante la mujer-. Vayámonos, Roger. No hables de eso, sabes que es peligroso —, presionó.

—No pasa nada, solo estamos nosotros aquí, he caminado miles de veces por estos bosques —insistió Herwin.

—El señor volvió a mirar a todas direcciones- Es que ha habido algunas desapariciones -dijo en voz baja acercándose a Herwin

—¡Roger, por el amor a tus hijos, no digas más nada! — dijo la mujer, alternándose bastante al escuchar estas últimas palabras.

Los niños al oír a su madre se escondieron bajo las mantas que había en la carreta. Roco también se puso muy nervioso y comenzó a ladrar y a Herwin no le quedó más que intentar calmar al cachorro e interrumpir la conversación. Cuando volvió a mirar al conductor, el hombre lo miraba con ojos nerviosos.

—Lo siento, señor, debo continuar. Solo puedo decirle que el pueblo ya no es seguro. Tenga mucho cuidado ahí. Buena

suerte.

Con esto, se marcharon, los cascos del pequeño caballo comenzaron a andar y la carreta poco a poco se perdió en la bruma. Herwin se quedó en el mismo sitio, atónito por la extraña respuesta de la mujer. ¿Qué quería decir con que no era seguro?

—Algo muy extraño está pasando, muchacho —le dijo Herwin al cachorro mientras le acariciaba entre las orejas—. Sigamos caminando, con suerte estaremos cerca para cuando anochezca.

Siguieron caminando y al cabo de un rato, logrando salir de la densidad del bosque, se encontraron en un claro sobre una pequeña colina. Podían verse los tejados de las casas a lo lejos, también podía ver el margen del río Rhin, descendiendo lentamente y dividiendo el pueblo en dos. Se detuvieron en la colina para observar la rutina del crepúsculo: poco a poco las nubes se pintaban de colores en el cielo, mientras el sol se despedía escondiéndose detrás de una montaña.

—Descansemos un poco aquí. Mañana por la mañana podremos dar una vuelta y quizás alguien nos pueda contar qué está pasando —dijo Herwin a su acompañante peludo.

Echaron un saco de dormir sobre la maleza y se recostaron, observando el cielo hasta quedar dormidos.

Herwin despertó en plena noche. Buscó a su lado a Roco pero éste no estaba, “tal vez había ido a investigar algo”, pensó. Se sentó sobre la manta, observando el pueblo, que se estaba en penumbras, no se veía ni una sola luz en las casas, aunque extrañamente si que veían algunas farolas de las calles encendidas, las cuales brillaban como faros en la penumbra del mar. Desde esa distancia, el aire misterioso lo envolvía todo. No se escuchaba nada, ni siquiera el crujir de los árboles.

¡Crac! Herwin giró la cabeza, un sonido de crujido detrás de él lo asustó. Entrecerró los ojos buscando en la oscuridad la fuente del sonido, pero no vio nada. ¡Crac!, otro sonido un poco más cerca. Algo se aproximaba. Herwin se puso de pie, sacó el cuchillo de caza y miró a todos lados, sin lograr ver nada. Su corazón latía fuerte y sus manos comenzaban a sudar. Poco a poco, sus ojos se acostumbraban a la oscuridad y empezaron a distinguir las figuras de los árboles.

—¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió.

—¿Hola?

¡Crac! Herwin pudo identificar la dirección del sonido y, aunque con las piernas frías y el corazón descontrolado, comenzó a andar hacia la fuente, adentrándose en el bosque.

Caminaba por un sendero denso, rodeado de maleza muerta Y ramas que golpeaba su rostro. El sonido parecía más cercano con cada paso y su corazón estaba a punto de salir de su pecho. ¡Crac! El sonido parecía provenir de un pequeño sendero a la derecha. Apartó la maleza y fue tras él, apenas pudiendo ver un metro por delante. Comenzó a distinguir una pequeña luz y a medida que se acercaba, vio una caja grande. Caminó un poco más y distinguió unas ruedas. ¿Era un carruaje? Siguió hasta llegar a él y comenzó a investigar, era una carreta, apenas visible por la débil luz de la lámpara. Había objetos esparcidos por el suelo, y cada paso tropezaba con algo.

Cogió la pequeña lámpara y su pequeña llama amarilla iluminó un poco más la escena. Era una carreta vieja y desgastada, con muchos objetos esparcidos alrededor. La madera estaba cubierta de telarañas, parecía abandonada hace mucho tiempo. De repente: ¡Crac! “¿De dónde viene ese maldito sonido!?”, pensó Herwin. Levantó un poco la lámpara y siguió caminando hacia el sonido. La tenue luz de

la lámpara le permitió ver un poco el camino, lleno de ramas viejas y hojas podridas. Herwin observaba atentamente el suelo cuando sintió algo frío rozándole el cuello.

En un movimiento instintivo, cayó sobre sus posaderas despavorido, soltando la lámpara, que cayó al suelo y rodó un poco hacia el frente. Sus ojos buscaron en la oscuridad aquello que lo había tocado, pero no había nadie, “¿Qué diablos ha sido eso?”, dijo en voz baja.

Cogió la lámpara nuevamente y cuando la levantó, vio algo que lo dejó helado: Un pie flotaba en el aire. Levantó la lámpara un poco más y vio que no era un solo pie, sino varios, y sus respectivos cuerpos, colgando amarrados de los árboles por el cuello. Dos adultos y un joven colgaban ahorcados. La luz de la lámpara no era suficiente para detallar sus rostros pero la escena era suficiente para dejar a Herwin congelado.

Con la lámpara aún alzada, retrocedió algunos pasos, atónito por lo que veía. Antes de apoyar el talón nuevamente hacia atrás, escuchó... ¡Crac!, justo detrás de él.

En un giro rápido, casi instintivo, vio a una niña, brutalmente clavada en el tronco grueso de un árbol. Sus

brazos pequeños estaban estirados hacia los lados, con estacas de metal en cada pantorrilla y brazo. Su boca estaba amordazada y su cabeza había sido amarrada al tronco a través del cuello. Sus ojos estaban cerrados en una mueca de dolor. “¿Está viva?” pensó. Sonó de nuevo, ¡Crac! Miró hacia uno de sus brazos y vio la fuente del sonido: uno de sus dedos, que doblaba una ramita del árbol y producía aquel sonido. Herwin tocó el hombro de la niña y está abrió los ojos débilmente, su mirada expresaba un sufrimiento y terror que Herwin nunca había visto antes.

La niña dejó de mover la rama y, con un suspiro, soltó una lágrima cargada de angustia. Herwin, suavemente, le quitó la mordaza de la boca y, con un último esfuerzo, la niña solo dijo:

—a...yu...da...me... —y su mirada se apagó.

3 LUCES EN LA OSCURIDAD

De un salto, Herwin despertó de la pesadilla, aterrorizado por lo que acababa de ver. Giró la cabeza en todas direcciones. “¿Qué había sido eso?”, pensó. Buscó a Roco, quien estaba a su lado mirándolo, con la cabeza inclinada y las orejas erguidas. Aún era de noche y, a lo lejos, se veían algunas farolas del pueblo encendidas. Es escuchaban algunos animales nocturnos, grillos, algunas ranas y algún otro animal lejano. Herwin estaba empapado en sudor frío, con el corazón acelerado. Se quedó un momento en silencio pensando en lo que había soñado, “nunca había tenido un sueño así, parecía tan real”, pensaba mientras repasaba horrorizado los detalles del sueño y haciéndose varias preguntas que se ahogaban al no tener una respuesta lógica.

Luego de calmarse un poco, se recostó sobre la manta y se quedó un buen rato mirando las estrellas. Aún faltaban algunas horas para el amanecer pero no podía conciliar el sueño luego de esa pesadilla.

Luego de estar un rato ahí, decidió que sería mejor si continuaba la caminata hacia el pueblo, de igual manera no podría conciliar el sueño nuevamente. Se levantó, guardó sus cosas y emprendió el viaje.

—Bueno, muchacho, a ver si podemos hablar con alguien en el pueblo que nos explique a lo que se refería el señor de la carreta-, le dijo a Roco.

Sacó unos pedazos de carne seca y comenzó a comer en silencio mientras bajaba lentamente la cuesta. Ese ultimo sueño lo había perturbado bastante y se preguntaba constantemente: ¿Quiénes eran aquellas personas? Y, sobre todo, ¿quién les había hecho algo tan horrible?. Podía sentirse como el día se iba abriendo paso en la penumbra el cielo que se veía un poco más claro, aunque aún necesitaba la linterna para ver con claridad; en el pueblo no se escuchaba nada, ni un signo de actividad. Herwin se acercó hasta la entrada donde lo recibió un pequeño letrero desgastado a la entrada: “Bienvenidos a Rhinwood”. Roco

escuchó algún ruido y se fue en silencio a investigar. Herwin no prestó mucha atención y pasó por el letrero, entrando a la calle principal que serpenteaba por el pueblo.

Siguió caminando por esa calle, observando las casas, las cuales tenían las ventanas cerradas, no se veían luces dentro de las casas, y un silencio abrumador se rompía solo con las pisadas en la calle de piedras mientras Herwin caminaba. Se detuvo por un instante, observando hacia todos lados, buscando algún signo de vida, cuándo vio a un hombre cruzar una esquina varias calles más arriba.

—¡Oiga! ¡Amigo! ¡Un momento!, gritó al extraño, mientras avanzaba rápidamente hacia él.

Avanzó lo más rápido que pudo, pero al llegar no había nadie. Miró hacia ambos lados, ni rastro de aquel hombre. Extrañado, se quedó parado ahí en el medio de la calle. “¿Dónde estaba la gente? ¿Por qué estaba todo tan solitario?”, pensaba.

—No debería rondar a estas horas por las calles, joven-, dijo una voz ronca justo detrás de él.

El susto hizo girar a Herwin enseguida. Era un anciano encorvado, harapiento, que llevaba en su mano una especie

de lanza con un paño amarrado en la punta.

Observó al anciano con los ojos aún abiertos del susto. Su estómago se había encogido y su corazón latía muy rápido.

—Disculpe. ¿Quién es usted? —preguntó Herwin tratando de disimular el susto.

—Lo mismo le pregunto a usted, nunca lo había visto por estas calles. Y es muy extraño que camine tan tranquilo sabiendo lo que está pasando aquí.

—Me llamo Herwin, señor. Vivo cerca del castillo que está a unas horas de aquí, donde vivían los señores de Trim. He venido porque noté que no había luces encendidas en el pueblo, y quise dar un paseo, a ver si estaba pasando algo en lo que pudiese ayudar.

—Es usted muy tonto al venir aquí, Herwin. No creo que pueda ayudar; y al paso que vamos, no quedará nadie en el pueblo que necesite ayuda. Le deseo suerte en su paseo -, dijo el anciano cogiendo un pequeño balde y marchándose.

Con paso lento, siguió caminando hasta llegar a una de las farolas de la calle. Cogió la punta de la lanza, la introdujo en el balde y luego apagó la llama que hacía vida dentro del cristal. Herwin caminó hacia el anciano nuevamente,

deseando que este le respondiera algunas preguntas.

—¿Puede decirme dónde están las personas? —preguntó Herwin acercándose un poco al anciano.

El anciano giró lentamente la cabeza; sus ojos estaban entrecerrados, con un aire de suma desconfianza.

— ¿No le he dicho que se marche, Herwin? ¡Déjeme en paz y siga su camino!, por su bien se lo digo. No ha habido más que problemas por aquí.

—Solo necesito algo de información. ¿Por qué las luces de las casas todas apagadas y las ventanas cerradas? ¿Qué está pasando?, ¿Por qué nadie sale a la calle? —inquirió Herwin.

El anciano echó a caminar, intentando escaparse de Herwin, pero dada su edad y condición física, no lo hacía muy eficientemente.

—Señor, por favor, solo dígame qué está pasando.

—Oiga, ¡déjeme en paz! Si quiere alguna respuesta, o tal vez aún más preguntas, vaya al templo que está al final de la calle, subiendo la colina. ¡Ahora déjeme en paz y no me pregunte más nada!

Herwin se quedó parado, observando cómo el anciano, con

su paso lento, huía de la escena, abrazado por la niebla de la calle.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —dijo en voz baja.

Entonces, comenzó a caminar hacia el templo, que se encontraba en un terreno ligeramente más elevado al final de la calle principal, en los límites del pueblo. El día estaba helado y la niebla persistía con obstinación. Algunas nubes ocultaban la luz del sol, alimentando una sensación creciente de inseguridad y presagio. Herwin no dejaba de hacerse las mismas preguntas mientras avanzaba: ¿A dónde fueron todos? ¿Quiénes eran esas personas de mi sueño? ¿Por qué el anciano no me dijo nada? A su alrededor, el mismo silencio inquietante; ventanas cerradas, ni un murmullo.

Al subir la pequeña ladera, divisó la estructura del templo. Era una iglesia grande, con muros de piedra tosca y secciones de madera ennegrecida por el tiempo. Las ventanas estaban cerradas, pero la puerta se mantenía entreabierta, como si alguien la hubiese dejado así intencionalmente. Herwin cruzó el terreno en silencio, sintiendo el crujir de la hierba helada bajo sus botas. Al acercarse, un destello de luz parpadeó desde el interior.

Aunque el miedo le revolvía el estómago, no se detuvo. Colocó su mano sobre la madera fría y húmeda, y empujó con cuidado.

El interior del templo estaba sumido en una penumbra espesa, impregnado por un humo tenue que provenía de docenas de velas encendidas en los bordes del salón. En los candelabros, los restos de velas consumidas chorreaban como lágrimas endurecidas. Tazones vacíos y ofrendas marchitas se alineaban al pie de las columnas. Herwin se acercó a una de las velas encendidas y prendió su lámpara de aceite con su llama. La luz temblorosa iluminó parcialmente el suelo cubierto de una fina capa de polvo. Avanzó con lentitud, con la lámpara medio alzada, mientras observaba los muros cubiertos de telarañas.

El olor a putrefacción se volvió cada vez más intenso. Herwin se llevó la manga a la nariz, reprimiendo una arcada. Con pasos cautelosos, llegó al final del salón y lo que vio allí lo heló por dentro.

Sentado sobre una gran silla en el centro del altar, había un cadáver en estado avanzado de descomposición. El cuerpo estaba cubierto de heridas: le faltaban varios dedos, como si hubiesen sido arrancados por mordidas. Su abdomen yacía

abierto, casi vacío, como si le hubieran extraído las entrañas sin cuidado. Su rostro mostraba dos cuencas vacías donde antes habían estado los ojos.

Herwin dio un paso atrás, con los ojos desorbitados. Encima del cadáver, escrito en lo que parecía sangre seca, se leía una única palabra: “VALIENTE”. Herwin contuvo el aliento. Las piernas le temblaban. Algo en esa palabra lo perturbaba profundamente. “¿Valiente por haber resistido? ¿O una cruel ironía lanzada por sus verdugos?”, pensó.

No pudo soportarlo más. Salió corriendo del templo, tropezando con las losas del piso. Se detuvo en el umbral, jadeando. La vista del pueblo se extendía frente a él, desdibujada por la niebla. Las mismas preguntas rondaban su mente, pero ahora se unía una certeza silenciosa: algo monstruoso estaba ocurriendo en Rhinwood.

Recordó las palabras del anciano: *“Caminando tan tranquilo sabiendo lo que está pasando...”*.

—¿Qué está pasando?, ¿Quién fue ese hombre del altar?, ¿Fue un castigo o un sacrificio?

También recordó a la mujer de la carreta, huyendo con el

rostro desencajado.

—¿Estaban escapando de esto?

La niebla aún envolvía el pueblo como una manta espesa. Desde la entrada de la iglesia, Herwin podía distinguir los contornos del pueblo —el viejo muelle, la calle principal, algunas casas nuevas—, pero ni un alma. Mucha gente debía vivir aquí, pero, *¿Dónde estaban todos?*

Decidió esperar un poco, a que el sol ayudase a aclarar más el ambiente. Poco a poco, el sol se posaba con más brillo sobre el firmamento. Las nubes comenzaron a moverse y la claridad se hizo presente. Un poco más tarde, la brisa comenzó a soplar, alejando poco a poco la neblina y dejando ver más detalles de las casas. A esta hora ya no parecía tan sombrío, excepto por la ausencia de personas. Se puso de pie y pensó en abrir el templo, las ventanas y sacar el cadáver que yacía ahí dentro, quizás por el respeto que sentía por el lugar que él había ayudado a construir. Abrió la puerta nuevamente, esta vez de par en par. La luz iluminó un poco más la escena. Vio lo que creía que eran ofrendas a cada lado de las primeras columnas del templo: eran objetos varios junto a la cera de velas derretidas. Del lado derecho, una muñeca de trapo y un pequeño barco de

madera tallado sin muchos detalles; del otro lado, algunos otros juguetes y más restos de velas.

Comenzó a abrir las ventanas para ver toda la escena. Había cinco ventanas de cada lado, hasta llegar al trono de sangre al fondo donde yacía aquel hombre. Fue abriendo una a una las ventanas a lo largo del salón, dejando que la luz revelara la tragedia con cada paso. Cada vez más se veía aquel cadáver horriblemente asesinado sentado al final del salón. Cuando llegó al último par de ventanas, se detuvo nuevamente a ver la escena, cubriéndose la nariz por el olor tan desagradable. El hombre parecía muy viejo. Tenía el cabello grisáceo y la ropa estaba igual de rasgada que él. Las manos habían sido amarradas a la silla, y en su cuello se veía una fina soga que lo sujetaba y lo hacía parecer sentado de manera erguida. Fue sin duda un asesinato del género más perverso. Herwin sintió compasión por aquel hombre; le parecía algo familiar, pero en aquel estado era difícil recordar quién era. Así que se acercó a él, con el cuchillo de caza, dispuesto a soltarlo y enterrarlo.

—¿Qué clase de monstruo hace algo así? —dijo en voz alta.

Aún en todos sus años viviendo en las montañas, cazando animales y conviviendo con ellos, nunca había visto una

escena tan horrible.

—Alguien que no quería que se siguieran haciendo preguntas —dijo una voz desconocida.

Herwin se giró con el cuchillo en la mano, casi cayendo sentado sobre el cadáver. Había un hombre ahí, parado con ropas marrones y un sombrero de piel como los que se usaban por esos lados. Vestía un abrigo grueso, algo lleno de barro, y unas botas pesadas de montaña.

—No te asustes. Te vi entrar y esperaré para saber qué venías a hacer.

—No me he asustado, solo reaccioné a este sitio. He visto cosas raras desde que llegué. ¿Tú quién eres?

—Me llamo Martín, era aprendiz del sacerdote. Ese pobre hombre que ves en esa silla...

—¿Y por qué no lo has desatado? —preguntó Herwin.

—No supe cómo actuar. No es una escena que ves todos los días. Llevaba desaparecido varias semanas. Apareció aquí hace algunos días, en el estado en que lo puedes ver... El día que abríamos el templo a las personas que aún se resistían a marcharse, todos vieron el cadáver junto con las palabras

escritas sobre él. Luego de eso, el templo permaneció cerrado. Hasta que has llegado tú. ¿Quién eres y qué haces aquí?

—Me llamo Herwin, vivo en los terrenos del castillo de Trim, que está pasando el bosque hacia el norte.

—Lo conozco. La gente ya no va para esos lados, tienen la idea de que el castillo está embrujado, con todo lo que pasó con los cuerpos que hallaron. ¿Cómo es que vives ahí, aún sabiéndolo?

—Yo vivo en mis asuntos. No tuve mucho contacto con ellos luego de que se terminó la construcción, a veces me llevaban comida o ropas, pero nunca pasé a estar mas allá de las cocinas.

—¿La construcción? ¿Tú estuviste ahí? Eso pasó hace casi 100 años. ¿Cómo puedes estar vivo aún?

—La verdad, me hice la misma pregunta durante muchas noches. Aunque viviendo en el bosque hay cosas más importantes en las que pensar. Salir a cazar y mantenerte con vida ocupa la mayor parte del tiempo. Solo dejé de hacerme esa pregunta y los días pasaron.

—Es fascinante, nunca había visto a alguien vivir tantos

años. Amigo mío, creo que no es casualidad que estés aquí. Cuando te vi abrir las ventanas y la puerta, tenía mis dudas, pero al verte desatar a mi pobre maestro, supe que podrías ser de ayuda. Déjame... déjame ayudarte a soltarlo...

Martin y Herwin soltaron todas las amarras. El cuerpo se deslizó de la silla y entre ambos lo cogieron por los brazos. Poco a poco lo recostaron en el piso y se miraron a los ojos.

—¿Qué quieres hacer con él? —preguntó Herwin.

—Habrá que enterrarlo. Quiero que permanezca en este terreno. Fue muy importante para el desarrollo de nuestra comunidad. No merece vagar por el río como el resto de los cuerpos.

—Es decir, ¿ha habido otras muertes?

—Te lo explicaré más adelante. Ayúdame a cavar el hoyo.

Ambos llevaron el cuerpo hasta la parte de atrás del terreno, donde estaba la iglesia. Martin trajo dos palas y ambos se dieron a la tarea de cavar. El sol ya comenzaba a calentar lo suficiente y la humedad hacía de la tarea de cavar algo difícil. Al final de la tarde ya habían terminado. El sol nuevamente se despedía del firmamento. Colocaron el cuerpo del anciano dentro de la fosa, junto con un pequeño

collar que portaba Martin. Este dijo unas palabras en voz baja y cogió nuevamente la pala, comenzando a tapar el cuerpo. Herwin se limitó a seguirlo en silencio. Comenzó a hacerse muy oscuro, así que buscaron unas cuantas lámparas mientras terminaban de cubrir la tumba. Martin estuvo meditativo todo el proceso, concentrado en honrar al hombre que yacía bajo tierra.

Al terminar, Martin y Herwin se sentaron en el suelo, agotados. Ambos observaban la tumba cuando Martin por fin habló:

—Era un buen hombre... quizás demasiado terco para ver el peligro que acechaba o tal vez demasiado valiente para enfrentarlo. Al final, el mal pudo más que su cuerpo. Pero estoy seguro que su camino lo podremos seguir nosotros

—¿A qué te refieres con nosotros? Yo solo acabo de llegar y me encuentro con este montón de cosas extrañas pasando y nadie me da respuestas. Al amanecer, cuando llegué, me encontré a un anciano extraño que no me quiso decir nada. Se puso histérico cuando le pregunté y me mandó al templo sin más.

Martin soltó una carcajada.

—¡Ja!, amigo, te encontraste a Henry el lamparero. Te entiendo, es un viejo bastante cabezota, pero es una de las personas que entregan una sensación de tranquilidad, aún en estos tiempos oscuros. Sigue la rutina de encender la luz, aunque todos los demás ni siquiera abran las ventanas; y cuando ves la luz, sientes que todo puede volver a la normalidad, eventualmente. Es un punto de esperanza en toda esta locura. Ahora que está oscureciendo, puedes ver. Mira, está encendiendo la primera farola.

Al comienzo del pueblo, venciendo a la oscuridad que comenzaba a tomar el lugar, brilló la primera farola, dando una sensación de alivio a todo el valle en penumbras. Herwin observó cómo la luz se encendía, poco a poco, en las calles. Aunque las casas permanecían a oscuras, las calles entregaban un poco de luz. Las farolas brillaban como luciérnagas dóciles, expulsando la oscuridad poco a poco. Desde lo alto, la figura del viejo Henry parecía casi fantasmal, pero su luz era tan real como la esperanza misma.

—¿Puedes decirme qué es lo que está pasando aquí? —preguntó Herwin, aún viendo al anciano. Deseaba que alguien por fin le diera algún detalle.

—Para hacerlo necesitaría unas cuantas copas, amigo mío. Además, el clima está comenzando a enfriarse, así que es mejor que nos vayamos. Acompáñame a un lugar; allí podré contarte lo poco que sé. Y gracias, por ayudarme a enterrar a mi maestro.

Ambos se pusieron de pie, se sacudieron la tierra de sus ropas y fueron a la entrada del templo.

—Encenderemos todas las velas que hay. Tenemos que mandar un mensaje a las personas que siguen entre nosotros —dijo Martin, quizás para sí mismo, quizás para Herwin.

Herwin asintió y ambos entraron al templo. Dejaron todas las ventanas abiertas y buscaron todas las velas que pudieron. Las colocaron cerca de los marcos de las ventanas y alrededor de la puerta de la entrada. Con suficiente luz, podía verse todo el interior del edificio. Tenía unas columnas de madera talladas con símbolos muy bonitos, algunas figuras de dioses a los que las personas de las montañas adoraban, y algunos tapices colgados de las paredes entre otros adornos y figuras. A los lados había pequeños altares donde las personas hacían sus plegarias. No había bancos, solo pequeños asientos frente a cada altar,

llenos de objetos pequeños y restos de velas y flores. La silla donde estuvo sentado el anciano tenía unos adornos en los bordes de plata. Era de piel roja y aún estaba manchada de sangre; parecía muy bonita a la vista.

Herwin se paró frente a la inscripción que vilmente estaba dibujada en la pared: “Valiente”.

—¿No deberíamos borrarla? —le preguntó.

Martin lo meditó un momento.

—Si la borramos, solo quedará el silencio —dijo Martin, tras pensarlo. Luego se volvió hacia Herwin con decisión—. Que quede. Que se sepa que hubo alguien que enfrentó lo que venía... y que aún hay quienes seguirán haciéndolo. Que si, si que somos valientes.

Al terminar, salieron del edificio y comenzaron a caminar de regreso al pueblo. Al bajar, la iglesia transmitía una luz de esperanza a todo el lugar. Cuando llegaron al pie de la colina, al final del pueblo, el templo brillaba sobre las tinieblas. Una farola más encendida en medio de la oscuridad, visible incluso para aquellos que ya habían dejado de mirar al cielo.

4 SEÑALES DE ESPERANZA

Ambos observaron la escena de la iglesia por unos instantes. Luego Martín le hizo una seña a Herwin para que lo siguiera. Caminaron unos cuantos metros en silencio, hasta que Herwin preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Aquí no puedo decírtelo, amigo mío. Hay oídos por todas partes. Y últimamente le va muy mal a quien habla de estas cosas. Confía un poco en mí, si lo deseas, y sígueme. Cuando lleguemos al lugar, te explicaré un poco toda esta locura.

Herwin aceptó y caminaron en silencio, varias cuadras más abajo, pasaron por una encrucijada y se escuchó un ladrido.

—¡Wof wof! —Roco estaba una cuadra más abajo y salió

corriendo a su encuentro.

—¡Aquí estás, muchacho! ¿Dónde has estado? ¿No te cansas de investigar cosas? —Wof, respondió el perro.

La expresión de Martín se suavizó al ver la escena; una chispa de alegría se encendió en sus ojos.

—Es muy bueno tener un compañero canino, principalmente en estos tiempos oscuros. ¿Hace cuánto vive contigo?

—Tenemos bastante tiempo juntos. Llegó a mi puerta un día, supongo que perdido. Hace algunos años ya, aún parece muy joven. Cada vez que siente algo, sale disparado a investigar. Ya ni me preocupo en seguirlo.

—Es curioso que tu perro también tenga muchos años, ¿no te parece? Las mascotas no suelen vivir tanto. Ojalá mi maestro estuviera aquí. Probablemente él sabría alguna cosa sobre tu caso, era un hombre muy sabio. Nadie sabía con exactitud cuántos años tenía; era alguien muy anciano, pero conservaba buena forma.

—Pues no lo sé. Como te dije, dejé de hacerme preguntas hace un tiempo. Solo me limito a vivir en mi cabaña y salir a cazar al bosque.

Martin se encogió de hombros y ambos siguieron caminando, acompañados por Roco, hasta llegar a una calle estrecha, que bajaba a los costados del pueblo, a un sitio por debajo del nivel de la calle principal. Había algunas casitas muy pequeñas, algo precarias en comparación con las de la calle principal. Aquí había solo un par de farolas; luego, la oscuridad total. Parecía que el pueblo acababa aquí y esto era parte de otro lugar.

—¿Por qué no hay farolas aquí? —preguntó Herwin.

—Al anciano no le gusta este lugar. Además, a las personas que viven aquí no les importa mucho. La mayoría cuelga lamparillas en las paredes externas de sus casas. Aquí fue donde comenzaron los ataques. Pero no te puedo contar nada aquí fuera, sigamos.

Por detrás de las casitas se encontraba la orilla del río, el cual pasaba lentamente, emitiendo un ruido ahogado mientras seguía su cauce.

Llegaron a una choza algo abandonada, toda de madera, con aspecto tenebroso. No había ninguna luz. Rodearon la choza hasta la parte trasera, donde una angosta escalera descendía hacia un sótano oscuro. Allí, Martin dio tres golpes fuertes a la puerta. Se abrió una ventanilla a la altura

de sus rostros. Unos ojos del otro lado los observaron bien durante unos segundos.

—*Fiat Lux*, —dijo Martin al sujeto de la puerta.

La ventanilla se cerró y luego sonaron varios “clac” de las cerraduras. La puerta se abrió y ambos pasaron. Los saludó un hombre gordo vestido con harapos oscuros. Le dio la mano a Martin y luego observó bien a Herwin y al cachorro.

—Viene conmigo, es de confianza —le explicó Martín al guardia. Con eso, el guardia le dio la mano a Herwin y volvió a su puesto.

El lugar estaba iluminado por unas cuantas velas. Había mesas redondas algo polvorientas por todo el lugar. Al final, había un pequeño bar con algunas botellas. Un hombre delgado atendía la barra, y había algunos hombres misteriosos sentados en las esquinas. Todos voltearon la mirada un segundo al escucharlos entrar, luego volvieron a sus conversaciones.

—Pasemos, busquemos una mesa. Mira, esa de la esquina.

Ambos se sentaron. Roco se acostó tranquilamente debajo de la mesa y el sujeto delgado se acercó a ellos.

—¿Qué les pongo, caballeros? —preguntó a ambos.

—Traiga un poco de licor de la casa —dijo Martín.

—Lo mismo para mi —replicó Herwin.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Herwin luego de que el camarero trajera las copas de metal con el licor.

—Es el único lugar donde aún se puede tomar una copa con seguridad. Como habrás notado, todo en el pueblo permanece cerrado. Esto lleva así unos días. Desde que... — Martín tomó un trago—, desde que encontramos a mi maestro amarrado en su silla...

—Pero esto de las luces, estoy seguro de que lleva más de unos días. Puedo ver el destello de las luces desde la entrada del castillo.

—Las luces fueron una idea del maestro, al igual que la contraseña que acabas de escuchar, luego de la primera muerte. Creía que las luces atraían a quien fuese que causaba las muertes. Aunque no tenía mucho sentido, sino el farolero sería el primero en la lista, ¿no crees? Él camina en la penumbra con total libertad.

—Creo que también está asustado. Esta madrugada, cuando

lo conocí, se puso muy nervioso con solo preguntarle sobre el por qué todo estaba así.

—Todos estamos así, amigo mío. Hasta ahora, ha habido cuatro muertes. Y para un pueblo como este, donde todos son conocidos o familiares, ha sido una verdadera tragedia.

—Y las muertes, ¿son...? —Herwin bajó la voz— ¿son como la del monje?

Martín bebió otro sorbo de alcohol.

—No. Todas las muertes han sido diferentes. He estado dando muchas vueltas, pero no consigo encontrar un patrón ni una similitud en ninguna de las muertes. Lo que sí estoy seguro es que comenzaron cuando llegó ese bote...

—¿El bote? ¿De qué bote hablas?

—Creo que ya es suficiente, caballeros —Elliott se paró frente a ellos. Era un tipo fornido, de brazos gruesos y barba negra. Llevaba el cabello largo con una trenza y un delantal de cuero con manchas de vino—. Saben que aunque sea un lugar seguro, no hay que confiarse.

Los tres se miraron y luego voltearon la mirada a todos los extraños que había en el lugar.

—Tomemos otra copa y hablemos de ti —resolvió Martín—. ¿De dónde vienes, Herwin? ¿Hace cuánto tiempo que vives en esa montaña?

—Nací y crecí allí —respondió Herwin—. Mi madre murió durante el parto, y mi padre estuvo conmigo gran parte de mi vida. Un día, vagando por el bosque, un oso negro intentó atacarnos y ambos corrimos muy rápido. No sé cuántos kilómetros corrimos. Cuando las piernas no nos soportaban más, mi padre me ordenó subir a lo alto de un árbol y permanecer allí. Salió corriendo y el oso lo siguió. Nunca más lo vi. Luego de ese día, vagué mucho tiempo por el bosque, cazando pequeños animales y sobreviviendo, hasta que hallé la colina. Era un claro de árboles bastante bonito, con una buena vista alrededor y había bastantes nidos de animales como para sobrevivir. Así que fui haciendo vida ahí. Los primeros años dormía bajo una pequeña abertura en una piedra. La adapté y la hice mi refugio. Luego, cuando me decidí a construir una cabaña, ellos aparecieron.

—¿A quién te refieres? —preguntó Martín.

—A los Trim. Llegaron a caballo. Primero llegó ella, con un grupo de guardias, luego llegaron muchos a construir su

castillo.

Martín lo miraba con los ojos abiertos y el ceño fruncido, incrédulo.

—Es imposible que hayas estado allí cuando se construyó el castillo —le dijo Martín.

—¿Por qué?

—Se construyó hace casi 100 años. ¿No has notado que ya nadie va para allá? Hace seis décadas que la familia no gobierna el pueblo.

—Te dije que dejé de hacerme preguntas hace mucho tiempo. Esa era una de ellas.

—¿De por qué no habías envejecido?

—De por qué no moría como los demás. Vi muchas cosas que no puedo explicar en los terrenos de ese castillo. Durante sus fiestas, al dormir, escuchaba gritos y sonidos extraños en el bosque. Era todo muy extraño. Supongo que lo que hacían ahí me afectó de alguna manera.

Martín meditó un momento, no sabía cómo preguntar.

—Entonces, ¿estuviste durante...?

Guardó silencio un momento.

—¿Durante los sacrificios? No-, respondió-. Al menos no era consciente de ello. Para mí era otra de las fiestas extrañas que hacían. Algunas veces iban a la cabaña a llevarme comida o algunas ropas. Otras veces me invitaban a las cocinas, pero nunca entré al castillo. Incluso hoy en día, me limito a caminar por los alrededores y a cazar mis alimentos.

—Entiendo. Mi maestro me contaba muchas historias sobre estos bosques. Sin duda pasan cosas muy extrañas aquí y tú, amigo mío, eres una de ellas.

—Supongo que sí —dijo Herwin, mientras se encogía de hombros—.

—Yo era un niño cuando llegué al pueblo. Mis padres vivían en una aldea a varios días de camino y escucharon el rumor de que una familia poderosa estaba haciendo un pueblo a la orilla del río y necesitaban manos. Así que mi padre nos trajo a mi madre y a mí. Unos años después murieron por la fiebre; ambos estaban muy ancianos. En ese momento comencé a ir a la iglesia buscando respuestas y mi maestro me ayudó a encontrarlas. Luego de eso, comencé a trabajar con él en el templo, limpiando y cuidando el lugar. Han

pasado casi 20 años desde entonces.

—Tu maestro era un buen hombre, por lo que me dices. Hace muchos años, la última vez que vine al pueblo, me encontré con un hombre ayudando a unos harapientos en lo que en aquel tiempo era la zona pobre del lugar. Creo que su nombre era Herón. Me habló del favor de los dioses y la importancia de la fe.

Martín lo miraba impresionado.

—Herón era mi maestro, amigo mío. Antes de su muerte, casi no salía del templo; por su edad avanzada le costaba un poco bajar la ladera. Luego comenzaron las muertes y la gente comenzó a ir más a menudo al templo, a preguntarle cosas. Él también comenzó a preguntarse cosas. Un día me mandó a subir un cajón gigante con un montón de libros viejos. No salió de su habitación por varios días; me decía que estaba trabajando en algo importante. Pasaba las noches despierto, leyendo a la luz de las velas. Algunos días no hablaba. Otras veces, permanecía en su habitación el día entero. Se obsesionó con descubrir qué estaba pasando en el pueblo y hallar una forma de detenerlo. Al principio no me preocupé, creí que era parte de sus estudios. Pero luego... supe que algo lo estaba asechando; comenzó a

cerrar todas las ventanas y puertas con barras de hierro; se volvió muy paranoico sus últimos días, y al final, cuando lo vi en esa silla, comprendí que su miedo era real. No me perdonaré el no haberle dado la importancia que merecía.

—Con la tercera muerte, la gente comenzó a demandarle respuestas. Él solo dijo que cerraran las ventanas y que encendieran muchas velas dentro de casa. Para algunos fue como un mandato divino. No se les volvió a ver salvo para comprar algún suministro, y solo de día. Al momento que cae un poco el sol, todos huyen a sus casas. Algunos otros no pudieron más y se marcharon a otros pueblos.

Herwin recordó a la familia que vio en el camino, pero siguió escuchando.

—¿Pero nadie sabe por qué comenzaron las muertes? —preguntó Herwin.

—La primera muerte fue la de un campesino local; todo su cuerpo desapareció. Encontramos su cabeza cerca del río. En una aldea tan tranquila como ésta, ¿puedes imaginar lo que es encontrar la cabeza de alguien? Luego le siguió Margaret, la hija del florista. Esta vez su cuerpo apareció, pero su cráneo estaba abierto. Y no había nada dentro...

—Parece que coleccionan cosas —susurró Herwin.

—¿Qué has dicho?

—Está bien, caballeros. Creo que fue una larga noche. No quiero escuchar una palabra más sobre el asunto —los interrumpió el guardia de la puerta—. Retírense si sois tan amables. La casa invita lo que habéis bebido.

Los dos amigos se miraron y Martín alzó los hombros.

—Vale, vale, nos marchamos. No era nuestra intención incomodarlos.

El guardia los acompañó hasta la puerta. Salieron y la puerta se cerró de un solo golpe.

—Hasta la gente más “ruda” del pueblo está asustada. Nadie quiere hablar o escuchar del tema. Sígueme, te mostraré algo. Luego podemos ir a la iglesia a descansar un poco.

El día comenzaba a aparecer y la niebla estaba bastante ligera. Comenzaron a caminar hasta llegar al margen del río, en un estrecho en el que habían construido un pequeño puente que lo cruzaba. Del otro lado del río había algunas casas más grandes. Martín señaló una casa blanca de dos plantas como la casa del doctor. Más adelante solo había

árboles y un pequeño muelle.

—Unas semanas antes de la primera muerte, un pequeño bote a remos llegó por la mañana a este muelle. La gente de este lado del río lo ató aquí. Descubrieron dentro de él restos de velas negras y un montón de objetos extraños. Todos en el pueblo son muy supersticiosos. Así que pensaron en quemar todo y así lo hicieron. Todo fue quemado, salvo el bote, y para su sorpresa, al día siguiente ya no estaba aquí. Nadie vio quién se lo llevó... solo... desapareció.

—¿Crees que tiene conexión con las muertes? —preguntó Herwin.

—Si no la tiene, ¿qué hacía algo así vagando por el río?

—Me parece que lo que sea que está matando a esas personas está coleccionando sus partes. Era lo que iba a decirte en el bar, antes de que el guardia nos interrumpiera.

—¿Crees que tengan una conexión? Puede ser solo algún loco asesinando.

—No lo creo. Las muertes son demasiado brutales para serlo. Y además, ¿qué sentido tendría quedarse con partes del cuerpo?

—Mi maestro tenía la impresión de que así era. Por eso incitó a todos a encerrarse en sus casas, para mantenerse a salvo.

—¿En esos libros que dices que leía él, no encontró nada?

—No lo sé. El día que hallamos su cuerpo, estaban todos tan horrorizados que no pudimos entrar. Él era como un padre para mí y me ayudó cuando me encontraba perdido. Me refugié en la bebida varios días hasta la mañana que nos vimos. Ese día había dormido sobre una mesa, cuando Elliott me despertó decidí que era hora de enfrentar su muerte y darle sepultura a su cuerpo. Y cuando llegué al templo te vi. Como si él te hubiese enviado.

Hubo un minuto de silencio. Solo se oía el pasar del río y algunos ruidos lejanos de personas que abrían sus ventanas. La sonrisa de Martín se extendió de oreja a oreja.

—¡Mira! ¡Jajá! ¡Las ventanas! —dijo Martín—. Parece que nuestra señal de la otra noche está funcionando. ¡Veo a algunas personas abrir las ventanas! ¡Mira!

—Tenías razón, muchacho. ¡Les diste esperanza! Sea lo que sea que está pasando aquí, creo que te voy a ayudar a solucionarlo. Debemos buscar la manera de ayudar a estas

personas. Así que cuenta conmigo y con Roco en lo que podamos ayudarte.

Martín estaba muy alegre; su rostro cambió y la oscuridad que lo acompañaba quedó atrás al oír a Herwin decir esto. Él no quería decirlo directamente, pero esperaba que el hombre se ofreciera a ayudarlo.

—¡Muchas gracias, amigo mío! ¡Me alivia el espíritu escuchar tus palabras! Vayamos al templo, descansemos un poco y comencemos buscando entre los libros del maestro.

Ambos comenzaron a caminar en dirección al templo. Algunas personas se asomaban cuidadosamente por sus ventanas mientras los hombres pasaban frente a ellas. Otras las abrían de par en par y saludaban a Martín mientras pasaba. Todos los seguían con la mirada mientras subían en dirección al templo.

Ambos llegaron a la parte alta del terreno y desde lo alto, se podía ver a algunas personas salir a la calle.

—Las personas están comenzando a perder el miedo —dijo Martín con tono de tranquilidad.

Entraron al templo mientras Roco se quedó afuera,

acostado bajo la sombra.

—Voy a buscar un sitio donde dormir, creo que ya fue suficiente actividad para mí. Además, habremos bebido varias copas anoche —dijo Herwin.

—En la parte de atrás hay un cuarto vacío, tiene algunas cosas de Herón, pero creo que puedes dormir ahí. Úsalo, yo me quedaré despierto otro rato, voy a limpiar un poco el lugar.

Herwin se dirigió a la sala vacía, vio algunas mantas, las cogió y las tiró en el piso, puso su saco de dormir y se acostó.

Afuera, Martín comenzó a barrer el salón del templo mientras tarareaba una canción:

“¿Por la senda baja quién va? Será, el señor que vendrá. Será, que nuestro cantar lo llamará. Será, que nuestro destino sellará. Será, que la esperanza traerá...”

Escuchando esta melodía, Herwin se fue quedando dormido lentamente.

5 EL ORÁCULO DE ENGELFALL

Herwin despertó temblando, sus manos dolían un poco, hacia muchísimo frío. Se levantó y buscó sus guantes en la mesita de noche que estaba a su lado, y se los colocó. Se sentó sobre la cama mientras se ponía las botas y al darse cuenta de donde estaba, se quedó paralizado. “¿Estoy en mi cabaña? ¿Qué demonios pasó?”, pensó al instante.

La habitación estaba apenas alumbrada por una pequeña lámpara en una de las esquinas. Se acercó a ella y la tomó, iluminando un poco el resto de la habitación. Era su cuarto, en la cabaña.

—¿Pero cómo diablos llegué aquí?, dijo en voz baja.

Salió de la habitación y vio su salón, todo estaba como de

costumbre, solo que más oscuro. La chimenea estaba apagada, así que intentó encenderla, pero no podía encender la madera, quizás por el frío cortante que hacía dentro de la cabaña. Miró a todos lados desconcertado y todo parecía estar en el mismo sitio de siempre, de repente escuchó un ruido en el exterior. Se asomó a una de las ventanas muy cuidadosamente y vio pasar a tres personas, llevaban abrigo negro con capucha, antorchas y caminaban en dirección al castillo.

Herwin fue hasta su cuarto a buscar su abrigo y salió de su cabaña, abriendo muy lentamente la puerta. Siguió la luz que emitían las antorchas hasta que vio que los hombres pararon y se acercó todo lo que su intuición le dijo que podía. Podía escuchar a los hombres hablando desde ahí

—Te lo dije, eso fue lo que me dijo ella. Debe estar en alguna parte del castillo —dijo la primera voz.

—No sería raro que te dejaras dominar por el miedo y mal interpretaras todo. Te vi la cara cuando entraste. Casi te haces en los pantalones —le contestó la segunda.

—No tenía miedo, sabía lo que me esperaba. Siempre pide una ofrenda a la persona que pregunta; y siempre es una parte del cuerpo. Está enferma.

—Debería haberte quitado el cerebro. No lo usas mucho últimamente.

—¡Cállate! Recuerda que ir a ver al oráculo fue mi idea. Si no, ¡estaríamos dando vueltas buscándola!

—Está bien ustedes dos, terminemos con esto. Aún queda mucho trabajo qué hacer antes de la llegada del maestro — intervino el tercer hombre, y la conversación terminó.

Los hombres siguieron su camino. Herwin se quedó ahí, pensando en lo que había escuchado. Entonces sintió una extraña brisa caliente que soplaba en su espalda. Giró y vio una gran mancha negra, parecida a un animal gigante, de la sombra se escuchó un profundo gruñido gutural, que parecía provenir de un sitio muy lejano. Horrorizado, Herwin se echó hacia atrás torpemente y evitando caerse, entonces comenzó a correr; corrió con todas sus fuerzas evitando mirar hacia atrás pero cada vez que giraba la cabeza por instinto, veía cómo la sombra negra lo seguía como un depredador furioso sigue a su presa. Su corazón latía con fuerza, amenazando con partir su pecho en dos, sus piernas corrían por sí solas en un frenesí descontrolado mientras que sus pulmones dolían cada vez que respiraba producto del frío infernal que lo abrazaba.

Su cuerpo chocaba contra las ramas de sus arboles, pero el miedo era tanto que no le importaba sentir dolor, necesitaba huir de esa bestia. Su aliento se secó aun más y le dolía cada respiración, estaba casi perdiendo el aliento cuando llegó a un pequeño claro de árboles, un espacio amplio con vegetación baja y algunas piedras medianas.

Corrió hacia el centro buscando cruzar hasta la otra fila de árboles, pero por más que corría, no conseguía llegar a la pared de arboles que veía al frente. Una última vez giró la cabeza y frenó la carrera un momento, no podía ver a la bestia, aquella criatura se había ido. Se detuvo un momento para recuperar el aliento y comenzó a observar a todos lados. La luna emitía una luz fuerte sobre el claro, se podían ver las siluetas de los árboles y el terreno con claridad.

Volvió a mirar hacia la fila de árboles y comenzó a caminar hacia ella con paso apurado.

Al llegar, se dio cuenta de que frente a ella pasaba un pequeño arroyo que cortaba a modo de frontera su camino hacia el otro lado; el agua, casi negra, corría lenta y silenciosamente a través del cause. Herwin miraba el agua nervioso, no sabía si cruzar o no aquella masa de agua, no sabía la profundidad ni qué podía haber bajo la superficie.

Busco a su alrededor y se le ocurrió coger un palo y medir la profundidad, de ese modo sabría si sería seguro cruzar o no.

Miró a todos lados y encontró un arbusto con algunas ramas de algo más de un metro de largo. Arrancó una de las ramas y caminó de vuelta al arroyo, se paró frente a él y miró la sombra de su reflejo en el agua negra y la luna tras de él. Entonces se agachó, cogió el palo y lo introdujo en el agua. Bajó y bajó hasta que su brazo quedó también inmerso bajo el agua, no había fondo, era una especie de vacío bajo la superficie.

De pronto, cuando intentaba sacar el brazo del agua, sintió de nuevo ese calor de antes. El pánico se apoderó de su cuerpo, porque ya no lo sentía en su espalda, sino en la mano que sostenía el palo, ¡debajo del agua! Forcejeó intentando sacar su brazo de ahí, pero no podía, algo lo estaba arrastrando lentamente hacia dentro del arroyo.

Herwin intentaba con todas sus fuerzas escapar, pero lo que sea que lo tuviese de la mano era muy fuerte. La lucha duró pocos segundos, Herwin no podía contra aquella fuerza que lo halaba a pesar de intentarlo con todas sus fuerzas, pero de repente, la fuerza comenzó a ceder y Herwin sacó la mitad de su brazo, el antebrazo, y cuando

solo quedaba la mano, recibió un fuerte tirón y cayó al agua.

Quedó flotando en una especie de vacío, no era agua lo que estaba ahí debajo, podía respirar aunque el frío aún lastimaba sus pulmones. Luego de luchar hasta el cansancio intentando en vano escapar de nuevo a la superficie, se detuvo al escuchar un grito horripilante a lo lejos, eran muchas voces que pedían auxilio, gritos desgarradores llegaban a sus oídos pero no podía identificar de donde provenían, las voces tronaban en sus oídos y se metían en su cabeza. Estuvo así unos instantes y entonces comenzó a caer como si la fuerza que lo mantenía flotando lo hubiese soltado.

Mientras caía gritaba y se movía como loco; temiendo estrellarse contra el suelo, aunque no podía ver nada bajo el. La luz de la superficie se hizo cada vez más pequeña hasta que finalmente no pudo verla más. De repente vio lo que parecía ser el suelo, al que se acercaba rápidamente y sin tener cómo parar. Moriría estrellado contra el suelo si no podía detenerse, gritó aún con mas fuerza y a pocos metros cerró los ojos y se preparó para una muerte segura; pero a pocos centímetros de morir, despertó.

Miró el techo de la habitación donde se había dormido;

algunos rayos del sol se colaban por la pequeña ventana. Su corazón le dolía de lo agitado que estaba. Había sido otra pesadilla.

—Nunca había tenido una pesadilla así, se sentía tan real — pensó. Se calmó un poco y entonces se puso de pie. Se escuchaban algunas voces afuera en el salón y salió.

Al cruzar la puerta vio a Martín de pie junto a otras personas, habitantes del pueblo. Se detuvo en el marco de la puerta, pasando desapercibido, escuchando la conversación:

—¿Cómo te sientes, querido? ¿Qué has hecho con el cuerpo de Herón? —dijo una señora a Martin.

—Estoy como se podría estar, intentando no dejarme vencer por el miedo —respondió Martin.

—Has hecho bien en limpiar el lugar. Estoy segura de que hará que las personas recobren un poco la fe. Los dioses seguramente nos ayudarán, solo hay que tener fe.

—Creo que la fe no solucionará nada —dijo otra persona—. Debemos hacer algo, Martin. No podemos quedarnos de brazos cruzados —dijo un hombre barbudo.

—La fe es necesaria, Erik. Además, ¿cómo se puede luchar contra personas que son capaces de asesinar de esa manera? —dijo otra mujer.

—Pues cazándolos y haciéndoles lo mismo —respondió Erik.

—No digas estupideces, nadie los ha visto. Parece que fuese obra del demonio —le respondió la mujer.

—Tonterías, mujer, los demonios no existen. Existen los hombres y solo eso. Yo digo que son algún grupo de locos.

—Pues hasta que no lo sepamos, no podemos ir a ”cazarlos”. Además, si son capaces de hacer cosas así, ¿qué podríamos hacer nosotros? Hay muy pocas personas en este pueblo que sepan usar una espada. Nunca te he visto con una espada en la mano, Erik, y ahora, ¿quieres cazar a unos asesinos? —sentenció la mujer.

—No creo que estemos tratando solo con asesinos —dijo Martin, poniendo fin a la discusión.

Cuando Martin dijo estas palabras, todos quedaron en silencio.

—Hijo, aunque algunas personas no quieran creer, no dejes que la fe abandone tu corazón. Es muy importante en estos

momentos —dijo la anciana.

—No lo haré, mi señora. La fe es mi vida. Me salvó de las calles y me ha protegido hasta ahora.

—¿Así como protegió a Herón? —dijo en tono sarcástico el hombre.

—¡Erik! —lo reprochó la mujer.

—Yo solo digo que no hay que quedarnos de brazos cruzados. Hay muchos hombres en el pueblo que piensan lo mismo. ¿Quedarnos encerrados mientras unos desquiciados matan a todos? No me parece el mejor de los planes —dijo Erik.

—Pues será mejor que aprendas a usar una espada, porque las cabras no te van a proteger cuando te enfrentes a los asesinos —le dijo la mujer con tono de burla.

—Ahora que Herón no está, tendrás que tomar tú ciertas decisiones, querido. Sabes que el templo ha guiado a nuestro pueblo desde lo que pasó —dijo la anciana—. Sea lo que sea que tengamos que hacer, te corresponde a ti tener la última palabra —finalizó.

—Por el momento, necesitamos más información sobre a

qué nos enfrentamos. Hasta entonces no debemos hacer nada. Por favor, intenten mantenerse a salvo, no podemos permitir más muertes.

Con esto, Martin terminó la conversación y las tres personas se despidieron. Erik y la mujer salieron aún discutiendo. La señora miró a Martin y le dio un abrazo.

—Lo harás bien, cariño. No dejes que el miedo corrompa tu corazón. Las respuestas llegarán eventualmente.

Y salió a paso lento de la iglesia. Herwin salió y se encontró con Martin, que se había sentado. Martin lo vio y lo saludó:

—¿Qué tal el sueño, amigo mío? Yo no pude descansar. Mientras ordenaba el lugar, vinieron algunas personas; quizás las habrás escuchado.

—Escuché a Erik el pastor, queriendo salir a cazar asesinos —bromeó Herwin.

—Es un cabezota. Cree que por su tamaño puede contra cualquier cosa. No tiene idea de lo que enfrentamos. Pero no se puede negar que su motivación es buena en estos momentos. En vez de solo quedarse encerrado, está buscando soluciones.

—He tenido un sueño muy extraño —dijo Herwin mientras buscaba dónde sentarse—. Estaba en mi casa y unos sujetos hablaban afuera sobre un oráculo. Decían que les había dicho que algo estaba en el castillo y que debían ir por él para completar otro algo.

Martin lo escuchaba atentamente.

—Luego, una sombra aterradora comenzó a perseguirme hasta un río de agua negra, que me tragó mientras buscaba una manera de cruzar.

—¿Dijeron algo más sobre ese oráculo? —preguntó Martin.

—Dijo que pedía una parte del cuerpo, algo así. No pude escuchar más nada por la distancia. No te lo había dicho, pero desde hace varias semanas estoy teniendo estas clases de pesadillas. Fue lo que me incitó a venir al pueblo después de tanto tiempo. ¿Crees que tenga alguna conexión con lo que está pasando?

Martin meditó un poco la respuesta.

—Conozco un oráculo. Bueno, al menos he oído de ella. Está en las montañas de Engelfall, a varias noches de caminata.

—¿Cómo es que la conoces? —preguntó Herwin.

—Todo el que haya estado perdido y sin esperanza en estas montañas sabe de ella. Te da información sobre tu futuro a cambio de una ofrenda. Es algo perverso. He oído en el bar que puede pedirte un ojo, o un dedo. Y que luego lo usa para contactar con los demonios. Puedes preguntar todo lo que quieras: si vas a morir, si tu fortuna cambiará, si algún familiar sobrevivirá a alguna enfermedad. El precio es elevado, pero si estás desesperado lo pagarás.

—Entonces, ¿crees que debemos buscarla? ¿Cómo sabremos que la encontramos si no sabemos su paradero?

—preguntó Herwin.

—He oído solo rumores. Quizás en el bar puedan ayudarnos. Regresemos y preguntemos a Elliott, puede que sepa algo.

Ambos salieron del templo y bajaron la ladera que conducía al pueblo. Las personas se dejaban ver un poco más. Era media tarde y el sol aún calentaba un poco el ambiente. Se dirigieron a la calle estrecha, llegaron a la casa y la bordearon hasta dar con la puerta del bar. Tocaron la puerta y la ventanilla se abrió. El hombre los vio fijamente y luego sonó la cerradura. Cuando entraron, el guardia les advirtió que no podían hablar de lo mismo de la otra noche.

—Solo queremos hablar con Elliott, sobre un asunto

importante —le dijo Martin.

—Está atrás, en su habitación. Crucen esa puerta y sigan hasta el final del corredor —respondió el hombre.

Cruzaron el salón del bar y siguieron las indicaciones. Al final del corredor, tocaron la puerta y se escuchó desde dentro:

—¡Adelante! —dijo una voz desde dentro.

Ambos entraron y vieron a Elliott sentado frente a una mesa, en una sala bastante iluminada, con adornos y cuernos de animales colgados en la pared. No se parecía en nada al salón lúgubre donde funcionaba el bar. Los dos amigos se miraron sorprendidos.

—Lo sé, lo sé —dijo Elliott—. El bar es una pocilga, pero esa pocilga atrae a muchas personas interesantes. Es bueno para el negocio. Todo tipo de personas vienen a mi bar. Saben que es seguro y lejos de miradas extrañas. ¿En qué puedo servirles, caballeros? —les preguntó Elliott.

—Venimos a preguntar algo. ¿Ha oído usted hablar del Oráculo de Engelfall? —preguntó Martin sin mucho tacto.

Elliott se quedó mudo, no esperaba esa pregunta.

—Queremos saber cómo funciona y dónde podemos encontrarla, suponiendo que sea una mujer —continuó Martin.

—Oh, sí que es una mujer, si acaso puede llamarse así... —La mirada de Elliott se perdió en sus recuerdos. Sabía muy bien quién era.

—¿Puedes darnos algo que nos ayude a encontrarla? —preguntó Herwin.

—¿Estáis seguros de que quieren encontrar a esa maldita bruja? —Elliott se arregló la melena hacia atrás, dejando ver que le faltaba una oreja; solo tenía el orificio en el cráneo—. Así es, caballeros. Fui a verla... Me encontraba perdido antes de llegar aquí. Escuché sobre ella y fui a Engelfall. Caminé horas por los bosques hasta que di con su cueva. Es un sitio espantoso, lleno de huesos y olor a carne podrida y sangre —volvió a callarse por unos instantes, luego continuó—. Quería saber qué sería de mí, qué debía hacer para salir del agujero en el que estaba. Luego de cortar mi oreja, la echó en una olla y me hizo beber de ese líquido horrible. Me mostró que debía venir aquí y abrir un bar. Que mi destino estaba aquí en Rhinwood. Así que vine, hace algunos años. Ya había un bar aquí, así que decidí que debía

ser algo más clandestino. Algo donde poder tener estas conversaciones de manera segura. Y me funcionó, ¿no creen? Tal vez parte de mi destino era tener esta conversación. Ya saben cómo funcionan estas cosas. No soy muy creyente ni nada, pero esa maldita bruja tenía razón.

—Entonces, ¿cómo la encontramos? —le preguntó Herwin.

—No es tan fácil, amigos. Ella te encuentra a ti. Deben ir a Engelfall y caminar en el bosque. Cuando sintáis el olor a podrido y veáis los huesos en el piso, la habréis encontrado. Vive en una cueva subterránea. Un sitio espantoso, de verdad os lo digo. Por cierto, ¿qué tenéis que buscar allí? —preguntó.

—Queremos respuestas sobre lo que está pasando —dijo Martin.

Elliott frunció el ceño por unos momentos, mientras observaba a ambos.

—Si vais para allá, necesitaréis provisiones. Os ayudaré con algunas cosas. Tengo algunas botas y alimento para el camino, es lo menos que puedo hacer. Por favor, no digan que yo os he ayudado, ni que habéis visto mi habitación. Quiero mantener mi reputación y la fama de este lugar.

Se levantó y fueron a otra habitación. Guardaron en un saco unas botas en muy buen estado, una pequeña bolsa con tiras de carne y pan, y dos abrigos de cuero bastante gruesos, y salieron.

—Buena suerte, caballeros. Es todo lo que puedo hacer por vosotros. Denle mis saludos a ese maldito engendro —dijo Elliott mientras se despedían.

6 EL VALLE DE ENGELFALL

Herwin y Martin regresaron al templo y terminaron de empacar. Buscaron a Roco, que estaba persiguiendo a una liebre detrás del edificio, y le colocaron una cuerda a modo de collar.

—Tienes que permanecer con nosotros, muchacho. Vamos a un viaje peligroso. No te escapes —le dijo Herwin.

Los tres salieron de la iglesia y bajaron al pueblo. Llevaban cada uno una mochila con algunas cosas y un saco de dormir amarrado en la parte superior. Herwin llevaba a Roco con una cuerda. Cruzaron el pequeño puente sobre el río y se adentraron en el bosque. Caminaron durante algunas horas en silencio. Roco era muy inquieto y tiraba de la cuerda cuando escuchaba algún ruido. Ninguno se

atreví a hablar sobre el sacrificio que debían hacer. La piel se les erizaba con solo pensarlo. ¿Qué parte de su cuerpo podrían darle a la bruja sin sentir su falta? La idea era aterradora. Sin embargo, ambos sabían que no solo su vida dependía de esta decisión, sino la de muchas personas inocentes que vivían allí.

Cuando comenzó a anochecer, decidieron buscar un sitio donde acampar. Herwin buscó algunas ramas y encendieron una fogata. Roco se acostó cerca del fuego y ellos se sentaron uno frente al otro.

—¿Alguna vez has escuchado de Engelfall? —preguntó Martin, con algo de nervios en su voz.

—He escuchado solo rumores. Dicen que es un sitio espantoso. Es el lugar favorito de los demonios y fantasmas.

—Yo escuché que la roca que está en el centro fue un altar donde unos hombres asesinaron a un ángel. Éste, antes de morir, maldijo toda la región. Por eso nadie quiere vivir ahí.

—Supongo que lo sabremos dentro de poco. No hay que pensarlo mucho para evitar que el miedo nos abrume. Me he enfrentado a muchas bestias en los bosques y tu mayor

herramienta es la calma.

—Pero esta vez no sabes a lo que nos enfrentamos, amigo mío. No estamos tratando con animales.

Un crujir de una rama los asustó. Ambos sacaron sus cuchillos y miraron a todos lados. Un pequeño ciervo pasó corriendo frente a ellos.

—Qué susto —dijo Martin—. Estar en el bosque me altera los nervios.

—Creo que debemos dormir un poco. Mañana tendremos que avanzar lo más rápido que podamos. No creo que podamos esperar mucho tiempo —dijo Herwin.

—Tienes razón, intentaré dormir.

Ambos estiraron su saco y se acostaron. Esta vez Herwin no tuvo ningún sueño extraño. El calor del fuego lo hizo dormir tranquilamente. Martin, por el contrario, tuvo algunas pesadillas: veía huesos y animales salvajes, sombras moviéndose en el bosque y sonidos aterradores. Varias veces se despertó alterado, viendo a Herwin y Roco dormir con total tranquilidad.

A la mañana siguiente, Roco despertó a Herwin lamiendo

su cara. El sol ya había salido y la luz se filtraba por entre las hojas de los árboles. Herwin se sentó y vio a Martin aún dormido. Roco se encargó también de despertarlo.

—Te hizo mal dormir en el bosque, ¿no? Sé que no es para cualquiera, sobre todo en estas condiciones —dijo Herwin.

—Es una pesadilla. Estuve toda la noche escuchando animales, sonidos extraños y soñando con huesos.

—No te preocupes. La primera noche que pasé solo en el bosque me pasó lo mismo. Duré mucho tiempo para aceptar que mi padre no volvería. Todos los días creía verlo llegar o escuchar su voz a lo lejos. El bosque siempre juega con nuestra mente.

—Comamos algo y vayámonos. Mientras más rápido salgamos de aquí, mejor.

Guardaron todo y comenzaron a caminar. Algunas horas después, unas liebres pequeñas pasaron por su lado y Roco echó a correr tras ellas.

—¡Roco! ¡Qué haces! ¡Ven aquí!

Herwin salió corriendo también y Martin se quedó ahí parado, decidiendo esperarlos para no perder el camino.

Roco corrió detrás del grupo de liebres y logró atrapar a una. Era un perro acostumbrado a cazar en el bosque; a menudo llegaba con presas a la cabaña de Herwin y este las cocinaba y compartía con su cachorro.

Cuando Herwin lo vio regresando a él con la cabeza de la liebre en la boca, soltó una carcajada.

—¡Ja! Perro pulgoso, eres un genio. ¿También estás cansado de comer solo carne seca? Vamos, volvamos con Martin; también se va a alegrar de lo que has cazado.

Martin estaba extrañado del tiempo que Herwin y el cachorro habían demorado para regresar y comenzaba a ponerse nervioso. Escuchaba el crujir de las ramas por todos lados y miraba nerviosamente alrededor. Soltó un suspiro de calma cuando vio a los dos volver; Herwin traía una liebre gorda en la mano.

—Mira lo que nos consiguió Roco. Es el mejor de los compañeros para vivir en este lugar, ¿no te parece?

Martin también soltó una risa, aunque medio nerviosa.

—Este lugar me tiene de los nervios, amigo mío. Nunca había llegado tan profundo en el bosque. Sigamos caminando antes de que anochezca —dijo Martin.

—Vamos, Roco, te has ganado aún más mi respeto, muchacho. Aún tenemos camino por delante. Sigamos —le dijo Herwin al cachorro.

Caminaron durante mucho tiempo, atravesando el terreno accidentado de la región, pequeñas cuestas que exigían más fuerza en sus piernas y bajadas donde tenían que ser muy cautelosos. La tarde comenzó a caer cuando llegaron al pie de otra montaña.

—Creo que será mejor si acampamos aquí. Esta montaña nos llevará algunas horas atravesarla —dijo Herwin mirando hacia la cima.

—Estoy de acuerdo, amigo mío. Además, mis piernas ya no dan para más. Necesito un descanso.

—Lo bueno es que tenemos la liebre que nos ha cazado Roco. Ya está lista para cocinar.

Encendieron la fogata y prepararon la carne de la liebre, luego la pusieron al fuego. Los tres miraban cómo se cocinaba la carne, deseando darle el primer mordisco. A Roco se le salía la baba de la boca, Herwin estaba concentrado procurando no quemar la presa y Martin aún tenía ese pizcar de miedo, pensando sobre la bruja y lo que

podía decirles.

—¿Cómo se lo preguntaremos? —dijo en un momento.

—¿Preguntarle qué? —dijo Herwin, concentrado con la cocción de la liebre.

—Ya sabes, lo que venimos a preguntar. Sobre lo que está pasando. Ahora que lo pienso, no tenemos un plan. Si encontramos a la bruja, oráculo, ¿qué le decimos?

Martin lo meditó. Tampoco se había hecho esa pregunta.

—Supongo que preguntaremos sobre las muertes y cómo podemos evitarlas.

—¿Y crees que nos dará algo?

—Es su negocio, supongo. Si no, la gente no iría a verla.

—Claro... he estado pensándolo y tengo la impresión de que pueden ser sacrificios —dijo Martin.

—¿A qué te refieres? ¿Las muertes?

—Sí, piénsalo. Si la bruja pide una parte del cuerpo para comunicarse con los demonios o lo que sea, ¿será que quien está causando las muertes está haciendo lo mismo?

—Tiene sentido. Supongo que lo sabremos cuando lleguemos con el oráculo. Aunque eso explicaría lo de las partes del cuerpo que le faltan a cada víctima.

Herwin retiró las partes de la liebre del fuego y le dio un trozo a cada uno. La carne estaba tierna pero bien cocida. Roco devoró su parte rápidamente. Herwin comió tranquilamente y Martin daba pequeños mordiscos mientras veía el fuego; se le veía muy preocupado.

Al terminar de comer, todos se recostaron. El silencio se hizo presente y solo se escuchaba el crujir de la madera que ardía. Con este sonido, lentamente todos se durmieron.

De repente, un ruido lejano despertó a Martin. Abrió los ojos y miró a todos lados. El fuego estaba apagado y Herwin y Roco dormían plácidamente. Vio un destello a varios metros de distancia, entre los árboles. Del susto, se levantó rápidamente y despertó a Herwin.

—Herwin, veo unas luces por allá. Mira.

Herwin se despertó al escuchar esto y se levantó de un salto. Eran algunas luces en fila avanzando lentamente.

—¿Quién crees que sean? —preguntó Martin.

—No lo sé, creo que deberíamos acercarnos.

—Acerquémonos en silencio. Por todo lo que llevamos caminando, ya deberíamos estar cerca de Engelfall. Y esto no me da buena espina.

Se pusieron las botas y fueron detrás de las luces. Duraron un rato hasta poder alcanzarlas. Varias antorchas caminaban en fila; los hombres que las sostenían llevaban ropa negra y, con la oscuridad de la zona, daba la impresión que las antorchas flotaban en el aire.

Siguieron las luces durante mucho tiempo, hasta que se detuvieron frente a un pequeño espacio sin árboles.

—¿Por qué se detuvieron? —preguntó Martin.

—No lo sé, parece que están conversando.

Uno de los sujetos bajó la antorcha y, con el fuego, encendió una fogata. La luz inundó el lugar. Había una mesa en el centro del espacio, con algunas copas y objetos. En los troncos de los árboles había figuras hechas de madera con aspectos terroríficos. En uno de los extremos, una cruz de madera sobre un montón de objetos.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Herwin.

—Me parece, amigo mío, que es un altar. ¿Qué hacemos? —preguntó Martin.

—Nada. Son demasiados hombres, y dudo que no estén armados. Desde aquí podemos ver qué se traman.

Dos de los hombres salieron de la escena y, al poco rato, trajeron a rastras a otra persona. Estos hombres la amarraron a la cruz. La persona no se movía, parecía desmayada o muerta.

—Mira, tienen a alguien. ¿Crees que estará muerta? Parece una mujer.

—No es una mujer, es una niña —respondió Herwin—. La he

visto en una de mis pesadillas.

—Debemos salvarla, tío, la van a matar.

—Quizás ya esté muerta.

—¡No lo sabemos!

—Si interrumpimos en este momento, ¿no crees que nosotros seremos los próximos? —sentenció Herwin.

Los dos observaron en silencio la escena. Uno de los hombres precedía el ritual. Desde donde estaban, pudieron escuchar algunas palabras en un idioma desconocido para ambos. Los hombres colocaron un gran caldero debajo de la persona que estaba amarrada, mientras repetían una especie de oración en la misma lengua extraña.

Uno de ellos tomó un gran mazo y cuatro clavos largos de metal. Se posicionó frente a la víctima, colocó uno de los clavos en medio de la pantorrilla izquierda y levantó el mazo, dando un golpe seco y atravesando la pierna de lado a lado. El grito que se escuchó luego de eso fue lo más desgarrador que ninguno de los dos había oído en sus vidas. Quien despertó en efecto era una joven, de unos 15 años a juzgar por el tamaño, llevaba una camisa larga de color blanco. Parecía que había sido sedada y preparada antes de

ese ritual macabro. Martin y Herwin se miraban queriendo intervenir, pero sabían que eso sería el final de su misión. La impotencia se apoderaba del corazón de ambos.

La sangre comenzó a correr por el pie de la joven hasta caer al caldero. Ella intentaba moverse, pero la habían amarrado muy bien. Gritaba y les pedía a los hombres misericordia. A ninguno parecía importarle. Un segundo golpe del mazo atravesó su pierna derecha. La sangre comenzó a salir rápidamente y la joven se fue desvaneciendo. Cada vez se veía más pálida y le costaba más gritar.

Le siguieron dos clavos más, uno en cada lado. Hasta que su cuerpo se encontraba cubierto de sangre, que se escurría hasta aquel balde en el suelo. La joven murió con un último pedido de ayuda. Los hombres entonces retiraron el balde y comenzaron a limpiar a la víctima. Martin y Herwin miraban la escena paralizados. Nunca habían visto una crueldad así. Una vez el cuerpo estuvo limpio, uno de los hombres sacó un cuchillo y comenzó a abrir el pecho de la joven. Con el mismo mazo rompió sus costillas y extrajo su corazón. Luego lo colocaron en el caldero y lo pusieron al fuego. Dos hombres cogieron el cadáver de la joven y se lo llevaron. Se sentaron alrededor de la mesa y encendieron algunas velas. Uno de ellos sacó un libro negro y comenzó a

recitar algo en ese idioma extraño. Al terminar de leer el libro, del caldero comenzó a salir un humo negro. Los hombres sacaron el corazón y otros pedazos de carne del caldero y sirvieron el líquido en las copas. Comenzaron a beber y comer.

Martin y Herwin se miraron fijamente por unos instantes; el repudio que sentían no los dejaba hablar. Herwin hizo señal de que debían volver. Regresaron sobre sus pasos hasta el lugar donde tenían el campamento. Al llegar, empacaron todo en silencio y se quedaron sentados viendo el fuego. Nadie dijo ni una sola palabra hasta que amaneció.

Unas horas más tarde, cuando la claridad empezó a hacerse presente, ambos hombres seguían sentados en silencio, con la mirada perdida en aquella imagen espantosa.

—Está comenzando a amanecer, creo que deberíamos comenzar a subir ahora. No queremos que se nos haga de noche sin haber cruzado la montaña. Ya vimos lo que hacen en esta parte del bosque. Es mejor andar con cuidado.

Herwin veía a Martin muy deprimido. Así que intentó darle ánimos.

—Vamos, Martin, no podíamos hacer nada. Al menos ya sabemos qué es lo que hacen con las partes de los cuerpos. Piénsalo bien, es una ventaja.

—¿Quién habrá sido esa joven? Su familia estará buscándola, siento mucha pena por ella.

—Si hubiésemos intervenido, estarían haciendo un festín con nosotros en este momento. Nosotros tenemos una misión y tenemos que cumplirla. Recuerda a todas las personas del pueblo. Cada habitante corre el riesgo de terminar igual si no los detenemos.

Martin meditó por un momento estas palabras. Recordó el rostro de las personas que estaban en la iglesia hablando

sobre hacer algo.

—Está bien, amigo mío, sigamos adelante...

Con estas palabras, ambos se pusieron de pie y comenzaron a subir la montaña. El ascenso fue muy duro. Duraron varias horas bordeando acantilados y rodeando grandes piedras muy difíciles de escalar. Roco iba haciendo su mejor esfuerzo y lideraba la fila, buscando los mejores lugares por donde seguir avanzando. Al cabo de varias horas, llegaron a la cima y pudieron ver el valle. Engelfall era un profundo valle nubloso con una gran roca en el medio con forma de cuerno puntiagudo. A su alrededor se extendía un inmenso bosque con árboles grandes que tapaban todo el suelo irregular. Era el lugar favorito de todas las historias de engendros y demonios de los habitantes de los pueblos que había alrededor del valle.

—Qué sitio tan espeluznante. Definitivamente las historias deben ser ciertas. Te eriza la piel de solo verlo —dijo Martin.

—Debemos tener mucho cuidado ahí abajo. Ya vimos de qué son capaces. Bajemos y comencemos a buscar. Según nos dijo Elliott, debemos caminar por el bosque, alrededor de la roca, hasta que demos con la entrada de la cueva.

—Bajemos entonces, mientras más rápido salgamos de aquí, mejor.

La bajada fue igual de peligrosa y desafiante. Cuando se dieron cuenta, los árboles comenzaron a tragarse toda la luz del sol. Algunos árboles tenían marcas talladas en sus troncos: un montón de símbolos extraños y nombres de personas. Poco a poco se fueron adentrando, hasta que la niebla les hizo perder el sentido. Herwin iba al frente, seguido por Roco y, al final de la fila, Martin, que miraba a todos lados aún más nervioso que antes. La niebla era muy densa y, sumada a la altura de los árboles, creaba un clima especialmente sombrío. Los árboles y el lugar finalmente se tragaron toda la luz del sol, así que Herwin se vio obligado a encender las lámparas que llevaban con ellos. “Espero que no atraiga a nadie”, pensó mientras las encendía. Caminaron un rato, atentos a todos lados en búsqueda de los huesos que mencionó Elliott o algún otro indicio de la cueva. Martin caminaba más lento, porque además de buscar la cueva, tropezaba y se asustaba con el mínimo sonido que llegaba a sus oídos.

El frío comenzó a hacerse presente, pero ninguno de los dos quiso acampar en ese lugar. Era demasiado peligroso encender una fogata. Y además, ¿cómo podrían descansar

en esas condiciones? Siguieron caminando por largo rato y la niebla se iba haciendo más y más densa. Martin casi no podía ver a Herwin ni al cachorro. Siguió caminando detrás de la luz hasta que no pudo verla más. Los nervios se apoderaron de él y comenzó a caminar más y más rápido.

—¿Dónde están? —se repetía constantemente—. ¿Dónde se metieron? — ¡No puede pasarme esto ahora!, ¿dónde están?.

Pensó en gritar, pero podría atraer a alguien peligroso. Así que siguió caminando y caminando. La luz de la lámpara solo alumbraba vagamente el piso debido a la densa niebla. Su corazón latía con fuerza y sus ojos iban de lado a lado buscando la luz de sus compañeros.

Se detuvo súbitamente cuando escuchó un ¡crac!. Su cuerpo se congeló. “¿Qué ha sido eso?”, pensó. Giró lentamente su cabeza hacia los lados, pero no había nada, solo niebla. Entonces miró hacia abajo. ¡Había pisado un hueso!. Agachó la mirada y comenzó a buscar con la linterna algún otro hueso en el piso y lo halló, luego otro y otro que formaban una especie de camino. Algunos metros después, se hallaba frente a un hueco enorme en la falda de una pequeña ladera. Su corazón le decía que había encontrado el oráculo, pero ni Herwin ni Roco estaban con él. Debía

entrar solo.

La entrada de la cueva era espeluznante, paredes manchadas de sangre, huesos por doquier y ese asqueroso olor que no se podía identificar. Martin hizo un último intento de buscar a sus compañeros, pero la niebla no dejaba ver nada por detrás de él. Miró hacia dentro de la cueva, dio un suspiro largo y ruidoso, buscando calmar su miedo. Y entró, solo, a la cueva del oráculo.

7 LA VISIÓN DEL ORÁCULO

Al momento de cruzar el umbral de la cueva, sintió que viajaba a un lugar diferente. La temperatura se hizo más cálida y opresiva, el aire estaba cargado con un fuerte olor a hierro. A medida que caminaba, la poca luz de la luna que llegaba desde afuera se iba haciendo más y más lejana. Martín estaba muerto de miedo, pero sabía que no había escapatoria de esto. La historia sobre la cueva estaba mal contada. No eras tú quien encontraba la cueva, ella era la que te encontraba a ti. Cada paso que daba resonaba en el silencio, sus pies chocaban contra algún cadáver de animal o algún hueso que se quebraba bajo su peso. Seguía por un corredor estrecho, que descendía suavemente hacia las profundidades de la cueva.

El corredor estaba cubierto de una humedad pegajosa, y las

paredes eran frías y rugosas al tacto. Martin avanzaba lentamente, observando lo que podía con la tenue luz que proyectaba la lámpara en ese lugar. En su interior, estaba muerto de miedo. No podía creer que estaba solo ahí, pero evitaba que el miedo lo distrajera de su misión.

Cuando salió del corredor, se encontró con una pequeña cámara subterránea. Avanzó varios pasos y uno de ellos dio contra una piedra, que al moverse hizo que el piso produjera un extraño sonido. Martin se detuvo justo en el momento en que el próximo paso lo hubiese lanzado a una trampa mortal. Un gran charco de agua estancada estaba a solo unos centímetros de él, justo delante de su pie. Lo alumbró con la lámpara, pero la luz apenas penetraba la masa líquida. La roca había creado una pequeña honda; aquello se parecía más a un charco de brea que de agua.

Caminó bordeando el charco y diciéndose que debía prestar más atención al suelo. Encontró otro corredor que descendía un poco más y lo siguió mientras la temperatura seguía subiendo. Sentía cómo el calor húmedo se hacía más fuerte, el olor a hierro aumentaba con cada paso que daba. Seguía bajando por el corredor cuando escuchó un susurro detrás de él. “Estás cerca”. Giró de inmediato, poniendo la lámpara en alto, pero no había nada. Respiró profundo y

siguió el corredor, tratando de no pensar en lo que podría estar acechando en la oscuridad.

Continuó descendiendo por un rato, su corazón latía con fuerza. Más adelante se encontró con una gran abertura en el piso, en la que pudo haber caído, solo que esta vez observaba bien el suelo. La bordeó y siguió avanzando, hasta llegar a lo que parecía el final del corredor. Una abertura más estrecha salía a otra habitación. Esta vez era diferente; al fondo había una pequeña luz. Martin lentamente se dirigió hasta allí y se dio cuenta de que la luz provenía de otro corredor. Avanzó lentamente, siguiendo el hilo de luz hasta dar con algo que lo dejó atónito.

Cuando llegó al final, estaba parado frente a un gran recinto subterráneo. El techo era bastante alto y colgaban estalactitas de todos los tamaños, algunas con formas grotescas. Al final del recinto había un gran árbol. Su tronco era inmenso, no tenía hojas, solo lucía ramas puntiagudas y telarañas que gobernaban el lugar. Tenía que ser allí, la luz venía de una gran abertura en el centro del árbol. El pánico le recorría la espalda como una garra invisible, pero debía continuar. Caminó hacia la luz que salía del árbol y cruzó el umbral. Al momento de poner un pie dentro del árbol, la iluminación cegó sus ojos acostumbrados a la cueva. Había

muchas velas en una sala grande con forma ovalada. Las paredes parecían de madera, aunque muy deformadas. Había cientos de huesos sobre el piso y ese olor a hierro era más fuerte que nunca.

Ahí dentro hacía muchísimo calor, como si hubiese descendido al mismísimo infierno. En el centro de la sala había un gran caldero puesto sobre el fuego y al final de la sala había una gran silla hecha de ramas viejas y puntiagudas. Martin parecía escuchar susurros y sonidos indistinguibles, pero no veía a nadie. Comenzó a caminar hacia el caldero cuando escuchó una voz.

—¿Qué te parece mi hogar, Martin? —preguntó una voz.

Giró enseguida y la vio. Era una figura encorvada con una gran capa negra sobre sus hombros. Su rostro estaba descubierto, dejando ver su piel arrugada y pálida. Tenía el cabello blanco y muy desarreglado. Y sus ojos... tenía las dos cavidades completamente vacías, se veían las cicatrices en cada hueco. Martin casi se cae al suelo del susto. Retrocedió y casi choca con el caldero.

—No te asustes, cariño. Después de todo lo que has visto, ¿le temerás a una vieja ciega? —La vieja hablaba con un aire amable pero tenebroso a la vez, arrastrando las palabras y

exagerando los tonos, como si no hablase muy seguido—. Eres muy valiente para venir hasta mí. ¿Qué es lo que estás buscando?

Martin tragó saliva y le habló.

—Vengo a buscar al oráculo. Nos dijeron que podíamos encontrarlo aquí, en una cueva de Engelfall.

—¿Nos dijeron, dices? ¿Y dónde está tu compañero? —preguntó la anciana.

El rostro de Martin se congeló, con el miedo que había sentido, no se había preguntado por Herwin ni Roco.

—La niebla nos ha separado, lo perdí de vista antes de encontrar la cueva —dijo Martin.

—Es una pena, querido, realmente una pena. Hubiera querido conocer al pobre Herwin. Tantos años solo en ese bosque sin saber lo que le espera...

La vieja habló un poco entre dientes y Martin no pudo escucharla bien.

—¿Qué dijo? —preguntó Martin.

La vieja no respondió. Caminó lentamente rodeando a

Martin y colocándose frente al caldero.

—¿Por qué motivo buscas al oráculo, querido? ¿Quieres saber tu fortuna? ¿Quieres riqueza, joyas o tal vez... hacerte inmortal? —La vieja hablaba muy pausado y acentuando estas palabras—. Puedo decirte dónde hallar tesoros, tesoros muy grandes con mucho oro y piedras preciosas. ¿O tal vez la receta de una bebida que te hará vivir muchos años? Todo está a tu alcance en este momento, solo debes dar algo, algo insignificante, una pequeña parte de ti, como pago por el servicio. Piénsalo, ¿acaso no es maravilloso tener riqueza y lujos? Podrías tener tu propio castillo, un séquito de sirvientes. Caballos y armaduras doradas. Solo debes pedirlo.

—No quiero nada de eso —dijo Martin con voz clara—. Quiero saber lo que está pasando. Quiero saber qué está causando las muertes en el pueblo.

La mujer sin ojos lo escuchaba con una sonrisa terrorífica en el rostro.

—¡Bien! ¡Perfecto! ¡Maravilloso! El oráculo puede darte eso, sí, claro que sí. Solo necesitamos un pequeño pago. Un pago mínimo, insignificante. Digamos, tu mano izquierda...

Martin se quedó congelado. Todo el camino había pensado que quizás podía entregar una oreja, como Elliott, o un dedo o en el peor de los casos uno de sus ojos. Pero nunca se imaginó que la bruja le pediría una de sus manos.

—¿Una mano entera? —le dijo—. Solo quiero información, no quiero sus joyas ni riquezas —dijo intentando negociar.

—Ah..., sí..., pero quieres algo que es mucho más valioso, sí..., mucho más valioso. Por lo que muchas personas cambiarían su destino. Eso que pides hará que pasen cosas que el destino no tiene previsto. No soy yo, querido, quien pide esta ofrenda, es el oráculo. Él es el señor que nos dará lo que pides. Yo solo soy una pobre anciana.

La expresión de la anciana daba lástima y terror a la vez. Martin no sabía qué hacer; la vida de muchas personas estaba en riesgo, pero, ¿perder una mano? Era algo horrible de pensar.

—¿Estás dispuesto, querido? ¿Dispuesto a sacrificar un pedacito de ti para salvar a otros? El oráculo es bueno, sí... mi señor te dará lo que quieres. Solo debes darle algo de ti. Un regalo. Para que el señor te conceda eso que desees.

Mientras la vieja hablaba, el líquido del caldero comenzó a

burbujear. Con cada burbuja que explotaba, el olor a metal se hacía más fuerte. Martin pensaba muchas cosas, pero al final, decidió que todo su camino lo conducía hasta ahí. Pensó en Herón y cómo, aún sabiendo que su vida corría peligro, hizo lo que pudo por averiguar quién estaba detrás de esto.

—Lo haré —dijo en voz baja.

—¡Ah, sí! ¡Estupendo! ¡Muy bien! Solo será un cortesito, ¡un cortesito y podrás saber todo! ¡El señor estará muy contento! ¡Muy contento! ¡Martin vino al hogar del oráculo y dio la ofrenda, sí!

—Solo hazlo y deja de hablar.

Martin miró a la bruja con decisión. La expresión de la anciana cambió en seguida. Su boca se arrugó y su cara se volvió aún más siniestra.

—Perfecto... maravilloso... joven Martin. Estira tu mano sobre el caldero, sí... tu mano es lo que el señor quiere, tu mano izquierda.

Martin lo hizo y vio cómo la bruja sacaba un cuchillo espantoso de la túnica. Su brazo estaba arrugado y cadavérico. El cuchillo tenía muchas marcas y dibujos en la

hoja, y el mango era de color negro con símbolos extraños. Martin cerró los ojos cuando la anciana posó la hoja sobre su muñeca. Sintió un frío horripilante cuando la anciana hizo el corte. Fue un solo movimiento y su mano quedó separada enteramente de su brazo, cayendo dentro del caldero. Martin escuchó cuando el líquido absorbió su mano. Abrió los ojos cuando el dolor se hizo presente. Un dolor insoportable corría por su brazo y lo privaba incluso de gritar. Se sostuvo la muñeca y vio que no salía ni una gota de sangre de su herida. Podía ver dentro de su carne, pero la sangre se detenía ahí mismo. El dolor lo hizo sentarse en el piso y, mientras veía, la herida se fue cerrando por sí sola frente a sus ojos. La carne iba ganando lugar hasta que la herida cicatrizó por completo. Martin no lo podía creer.

Mientras esto ocurría, la anciana gritaba palabras en una lengua extraña para Martin, mientras movía el caldero burbujeante. Salía un humo negro con un olor espantoso, las llamas de las velas se movían hacia todas las direcciones y en el piso las arañas hacían grupo y corrían de un lado a otro. Él, tirado en el piso por el dolor que sentía en su brazo, estaba al borde del desmayo. Estaba de espaldas en el suelo mientras escuchaba a la anciana gritar. Estaba a punto de

desmayarse cuando escuchó la voz de la vieja:

—Bebe esto, querido, lo que pides está ahí. Buena suerte.

Y con esto, Martin cerró los ojos.

Martin perdió el conocimiento luego de beber el liquido, sintió cómo la oscuridad se apoderaba de él. Su cabeza era invadida por un ejército de voces y gritos incesantes. Abrió los ojos, pero ya no veía el techo de la cueva de la bruja. Estaba en un bosque nuevamente. Había árboles por todos lados, era de día y no había niebla ni frío. Miró sus manos y tenía ambas.

—¿Dónde estoy? —se dijo a si mismo.

Escuchó el galopar de varios caballos. Se levantó lentamente y se escondió detrás de un tronco, buscando hacia donde provenía el sonido. Vio a cinco jinetes, cuatro hombres y una mujer, andando tranquilamente por un camino. Martin los siguió sigilosamente.

—¿Segura, majestad, que este es el lugar? —dijo uno de los hombres.

—El señor no se equivoca, Marco, es aquí. Dijo que debíamos encontrar a alguien muy importante para la misión —habló la mujer.

—¿Pero cómo haremos que participe en el festín?

—Primero debemos encontrarlo, tío, no fastidies —dijo una tercera voz.

—En algún lugar debe estar. Estoy segura de que es un hombre. Luego debemos pensar cómo construir el altar sin que nadie sospeche.

—He pensado, majestad, que quizás podríamos construir un castillo. ¿Qué le parece? —dijo una cuarta voz.

—Ja, y tal vez construyamos un pueblo. Idiota —dijo otro de los hombres—. Mejor busquemos al sujeto y lo obligamos a participar.

—No —dijo la mujer—. Lo que dice Ignus es buena idea. Podríamos pasarnos por nobles y ayudar primero a la comunidad. Así nadie sospecharía. El ritual demorará años hasta que podamos traerlo a este plano.

Siguieron andando hasta llegar a un claro, donde estaba un sujeto con algunos troncos pequeños cortados en el piso, sentado sobre uno de ellos. Martin bordeó el claro hasta llegar a la espalda del sujeto y se escondió para oír.

—A orillas del Rhin hay unas cuantas familias. A medio día de aquí, siguiendo el ocaso del sol. Viven tranquilos, como yo.

—Eso facilita las cosas —asintió ella—. ¿Y usted? ¿Por qué vivir tan lejos del río?

—Aquí tengo paz. Y desde este claro, si se fija bien, puede verse el cauce entre los árboles.

La mujer se giró, observó el terreno con ojos calculadores.

—Es un lugar perfecto para un castillo. ¿Le importaría si construimos cerca de su cabaña? Podría ayudarnos. Le pagaríamos, y quizás hasta mejore su hogar.

—Puedo ayudar —dijo Herwin tras una pausa—. Siempre que me prometa que no traerá problemas.

—Le doy mi palabra —respondió ella, sin titubeos.

La mujer montó al caballo y se fue galopando lentamente. Martin no lo podía creer, ¡era Nária de Trim y Herwin! Corrió lo más rápido que pudo para alcanzar a los jinetes. Cuando estuvo cerca, pudo escuchar de nuevo la conversación.

—¿Está segura, majestad, que es él? Parece un sujeto cualquiera.

—Es eso lo que el señor quiere —dijo la mujer—. Además, si vive tan lejos del pueblo será más fácil. Hay que mantenerlo ahí. Construyamos el altar en el castillo, cerca de la cabaña que está haciendo. Y vayamos a darles a los mugrosos del

río algo de progreso.

Escuchando esto, Martin sintió un frío en sus piernas, que iba subiendo progresivamente. Cuando el frío llegó a su ingle, no pudo mantenerse más de pie. Cayó al suelo y comenzó a temblar. Su vista se nubló nuevamente. Comenzó a ver imágenes: vio dentro del castillo, a personas con túnicas negras entrando en una sala, en el medio del espacio restos de cuerpos humanos tirados en una mesa, los presentes bebían y comían las partes como si fuese carne de algún animal. Era el mismo ritual que vio en el bosque de Engelfall.

Luego vio a Herwin, fuera de su cabaña y a un par de mujeres caminando hacia él, con una bandeja de comida y una jarra grande. Una de las mujeres se abrazaba con él. La otra mujer le entregó la bandeja y se marchó. Herwin entró a la cabaña con la mujer, la visión hacía a Martin ver desde la ventana. La mujer se le abalanzó encima a Herwin e hicieron el amor. Sutilmente lo incitaba a comer y a beber de lo que habían traído, sin ella probar ni un solo bocado, a pesar de el ofrecimiento de Herwin.

—“Lo estaban preparando, lo habían planeado todo”, pensó Martin.

La visión se borró y aparecieron frente a él nueve cruces, dispuestas una al lado de la otra. Al pie de cada cruz había algo: bajo una, un corazón; bajo otra, un cerebro; y así con cada cruz. En el medio de la escena, un gran círculo con un pentagrama dibujado y velas negras en cada punta. En el medio, un extraño objeto grotesco, parecido a un huevo gigante, de color negro. Palpitaba algo dentro de él. Martin observó las paredes y colgaban grandes raíces que se metían entre las paredes. Entonces la oscuridad volvió. Martin podía sentir su cuerpo temblando, pero no podía hacer nada. Luego de unos momentos, escuchó una voz conocida.

—¡Martin! ¡Martin! ¡Tenemos que irnos! ¡Martin, despierta!

Abrió los ojos y era Herwin, que estaba sobre él intentando despertarlo. Giró la cabeza hacia ambos lados y vio también a Roco. Estaban bajo una gran raíz que sobresalía del piso, haciendo una especie de techo sobre ellos. Su cabeza daba muchas vueltas y estaba muy desorientado; Herwin estaba sudado y bastante alterado.

—¿Qué pasó? ¿Cómo llegué aquí? —preguntó aturdido.

—Te perdiste cuando entramos al bosque. Comencé a buscarte y vi a esos tipos haciendo otro ritual. Pero me han

visto, deben estar buscándonos, tenemos que irnos. Te encontré bajo esta raíz. ¿Qué diablos le pasó a tu mano?

—Encontré... al oráculo... —dijo Martin.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Qué te ha dicho?

—Vi los huesos... la cueva... Entré y estaba la bruja, no tenía ojos... He dado mi mano como ofrenda... Te han engañado, todo estaba planeado...

—¿Qué estaba planeado? ¿De qué hablas? Martin, tenemos que irnos, esos tipos vienen tras de mí. Ponte de pie. Si lo has conseguido, podrás contarme todo, pero primero debemos huir. Ya tendremos tiempo para charlar.

Martin se puso de pie lentamente, su cabeza aun daba muchas vueltas. Herwin lo cogió del hombro, sujetó la correa de Roco y comenzaron a correr lo más rápido que podían. Martin movía las piernas como podía; su cuerpo estaba prácticamente dormido. Herwin casi no podía con su peso y con tener que tirar de Roco. Escuchó un ruido y giró su cuerpo. Varias antorchas venían tras ellos. Echaron a correr nuevamente, pero no podían huir; Martin casi no podía caminar, así que decidieron ocultarse. Herwin apagó la linterna que tenía colgada en el pantalón y buscaron

refugio bajo una roca que sobresalía un poco del piso.

—Te necesito despierto, amigo mío —le dijo Herwin—. Tenemos que salir de aquí.

—Solo... solo dame unos minutos —dijo Martin mientras caía de lado apoyándose en la roca. Cerró los ojos y todo se silenció.

Herwin no podía quedarse ahí. Se levantó y vio las antorchas. Estaban a poca distancia y, si seguían acercándose, los encontrarían.

—“¿Ahora qué hago?”, pensó.

Cargó a Martin en su espalda, desmayado, y siguió caminando. Roco podía percibir la angustia de Herwin y no hizo ningún intento de liberarse. Lo siguió en silencio. Caminaron otro trecho hasta que llegaron a una pequeña cueva que penetraba en una de las montañas; solo tenían que esperar ahí un poco mas, ya estaba aclarando y podrían salir de ahí más fácilmente. Entraron a la cueva y vieron las luces pasar.

—Hay que encontrarlos antes de que amanezca. Nadie puede saber qué hacemos hasta que ella esté lista —dijo una de las voces—. Hay que separarse. Busquen bien, no deben

estar lejos.

Las luces pasaron muy cerca de ellos y se fueron separando lentamente. Herwin se sentó en el piso, y Roco se acostó a su lado. Ambos quedaron frente a Martin, que seguía dormido. No fue hasta varias horas después que Martin volvió a despertar. Lo hizo abruptamente con un grito de dolor. Se sujetó la muñeca sin mano y, cuando la vio, comenzó a vomitar un líquido oscuro y viscoso. Luego comenzó a mirar hacia todos lados, asustado. Herwin lo ayudó a limpiarse mientras lo tranquilizaba.

—Tranquilo, muchacho. Estamos a salvo. Han pasado sin vernos —le dijo Herwin.

—¿Cómo llegamos aquí? —preguntó Martin.

—Te he traído cargado. Eres más pesado que un oso, compañero. Te desmayaste y tuve que buscar dónde escondernos. Los tipos pasaron sin vernos. ¿Te encuentras bien? Debemos irnos de aquí, dudo que hayan dejado de buscarnos.

—Me duele la cabeza, han pasado muchas cosas —dijo Martin.

—Ni me lo digas. Te encontré tirado en el suelo sin una

mano y temblando como loco. Luego balbuceabas cosas mientras te arrastraba hasta que te volviste a dormir. ¿Cómo diste con el oráculo? —preguntó Herwin.

—No lo sé. Te perdí en el bosque y luego vi la cueva. Dentro estaba totalmente oscuro y ocurrieron muchas cosas raras. Después vi un árbol enorme y ahí estaba la bruja. Fue lo más espeluznante que he visto en mi vida. Su piel estaba seca, sin músculos, casi cadavérica. No tenía ojos y hablaba de una manera tan extraña... —Martin guardó silencio—. Entonces me pidió mi mano. No pensé que me pediría algo así. Dudé por un momento, pero ¿qué más podía hacer?

Después de que la cortó, comencé a desmayarme y ella me dio una bebida. Tuve visiones. Te vi a ti y a Nária. Vi el castillo. Te vi con esa mujer. Y luego, un lugar extraño, lleno de cruces. Había nueve de ellas y en el centro un círculo con un huevo de color negro, o algo parecido. Palpitaba como si algo viviera dentro de él.

Herwin prestaba atención mientras su mirada se perdía en una pared.

—¿Qué crees que signifique todo eso? —preguntó Herwin.

—No lo sé, debo organizar todo en mi mente primero.

Tenemos que irnos, ayúdame a ponerme de pie.

Trastabilló un poco cuando se levantó, aún sostenía su antebrazo con la otra mano. Lo examinó bien procurando no tocar el extremo amputado.

—La herida se cerró sola, luego de que la cortó. Nunca había visto algo así —le dijo a Herwin.

Herwin lo escuchaba sin poner mucha atención, le preocupaban los hombres que estaban afuera, buscándolos.

Salieron de la cueva con mucha cautela. Estaba todo en silencio y la niebla comenzaba a disiparse un poco. Con todo lo que había pasado, no sabían ya dónde estaba el camino por el que habían venido. Así que debían orientarse primero para poder volver. Herwin eligió la dirección que debían seguir viendo los rayos del sol. Martin, aún aturdido pero volviendo poco a poco en sí, lo seguía en silencio. Caminaron un largo rato, cautelosos de que nadie los viera y, al cabo de unas horas, dieron con el camino que los trajo al valle. Recordaron las extrañas marcas en los troncos de los árboles.

—Mira, Herwin, las marcas de los troncos. Este es el camino

—le dijo Martin.

Herwin giró y detalló las marcas; eran las mismas que vieron cuando llegaron. Los tres comenzaron a caminar cuando escucharon un grito lejano...

—¡Marco! ¡Son ellos! —gritó un hombre desde lejos.

En una fracción de segundo todos echaron a correr. Siguieron el camino que sabían que los llevaría hasta la cuesta de la montaña. Corrieron sabiendo que sus vidas dependían de ello, sin importarle que su corazón se saliera de su pecho. En un momento, Roco se quedó atrás y Herwin lo cargó en su pecho y siguió corriendo. Tras de ellos venían dos hombres, gritando e insultando. Llevó unos minutos en esas condiciones llegar al inicio de la cuesta. Martin iba adelante, seguido de Herwin que cargaba a Roco. Escalaron la primera roca cuando los hombres llegaron al pie de la montaña. Comenzaron a lanzar piedras y palos desde abajo, buscando herirlos. Hasta que uno de los hombres se metió una mano en la túnica, sacó un pequeño puñal y se lo arrojó a Herwin. Este se había agachado para coger una piedra. Aun llevaba a Roco cargado cuando escuchó un aullido del animal.

El cuchillo penetró en el cuerpo del cachorro, perforando

algunos centímetros dentro del animal. Herwin se detuvo enseguida y bajó a Roco al suelo.

—¡No, muchacho, no, no, qué te hicieron! ¡Malditos! Todo va a estar bien, muchacho, tranquilo.

Martin seguía lanzando piedras y todo lo que encontraba a su alrededor, hasta que los perseguidores se detuvieron. El que había lanzado la daga detuvo al otro y le hizo volver al bosque.

—¡Malditos! —les gritaba Martin desde arriba. Al girarse, vio a Roco tirado en el piso y a Herwin a su lado, intentando curarlo—. Debemos hacerte presión. Fue una herida pequeña. Te vas a poner bien, muchacho, vamos a volver al pueblo y buscaremos a un doctor. Ya verás que sí. No te pasará nada.

Roco solo respiraba y miraba a su dueño, con una lágrima en el ojo.

—Se han ido, amigo mío. Deja que vea al cachorro. En tu mochila he guardado una pasta de ajo, es buena para las heridas.

Sacaron lentamente el cuchillo y salió un pequeño hilo de sangre. Pusieron un poco del ungüento y un pedazo de

trapo sobre la herida. El cachorro cooperaba tranquilamente. Herwin volvió a cargarlo y continuaron subiendo lo más rápido que pudieron lo que quedaba de montaña. No se detuvieron durante todo el día, caminando lo más rápido posible. Al final de la noche, dieron con la luz que emitía aún el templo.

—Mira, falta poco para llegar al pueblo. Debemos darnos prisa para llegar —dijo Martin.

—Creo que podemos descansar aquí. Mis piernas no me dan más. Con el peso de la mochila y de Roco, pasemos lo que queda de noche aquí y mañana continuamos hasta el pueblo.

—¿Estás seguro? ¿Y la herida del cachorro?

—Sí. De todas maneras, ¿quién nos ayudará a esta hora? No creo que nadie quiera salir de sus casas.

Martin meditó la respuesta.

—Tienes razón. Deja que revise la herida y pongamos un poco más de la pasta. Mañana lo llevaremos a la casa del doctor.

Acamparon en ese lugar, haciendo guardia el uno mientras

el otro dormía. Roco durmió cerca del fuego, al lado de Herwin mientras este le acariciaba el hocico. En la distancia, la iglesia emitía luz como si de un faro se tratase.

8 DESCUBRIMIENTOS Y REVELACIONES

La mañana llegó con un cielo apenas cubierto de nubes, y la niebla se deslizaba entre los árboles como cada día antes del amanecer. Herwin hacía la guardia, con la mirada perdida en el horizonte, viendo cómo el sol despuntaba lentamente y disipaba las últimas brumas. Estaba recostado contra una roca fría, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas extendidas, aunque su postura denotaba más cansancio emocional que vigilancia. A su lado, Roco permanecía despierto, inmóvil por lealtad, con la cabeza apoyada sobre la pierna de su amo y los ojos también fijos en el horizonte.

Herwin no solo miraba: rememoraba. Su rostro, endurecido por los años y el viento de la montaña, se suavizaba al evocar aquellos primeros tiempos cerca del castillo: la

sensación de pertenencia que los Trim le brindaban, la comida que compartían con él y, sobre todo, su romance con Thalissa. Su mano acarició distraídamente la cabeza de Roco, como si buscara consuelo en el calor del animal.

Recordó ese último beso, tan breve como eterno, cuando ambos se despidieron:

“—Tenemos que irnos, las personas están furiosas. Dicen que los amos son los culpables de las muertes. Yo no sé nada, te lo juro...

—¿Pero cuándo te volveré a ver? —preguntó Herwin, dando un paso hacia ella, la voz entrecortada.

—Lo siento, querido. No creo que podamos vernos de nuevo. Esto es un adiós... te recordaré hasta el día de mi muerte —respondió Thalissa, bajando la mirada, mientras sus dedos temblorosos se aferraban por un momento a los de él.

—Iré con ustedes. Sin ti no queda nada aquí para mí —insistió Herwin, con los ojos húmedos, sujetándola del brazo como si el contacto físico pudiera evitar la despedida.

—La ama Nária ha dicho que no puedes venir con nosotros. Tienes que cuidar el castillo. Dice que, cuando esto acabe, volverá —explicó Thalissa, apartando su mano con suavidad, conteniendo

las lágrimas.

—¿Y tú, volverás con ella? —preguntó Herwin, apenas un susurro cargado de esperanza.

—Solo el Señor lo sabe, querido. Le pediré todos los días para que así sea. Adiós, Herwin —respondió Thalissa, rozando su mejilla con los labios en un beso que se deshizo con el viento.”

Después de eso, todo cambió. Fue una época desoladora. Herwin se quedó solo, desprovisto de propósito, como una estatua marchita a la que nadie rinde culto. Durante años, cuidó los terrenos del castillo como quien cuida una tumba: con respeto, con rutina, con dolor. Caminaba cada día entre las ruinas, esperando ver en cualquier momento la figura de Thalissa corriendo hacia él, o el estruendo lejano de la caballería de Nária surcando el valle.

Con el tiempo, ese recuerdo se fue desgastando, como una pintura expuesta al sol. La vida en la montaña no es amable con los hombres solitarios. Cazaba, construía e intentaba sobrevivir. Cuando los Trim se marcharon, la gente del valle tomó el castillo, lo saquearon y lo dejaron morir. Nunca más se supo nada sobre los Trim.

Un leve crujido lo sacó de su ensoñación. Herwin parpadeó,

sacudiendo la cabeza como si pudiera despejar las sombras del pasado. Con movimientos lentos, se incorporó y estiró los músculos entumecidos. Luego, se agachó y sacudió suavemente el hombro de Martín.

—Despierta muchacho, tenemos que movernos —dijo en voz baja.

Mientras Martín despertaba, Herwin comenzó a apagar el fuego con los pies, empujando las brasas hacia la tierra húmeda, y luego se agachó para guardar las pocas cosas que habían sacado la noche anterior. Roco se levantó también, estirándose con un leve gemido, como si compartiera la melancolía de su dueño.

—Debemos irnos, compañero. Hay que llegar al pueblo, tenemos que curar a Roco y quiero que me digas qué te contó el oráculo —dijo Herwin con un tono de preocupación.

Martin despertó en silencio. Intentaba recordar todas las imágenes que había visto y darles sentido. Se levantó en silencio y ordenó sus cosas. Luego revisó la herida de Roco, que parecía estar saludable.

—Parece que está bien. La pasta previene que se infecte la

herida, al menos hasta que lleguemos con el doctor — comentó Martin, viendo el muslo del perro.

Ambos comenzaron a caminar sumidos en sus pensamientos. Martin, recordando lo ocurrido, y Herwin, con un sentimiento de tristeza por el recuerdo de Thalissa. Bajaron la cuesta y comenzaron a subir otra menos pronunciada. Al llegar a la cima y después de algunas horas, consiguieron llegar al pueblo. Aún había personas que se negaban a salir, pero muchas otras habían abierto las ventanas de sus casas de par en par e incluso algunas personas estaban caminando por las calles.

—Se niegan a darse por vencidos. Debemos hacer esto para ayudarlos, son personas muy nobles. Vayamos con el doctor para ver qué puede hacer por Roco —dijo Martin, observando el pueblo desde arriba.

Bajaron al pueblo y se dirigieron a la casa del doctor. Era una vivienda blanca, de dos plantas. En la parte inferior se atendía a quienes necesitaban asistencia médica; en la superior vivían él y su mujer. Cuando tocaron la puerta, fue ella quien los recibió.

Linda apenas la entreabrió, pero al verlos —cansados, con el rostro tenso y llenos de la sangre del animal—, abrió por

completo, con una mezcla de sorpresa y preocupación. Les hizo una seña para que pasaran rápidamente y desapareció tras una cortina interior para llamar a su esposo.

Al poco, ambos regresaron. Linda era delgada, de piel clara, con cabello dorado que caía en rizos suaves sobre sus hombros. Sus ojos, grandes y brillantes, contrastaban con la expresión algo nerviosa con la que los observaba. Iba vestida con un delantal limpio, que acomodó de inmediato al notar que su aspecto podía parecer informal. El doctor, en cambio, se mantenía erguido y pulcro. Su cabello negro, bien peinado, y su espeso bigote le daban un aire de distinción. Su bata blanca resaltaba en contraste con el ambiente rural del pueblo.

—Buenos días, caballeros. ¿Qué ha pasado con el cachorro?

—preguntó el doctor, agachándose con cuidado y sin perder la compostura.

—Fuimos atacados por unos bandidos, señor. Le han dado con un puñal pequeño —respondió Herwin, con la voz tensa.

El doctor olfateó sutilmente la herida.

—¿Ajo? Hicieron bien. Evitaron la infección. Veamos... No

es muy profunda. Bastará con suturarla. Se pondrá bien — explicó mientras observaba de reojo a ambos—. Unos días de reposo y estará corriendo otra vez.

—¿Entonces... se curará? —dijo Herwin, aún incrédulo.

—Claro que sí —asintió el doctor con una sonrisa breve—. Iré por mis instrumentos. Siéntense, caballeros, están en su casa. Linda, amor, ¿podrías traerles algo?

—Por supuesto. Tomen asiento, por favor —dijo ella, guiándolos hacia un bonito sillón tapizado. Se inclinó brevemente para mover un taburete y luego desapareció por la cocina—. Les traeré algo de beber. Pueden dejar sus cosas por aquí.

La sala estaba impecable. Todo brillaba como si acabaran de limpiarlo esa mañana. En las paredes colgaban diplomas antiguos, un mapa del cuerpo humano y varios frascos etiquetados con letra meticulosa. El olor a alcohol medicinal impregnaba el ambiente.

—No son de por aquí... al menos ella no —comentó Martin en voz baja—. Él vivía con su padre, que era herrero. Luego se fue a estudiar fuera. Cuando su padre enfermó, volvió con Linda. Desde entonces, curan a animales y personas. Si mis

padres se hubieran enfermado más tarde... tal vez estarían vivos.

Herwin recorría el salón con la mirada: frascos, libros, un reloj de péndulo que marcaba el ritmo con su lento tic-tac. Roco descansaba sobre una mesa acolchada. Aunque le preocupaba, el temple del doctor inspiraba cierta calma.

Linda regresó con una bandeja de madera.

—Aquí tienen, caballeros. Pan, queso de cabra y algo de agua fresca. Coman, mi esposo cuidará bien al perrito —dijo, sentándose en una mecedora frente a ellos. Apoyó las manos sobre sus rodillas y los miró con atención—. A Martin ya lo conocemos, pero usted, señor... no me suena su rostro. ¿Cómo se llama?

—Me llamo Herwin —respondió él, mientras aceptaba el vaso de agua—. Hace muchos años que no venía por aquí. Todo ha cambiado bastante. Hacen un gran trabajo en este lugar.

Linda sonrió, pero sus ojos mostraban un atisbo de melancolía.

—Mi marido siempre quiso volver al pueblo a practicar medicina. Estudió con un médico en la ciudad, a varios días

de aquí. Pero cuando supo que su padre estaba grave, volvimos de inmediato... ya era tarde. Lo encontró muy enfermo. Aun así, decidimos quedarnos. Yo ayudo con la casa, con los pacientes. Vivimos tranquilos, aunque últimamente...

El doctor regresó con un maletín de cuero oscuro. Lo apoyó con cuidado sobre la mesa, sacando gasas, una aguja curva y una pequeña lámpara de aceite.

—Voy a suturar la herida. El cachorro deberá quedarse aquí un par de días. Tenemos un pequeño patio con sombra donde podrá descansar —dijo mientras se preparaba—. ¿Qué les parece el queso? A mí me pareció estupendo. Por cosas como estas no extraño la ciudad, ¿verdad, querida?

—Sí, amor... aunque estos últimos meses han sido horribles —respondió Linda con voz más baja—. Esos asesinatos... estar encerrada sin poder salir... da miedo. En la ciudad hay guardias. Aquí solo tenemos puertas.

—Algún lunático suelto. Lo atraparán, ya verás —dijo Vikram sin dejar de trabajar—. ¿Qué opinan ustedes?

—No creo que quieran hablar de eso ahora —intervino Linda, notando la tensión en sus rostros—. Han debido

pasar un infierno.

—Tienes razón —asintió el doctor, mientras apretaba el último nudo—. Y voilà. La herida está cerrada. Debería sanar bien.

Se giró para mirar a Herwin. Lo observó unos segundos más de lo normal, con el ceño fruncido.

—Disculpe... pero me parece familiar. ¿Cómo dijo que se llama?

—Herwin. Pero no creo conocerlo, doctor. Hace años que no venía.

—Imposible... Claro que lo recuerdo. Usted vivía en los terrenos del castillo, ¿verdad? ¿Cómo es que... sigue igual?

—Sí, vivo allí. Pero no lo recuerdo a usted. ¿Cuál es su nombre?

—Vikram, señor. Usted ayudó a mi padre cuando llegamos. Traía madera, ayudaba con los techos. Yo era un niño. ¡Pero usted ya era un adulto entonces! ¿Cómo es posible?

Martin y Linda intercambiaron una mirada. Herwin se acomodó en el sillón, incómodo por la atención.

—Hace años que dejé de buscar esa respuesta. Las personas que conocí envejecieron. Yo no. Solo me alejé. Y ahora estoy de regreso. Recuerdo cómo usted jugaba con las herramientas de su padre. Pero no pensé que estaría... tan mayor.

Vikram lo observó en silencio, asimilando las palabras.

—Nunca vi algo así. Usted debe tener un propósito muy importante. Los dioses le han dado una vida muy larga por una razón.

Linda se levantó con cierta inquietud.

—Deberían quedarse esta noche. Tenemos camas para pacientes, ropa limpia, pueden lavarse. No hay prisa.

—Se lo agradecemos mucho —interrumpió Martin, poniéndose de pie—, pero debemos llegar a la iglesia. Vimos algo en el bosque que puede explicar lo que está pasando.

—¿Eso fue lo que hirió al cachorro? ¿Quiénes eran?

—No eran asesinos comunes —dijo Herwin, serio—. Manténganse en casa. No salgan por nada.

Linda frunció los labios, apretando el delantal entre las manos.

—Ya llevamos semanas encerrados. Estoy harta. No podemos quedarnos mirando cómo mueren los vecinos.

Martin se acercó un paso, con voz firme:

—Si quieren ayudar, informen a los vecinos de la junta. Mañana por la tarde iremos a la iglesia. Tendremos respuestas.

Linda lo miró con determinación y asintió. Vikram hizo lo mismo.

—Muy bien, caballeros. El cachorro se quedará aquí. Nos veremos mañana. Que los dioses los acompañen —dijo el doctor, abriéndoles la puerta con gesto solemne.

Ambos salieron y comenzaron a caminar en dirección a la iglesia. Algunas personas los saludaron al pasar. Al ver a Herwin, preguntaban con curiosidad quién era. —Un amigo —respondía Martin con una sonrisa forzada—. Viene a ayudar con el asunto que tenemos. La gente asentía sin hacer más preguntas, como si no quisieran saber demasiado. Cambiaban de tema con rapidez, con una inquietud que flotaba entre las palabras no dichas.

Llegaron al pie de la colina y comenzaron a subir hacia la iglesia. Al abrir la puerta, la luz del atardecer se coló por las

ventanas y levantó una fina nube de polvo.

—Tienes que contarme qué viste, Martin. No tenemos tiempo que perder —insistió Herwin, su voz grave y ansiosa. —Dame un momento, amigo mío —respondió Martin, con ojeras bajo los ojos—. Necesito organizar mis pensamientos... buscar algo donde escribir. Pero antes, quiero lavarme un poco y cambiarme estas ropas. Y dormir, si es posible. Una cama de verdad. Estos días me han destrozado.

Herwin asintió, suavizando el rostro. Casi había olvidado la herida de Martin; aún llevaba el brazo escondido bajo la chaqueta, lejos de las miradas curiosas.

—Está bien. ¿Puedo usar la misma habitación del otro día? —Claro. Yo dormiré en el pequeño cuarto del sótano. Nos vemos más tarde. Hay agua en el depósito detrás de la iglesia. Descansa. Debemos recuperar fuerzas para lo que sea que venga.

Se separaron. Luego de asearse, Martin cayó como una piedra sobre su cama. Herwin extendió las mantas en la habitación contigua y lo imitó. Ambos durmieron profundamente, como hacía días no lograban hacerlo. Bajo techo, lejos del valle y su maldición, el sueño fue, por fin,

reparador.

Herwin despertó en plena madrugada. Se sentía algo desorientado; habían dormido todo el día desde su llegada. Se levantó y, descalzo, caminó hacia el salón principal.

Allí encontró a Martin, encorvado sobre una pequeña mesa, iluminado por la luz cálida de una lámpara de aceite. A su lado, varios libros polvorientos y un pergamino desplegado.

—¿Cuánto he dormido? —preguntó Herwin, su voz ronca en el silencio.

Martin se sobresaltó.

—¡Por todos los cielos! —exclamó—. ¿Estás buscando matarme?.

Suspiró aliviado, y luego, con tono más sereno, le hizo una seña para que se acercara.

—Ven. Tengo que contarte lo que el oráculo me mostró. Estoy escribiéndolo para la asamblea de mañana. Será más fácil explicarlo si tengo esto bien claro. Pero lo que vi, Herwin... lo que vi es grave. Muy grave. Y estamos en el centro de todo.

Herwin se sentó a su lado, en silencio. Martin le entregó el

pergamino.

—Siento mucho lo que vas a leer —dijo, con tristeza en la mirada—. Pero fue lo que vi. Tal cual.

Herwin tomó el papiro y comenzó a leer. A medida que avanzaba, su rostro se tensaba, sus dedos temblaban levemente. Un nudo se le formó en la garganta.

“Mi visión me transportó a un bosque, al principio desconocido. Vi jinetes acercarse, y pronto reconocí a Nária de Trim y sus caballeros. Hablaban de buscar a una persona que vivía aislada, alguien importante para una misión en nombre de un “Señor”.

Decidieron construir un altar, aunque al principio no entendí para qué. Luego lo comprendí todo. Llegaron a un claro: el claro donde ahora está el castillo. Allí, vieron a Herwin construyendo su cabaña. Nária dijo que era él a quien buscaban.

El castillo y el pueblo no se alzaron para traer civilización. Fueron contruidos para entretener y mantener a Herwin cerca, distraído mientras se preparaba un ritual. Lo hicieron parte de la comunidad, le ofrecieron trabajo... incluso amor. Pero todo era una trampa.

Ella —la mujer— era solo un instrumento. Lo alimentaban con carne maldita durante las festividades. Lo presentaban como un acto de bondad, pero cada bocado lo ataba más al propósito del ritual.

Luego vi las cruces. Nueve en total. Bajo un árbol gigantesco, en una cueva llena de raíces, había carne a sus pies. Cada cruz parecía representar una de las muertes recientes. Creo que nuestros enemigos están tratando de traer a ese “Señor” al que servían.

Nos están usando a todos. Y debemos detenerlos.”

Herwin dejó el papiro sobre la mesa, aún sin hablar. Respiró hondo.

—¿Crees que sea cierto... todo eso? —preguntó por fin, con voz apenas audible.

Martin bajó la mirada.

—Quisiera pensar que no... Pero lo sentí, Herwin. Fue real.

El silencio se hizo denso entre ellos.

—Si esto es verdad, estamos ante algo monstruoso —dijo Herwin, poniéndose de pie—. Debemos alertar a todos. No pueden completar los sacrificios.

Dejó el pergamino sobre la mesa, con manos aún temblorosas.

—Necesito dormir un poco más... Tengo que procesarlo.

Martin lo vio alejarse, sintiendo un peso extraño en el pecho. ¿Cómo se consuela a alguien que acaba de descubrir que toda su vida ha sido un engaño?

Volvió a tomar el pergamino, lo dobló con cuidado y lo guardó en su chaqueta. Luego, sin ganas, abrió uno de los libros antiguos. Leer, pensó, quizás lo ayudaría a distraerse del dolor de su amigo. Un rato más tarde, decidió irse a dormir también.

En pocas horas tendría que contarle a un pueblo desesperado que la oscuridad aún no se ha ido. Que, quizá, apenas había comenzado.

9 EL ÁRBOL DE LAS SOMBRAS

Martin despertó, iluminado por la luz de su lámpara y algunas velas. Su cuarto y el de Herón estaban en un pequeño espacio subterráneo, justo debajo de la iglesia. Se sentó en la cama y se quedó allí reflexionando un poco. Luego se puso de pie, se puso el abrigo y salió de la habitación. Al lado de su puerta, estaba la habitación de su maestro. Martin aún no se atrevía a entrar allí, nunca había estado en esa recámara y desde que murió su maestro no se había atrevido a entrar. Se quedó observando la puerta hasta que descartó de nuevo entrar. Subió la escalera hacia el salón de la iglesia; el sol comenzaba a salir. No había señales de Herwin. Así que comenzó a abrir las ventanas poco a poco. Al llegar a la puerta principal, la abrió de par en par. Una corriente de aire comenzó a correr por todo el

salón. Era una mañana un poco más cálida de lo que se está acostumbrado en el valle. Al menos no hacía ese frío que te lastimaba las manos.

Buscó en un pequeño depósito en la parte de atrás algo de comer, pero estaba vacío. Cuando salió de la sala, escuchó un ruido en la habitación de Herwin. Se quedó a esperar que el hombre saliera.

—Buenos días, amigo mío —le dijo Martin, indagando la cara de Herwin.

—Buenos días, compañero. Lo siento por lo de anoche, hay muchas cosas que no entiendo —respondió Herwin, aún con algo de tristeza.

—Te entiendo, amigo mío. Ha sido como un balde de agua helada. Pero ¡Hey!, aún podemos detener a esos bastardos. ¿No crees? —dijo Martin, levantando el papiro—. ¡Tenemos las respuestas! Solo tenemos que buscar la manera de detenerlos. Tengo algunos libros sobre esas cosas, los libros que mi maestro me mandó a buscar días antes de morir. Creo que si busco bien, podría dar con la manera de detenerlos —Martin estaba muy optimista, aunque cada vez que movía su brazo sin mano, sus ojos se volvían algo tristes.

—Solo espero que no haya sido una pérdida de tiempo el viaje a Engelfall. Lo siento mucho por ti y por Roco. Tal vez si no hubiese venido al pueblo...

—Estuviéramos realmente perdidos —le dijo Martin tajantemente—. No te castigues, amigo mío. Esto no es tu culpa. ¿Cómo podrías saberlo? Hemos traído luz al misterio. Sabemos qué intentan hacer. Solo tenemos que juntar las piezas, encontrar lo que necesitan para completar el ritual y detenerlos.

—¿Crees que la respuesta está en esos libros? —indagó Herwin, abriendo uno de ellos y pasando sus páginas. Se detuvo en una que se leía:

“Abhuliok, el señor de la peste. Sus seguidores comúnmente lo invocan por venganza. Promete acabar con el enemigo de quien lo invoca a cambio de una vida de servicio. Hay testimonios de quienes venden su alma a este espectro que, luego de terminado el ritual, pueden ver a la sombra por toda su vida, escuchando voces y mandatos. Luego del intercambio, comúnmente se internan en el bosque, huyendo de las miradas de la civilización para llevar a cabo tareas para este ser. Su ritual consiste en recolectar objetos valiosos de la persona a la que se...”

—Vaya librito, ¿no? —dijo Herwin, deteniendo la lectura—.

¿Cuál es el sentido de hacer algo así?

—Ayudar a los que intentamos ayudar. Son libros muy antiguos que se pasan de sacerdote a sacerdote. Herón me dijo que yo sería el próximo, luego de su retiro. Decía que quería irse a un sitio más cálido. Antes de que comenzara todo esto, hablábamos mucho sobre la historia del pueblo y cómo había llegado cada habitante —dijo Martin, mientras su mirada se perdía por una de las ventanas.

—Comienza a buscar entonces, compañero —dijo Herwin—. Yo iré a ver cómo sigue Roco.

—Creo que deberías darle algo más de tiempo. ¿Por qué no vamos al bar de Elliott? El hambre va a acabar con nosotros antes que los asesinos —dijo Martin, riéndose—. Además, creo que debemos contarle lo que pasó, le debemos por la ayuda que nos dio.

—Tienes razón, me había olvidado de eso. Con tantas cosas pasando, había olvidado comer —dijo Herwin, colocándose el abrigo—. Vayamos, pues. Comamos algo y hablemos con Elliott.

Martin cogió uno de los libros de la mesa y se colocó el abrigo, escondiendo su brazo izquierdo dentro de él.

Herwin observó el gesto y sintió algo de pena. Bajaron en silencio la ladera y llegaron al pueblo; había un clima fresco y muy agradable. Además, la niebla no estaba presente esa mañana. El día había comenzado muy bien. Había ruido en las casas, pero casi nadie se atrevía aún a abrir las ventanas. Solo algunos valientes comerciantes salían a la calle, llevando productos a las casas de las personas.

—No pueden parar. Si la gente deja de comer, morirán antes de que los asesinos supongan una amenaza para ellos — comentó Martin, mientras veían a un señor entregar unos trozos de queso a una casa.

Siguieron caminando hasta llegar a la calle minúscula, que sin el misterio de la noche se veía menos amenazante. Llegaron a la casa de Elliott e hicieron el ritual de la entrada, dijeron las palabras y entraron. Al pasar, no había nadie en la sala. Elliott estaba sentado en la barra y cuando los escuchó entrar, se giró.

—¡Ah, pero si son los aventureros! ¡Entren, entren, bienvenidos! —se levantó Elliott jovialmente—. Tienen que contarme cómo os ha ido. Pero vayamos a mi oficina, no quiero que me vean hablar de estas cosas —dijo, mirando a todos lados.

—Pero si no hay nadie —replicó Martin.

—Muchacho, cuando estás en este negocio, aprendes que las paredes tienen oídos —dijo queriendo sonar misterioso —. Venga, vamos a mi sala, allí me podéis contar todo — cogió una botella color caramelo y les señaló el camino.

Siguieron por el corredor y entraron a aquella sala llena de adornos y bien iluminada. Elliott se sentó detrás de su mesa y Herwin y Martin en unas sillas frente a él.

—¿Y bien? ¿Qué os ha dicho ese maldito monstruo? ¿Quién ha dado la ofrenda? —preguntó mientras abría la botella y servía tres tragos.

Martin bebió el trago sin siquiera brindar. Elliott lo vio y supo que había sido él.

—Así que has sido tú. Pero te veo bien, muchacho. ¿Qué te ha pedido? —dijo Elliott ansiosamente.

Martin, en silencio, sacó el brazo izquierdo de dentro del abrigo y lo alzó a la mesa.

—¡Auch! Ya veo. Parece que la vieja se ensañó contigo, muchacho. Ha de ser muy importante la información que te ha dado —dijo Elliott, bebiendo un trago y reclinándose

hacia atrás—. ¿Alguna pista sobre lo que está pasando? —preguntó curioso.

—Tenemos una idea, pero necesitamos más información. Vinimos a comer algo porque hemos vuelto del bosque y en la iglesia no teníamos nada.

—¡Ah, pero claro! ¡Qué descortés soy, discúlpennme, señores! Yo mismo les serviré. ¡No, no!, ¡no se levanten! —dijo, poniéndose de pie y saliendo hacia la puerta—. ¡Les traeré algo de comer! ¡No se preocupen! —y salió de la habitación. Ambos se miraron y levantaron los hombros.

—Creo que es mejor que no le menciones la parte de mi historia. No necesitan saber todos los detalles. No quiero que todos sepan cómo me han engañado —dijo Herwin con algo de vergüenza.

—Ya me lo había pensado, amigo mío. No les daré el papiro. Solo le daré los detalles generales de lo que está pasando. El papiro es para tenerlo yo y poder desarrollar mi investigación.

Elliott volvió con dos platos hondos; dentro había una sopa con un olor delicioso.

—Aquí tienen, amigos. Es lo que damos a los ebrios para que

puedan levantarse e irse el día después de las fiestas. ¡Les levantará el espíritu enseguida! —dijo con su tono jovial.

Mientras comían, Martin le contó lo que habían descubierto. Elliott escuchaba atentamente mientras se tocaba la barba, como meditando lo que estaba escuchando.

—Entonces, ¿dices que todo comenzó con los sacrificios del castillo? He oído la historia miles de veces aquí en el bar. Los campesinos la cuentan cada vez que se emborrachan lo suficiente para perder el miedo. Según dicen, los Trim eran una secta de seguidores de un demonio muy poderoso. Con la carne que comían de los sacrificios se mantenían con vida a cambio de servir al demonio.

Martin miró a Herwin y rápidamente volvió la mirada a Elliott. Este percibió algo, pero continuó hablando.

—La gente dice muchas tonterías cuando está ebria. Pero esa historia siempre me pareció fascinante. Y el que ha estado con esa bruja sabe que su método es algo parecido. Todas esas cosas exigen un pago a cambio de algo.

—Ahora necesitamos contarle a las personas lo que está pasando. Hemos citado a todos en la tarde en la iglesia para contarles esto y advertirles que estamos frente a algo muy

peligroso. No sabemos cuántas muertes más necesiten para completar el ritual —dijo Martin, mientras terminaba la sopa—. Esta sopa es exquisita, colega. Qué buen sabor, de verdad —dijo, tomándose el resto directo del plato.

—¡Ah, sí! Cuando vendes licor necesitas que la gente pueda beber todo lo que su bolsillo le permita. ¡Todos deben permanecer en pie! ¡Jeje! —dijo Elliott, riéndose.

—Bien, amigos, les agradezco que hayan confiado en mí estas dos ocasiones. ¡Me ofrezco para ayudarles en todo lo que esté a mi alcance! ¡Mi bar es su casa, por si lo necesitáis! —dijo Elliott amablemente.

—Muchas gracias, Elliott. Necesitamos toda la ayuda posible. Y tranquilo. No le diremos a nadie sobre nada de esto —Elliott asintió orgullosamente.

—¡Grandioso! Ya saben cómo es. La reputación del sitio es lo que lo hace famoso en el valle. ¡No podemos perder la confianza de la clientela! —dijo mientras todos se ponían de pie—. Os acompañaré a la salida. Buena suerte con la reunión, espero que la gente no os dé más problemas de los que ya tenéis.

Salieron del bar y fueron caminando hacia el puente, con

dirección a la casa del Doctor. Cuando llegaron allí, solo encontraron a Roco amarrado bajo la sombra de un árbol. Ni Vikram ni su esposa Linda estaban allí.

—Qué raro... ¿dónde estarán? —se dijeron ambos.

—¡Hola, muchacho! ¿Cómo estás? ¿Tu pata ya se curó? Acompáñanos, no creo que quieras quedarte más tiempo ahí amarrado —Herwin soltó a Roco, que ya parecía bastante mejor. Este saludó a ambos con la alegría de siempre.

—Volvamos a la iglesia. Quizás estén allí —dijo Martin, meditando la situación.

Regresaron por el mismo camino y fueron de camino a la iglesia. Esta vez en el pueblo no se escuchaba nada, pero a medida que se acercaban a la iglesia, comenzaron a escuchar diversas voces dentro del edificio.

—Creo que ahí están, no pudieron aguantar hasta la tarde, al parecer —dijo Herwin.

Al llegar a la puerta, había al menos veinte personas, distribuidas en los rincones del edificio, hablando entre sí. Cuando vieron a ambos, todos hicieron silencio y los miraron atentamente. Martin se quedó congelado, pero

luego comenzó a caminar hacia el final de la sala. Herwin y Roco se quedaron en la banca más cercana a la puerta. Las personas seguían a Martin con la mirada. Al llegar al final y quedar de frente a las personas, una de ellas habló.

—¿Y entonces, qué habéis descubierto? —dijo una mujer con voz irritante.

—¡María! Deja al muchacho hablar. Lo siento, Martin. Algunas personas han perdido los modales —intervino una anciana, con voz calmada pero firme.

—No hay tiempo para modales, señora. Hay asesinos sueltos por ahí —respondió la joven, visiblemente alterada.

—Os dije que esa conversación no lleva a nada, hay que mantener la calma —dijo el doctor, que estaba al lado de Linda, más próximo a Martin.

—¡Es fácil mantener la calma cuando no tenéis hijos que proteger! —exclamó otra persona desde el fondo.

—Señores, por favor. Os pido calma. Tengo que contarles los detalles de lo que hemos descubierto —pidió Martin pacientemente.

—Pues venga ya, cada minuto que pasa se acerca más la

noche. Yo no quería salir de mi casa. Si no fuese por Linda, no estaría aquí. Así que venga ya, contad de una vez por todas —dijo una mujer con impaciencia, cruzada de brazos.

Martin comenzó a componer toda la historia en su cabeza, desde los Trim hasta el día de hoy, pero intencionalmente se saltó los detalles sobre Herwin. Los habitantes del pueblo lo miraban con los ojos bien abiertos y la mandíbula apretada. El miedo se sentía en la sala. Al terminar la historia, todos se miraban en silencio.

—Entonces, si acabamos con esos tipos, ¿podremos volver a la normalidad? —habló un hombre llamado Erik, rompiendo el silencio.

—Yo opino lo mismo. Hay que buscarlos y hacerles pagar por lo que han hecho —intervino otro hombre llamado Ismael, golpeando la mesa con el puño.

—Ismael, Erik, ustedes no entienden. Esto va más allá de una simple cacería. Nos enfrentamos a algo mucho más peligroso —dijo Martin, intentando explicar con la voz cargada de preocupación.

—No podemos quedarnos de brazos cruzados, Martin. Si estos tipos están detrás de esto, tenemos que detenerlos

antes de que sea demasiado tarde —respondió Ismael, levantándose de su asiento.

—Ismael tiene razón —dijo Erik—. No podemos permitir que sigan con sus rituales. ¿Qué otra opción tenemos?

—¡Pero no saben a qué se enfrentan! No es solo cuestión de fuerza bruta. Estos sectarios están jugando con fuerzas oscuras que ni siquiera imaginan —exclamó Martin, alzando la voz para ser escuchado sobre el murmullo que crecía en la sala.

—Martin tiene razón. Necesitamos un plan más sólido. No podemos arriesgarnos a perder más vidas —habló Herwin desde atrás. Todos giraron la cabeza y lo miraron atentamente, preguntándose quien era él.

—¿Y qué sugieren entonces? ¿Quedarnos aquí esperando a que vengan a por nosotros? ¡No, vamos a por ellos! —respondió Erik, visiblemente frustrado.

—Exacto, no nos vamos a dejar asesinar así como así. Si no hacemos algo, terminaremos todos muertos —gritó Ismael.

—Entiendo su frustración, pero debemos ser inteligentes. ¿Qué tal si buscamos más información y tratamos de entender mejor lo que enfrentamos? —dijo Martin,

haciendo un último intento por calmar a ambos.

—Eso podría llevarnos meses. No tenemos ese lujo. Cada minuto que pasa, más personas están en peligro —replicó Ismael, negando con la cabeza.

—Martin, si no quieres venir con nosotros, está bien. Pero nosotros no podemos quedarnos de brazos cruzados —declaró Erik, dando un paso hacia la puerta.

—Si van solos, será aún más peligroso. Al menos tomen algunas provisiones y algo para protegerse —les dijo el doctor, extendiendo una mano.

—Lo haremos. Pero vamos a ir de todos modos. Y si alguien más quiere unirse, ahora es el momento —dijo Ismael, mirando al grupo reunido.

Las personas se miraron unas a otras. Nadie movió ni un solo dedo. Erik e Ismael salieron enfurecidos del edificio, llamando a todos cobardes y lanzando otros insultos. Los que se quedaron se miraban en silencio, hasta que Linda rompió el silencio nuevamente.

—Entonces, ¿es todo lo que sabemos? —dijo, intentando retomar la conversación.

—Me temo que sí —respondió Martin—. Estoy revisando los libros de Herón para intentar encontrar alguna pista sobre lo que está pasando, pero me tomará algunos días revisarlos todos. Hasta ese momento, os ruego que permanezcáis en vuestras casas. No podemos permitir que hayan más muertes.

—Disculpad a esos dos. Están desesperados por volver a la normalidad. Espero que no se metan en problemas —dijo una señora de cabello blanco—. Desde jóvenes han sido muy cabezotas.

—Yo continuaré buscando en los libros. Mantendré informada a Linda de lo que pueda hallar; ella os hará saber si encuentro algo útil —dijo Martin, mirando a Linda. Esta asintió con la cabeza.

Con esto, todos fueron saliendo, murmurando cosas entre ellos. El descontento y el miedo se hacían sentir en el aire. Herwin se acercó a Martin luego de que la última persona saliera del templo.

—Ha salido muy bien, ¿no? —dijo, intentando sonar sarcástico.

—Ni me lo digas. Por un momento pensé que se

abalanzarían sobre mí —respondió Martin, riéndose un poco.

—Están asustados, eso es todo. Esperemos que los dos hombres que salieron a “cazar” vuelvan con vida. No saben a lo que se están enfrentando. ¿No crees que deberíamos ayudarlos? —dijo Herwin, en una pose de duda.

—Creo que debemos preocuparnos en lo que hay aquí, amigo mío. Tenemos muchos libros que leer.

—Lo dirás por ti. Yo creo que debería salir a cazar algún animal. Moriremos de hambre antes de que termines uno de esos libros. Y no creo que Elliott quiera darnos de comer todos los días. Iré al terreno que está al fondo a poner algunas trampas. Quizás demos con algunas liebres o, con suerte, algún jabalí. Tú sigue con tus libros, muchacho; yo no soy muy bueno con la lectura.

El resto del día transcurrió con una calma inusual, algo que Herwin no había sentido desde que salió de los terrenos del castillo. Pasó gran parte del día cerca del río y en el bosque, buscando animales para cazar. Lo acompañaba Roco, aún cojeando un poco de la pata herida. Al final del día, tenía dos liebres medianas en sus manos. Volvió al templo y encontró a Martin sumergido en los libros. De vez en

cuando, paraba para anotar cosas en el pergamino, luego volvía a la lectura. Decidió no interrumpirlo e hizo una pequeña fogata fuera del edificio, continuando así la calma que había predominado durante la tarde. Preparó las liebres y comió junto a Roco. El olor de la carne asada invadió el edificio y Martin no tuvo más remedio que salir, moría de hambre.

—Amigo mío, tanto leer te deja un hueco en el estómago. Esa carne huele muy bien —dijo Martin, acercándose al fuego.

—Siéntate, muchacho, descansa un poco de la lectura y come. De nada sirve que moramos de hambre antes de resolver esto —dijo Herwin con voz calmada, recostándose de una roca a su espalda—. ¿Has descubierto algo?

—Nada que se parezca a lo que vimos. Hay algunos rituales parecidos, pero no consigo registro de algo así que se haya hecho antes; esas muertes brutales... los festines caníbales... es algo mucho más oscuro de lo que hay escrito en esos libros... quizás en los libros que me faltan pueda hallar algo. Herón estaba seguro de haber leído algo sobre eso —reflexionó Martin, mientras comía y miraba el fuego—. Debí ponerle más atención. Pero estaba muy asustado en

ese momento. Bueno, el miedo no se ha ido, pero no me queda otra opción que enfrentarlo —dijo, subiendo los hombros.

Hubo un pequeño silencio mientras Martin terminaba de comer.

—¿Recuerdas lo que dijo Elliott? —comentó Martin, rompiendo el silencio—. Esos tipos comían la carne para prolongar su vida... ¿y si la comida que te llevaban estaba contaminada con “eso” que los hacía vivir más? ¿No crees que era extraño que te llevasen cosas? Yo te vi en mi visión. Esa mujer te hacía comer pero ella no probaba la comida.

Herwin se quedó en silencio por un buen rato, con la mirada perdida en la fogata.

—Ella decía que ya había comido, que ella preparaba los banquetes y que eso era lo que había sobrado. Decía que Nária era muy buena con todos y había dicho personalmente que me llevasen algo de comer —respondió Herwin lentamente, mientras miraba el fuego.

—Menuda farsa, amigo mío. Me da mucha pena contigo, que te hayan engañado de esa manera. ¿Y a la mujer, la querías? —indagó Martin, buscando sonar lo más

compasivo posible.

—Quería irme con ellos —dijo Herwin luego de una pausa—. Cuando me dijo que debían irse, me ofrecí a ir con ellos. Ella se negó, por supuesto. Me quedé esperando que algún día volviesen. Y así pasaron todos estos años —dijo Herwin con tristeza en sus ojos—. Pero después de todo esto que hemos visto, comienzo a pensar que ella también era parte de esto. Que lo hizo a propósito. Y que todo lo que me decía era falso.

El silencio se apoderó de la situación. Ambos veían el fuego y Roco dormía junto a él.

—Bueno, creo que volveré a los libros. Debo encontrar algo que conecte todo lo que está pasando —dijo Martin, levantándose y sacudiéndose las ropas—. Puedes ayudarme si quieres, ya que tenemos el estómago lleno, no te vendría mal un poco de lectura para distraerte —continuó en tono de burla.

—Claro, claro. Nada como una lectura sobre demonios y rituales para acabar la noche —le siguió el juego Herwin—. Está bien, muchacho, iré a ayudarte —dijo levantándose—. Vamos, Roco. Entremos al templo.

Pasaron varias horas buscando entre las páginas de los

libros. Nada parecía similar a lo que estaban buscando, ningún indicio de que algún ritual dependiese de tantos sacrificios, ni de aquella forma tan brutal de dejar a las víctimas. Cuando ya sus ojos se encontraban muy cansados, ambos se levantaron y se fueron a sus habitaciones. Pronto amanecería y debían dormir un poco.

Herwin despertó de un salto, bastante exaltado y con sudor en la frente. Estaba recostado en una roca. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que no estaba en su habitación. Se encontraba en otro lugar, un sitio extraño similar a una cueva, donde una pequeña luz se proyectaba desde arriba a través de una abertura en el techo e iluminaba vagamente el lugar. Las paredes tenían raíces entremezcladas y algunas colgaban del techo. En el aire flotaba un olor metálico, similar al hierro. Se levantó y comenzó a examinar el lugar. ¿Era otro maldito sueño?

Tanteó las paredes en busca de una salida, hasta que encontró una abertura lo suficientemente grande como para pasar. Era un pasillo un poco bajo. Cuando lo siguió, este lo llevó a una sala más grande. A su lado había un pequeño bote a remos un poco desvalijado, con algunas tablas esparcidas por el piso. Le llamó la atención y se acercó más. Estiró la mirada para dentro del bote y vio algo que le revolvió las entrañas. Había varios pedazos de carne ahí dentro, carne con un olor a podrido muy fuerte. Herwin desvió la mirada y tapó su nariz con la mano derecha; su corazón se aceleró al ver los restos humanos. Miró nuevamente el interior del bote y detalló lo que había: Eran partes humanas; había algunas pies, órganos

descompuestos, intestinos y otros trozos indistinguibles. Pero lo que más llamaba la atención era una gran masa negra en forma de huevo. Yacía en el interior del pequeño bote, no tendría más de 30 centímetros de diámetro. Afinó su vista y se acercó un poco para detallar esa cosa. Y cuando estaba a unos centímetros, la masa negra emitió un fuerte grito, un grito gutural y grave que resonó por toda la cueva. El susto lanzó a Herwin hacia atrás y lo hizo correr en dirección opuesta al bote.

Encontró una salida de la cueva y siguió rápidamente hacia allí. Al salir, se encontraba bajo un árbol, en medio del bosque. Aquel árbol no era igual a los demás. Sus raíces eran grotescas y salían hacia todas direcciones, dando la sensación de que eran tentáculos que penetraban el piso y se disponían desordenadamente. Herwin se alejó lo suficiente para poder verlo, pero lo espantoso de aquel árbol no eran sus raíces grotescas o sus ramas desordenadas. Había personas colgando de él.

Siete cuerpos colgaban de sus cuellos por sogas atadas a las ramas medias del árbol. Todos estaban desnudos y pálidos. Había algunas mujeres, un par de hombres y varios niños. Herwin se cayó hacia atrás al ver la escena, andando de espaldas en esa posición, impresionado por lo que estaba

viendo. De repente, sintió un calor extraño en su espalda. Se detuvo de inmediato quedando paralizado. Giró su cabeza y estaba la sombra que lo persiguió en aquel sueño del arroyo. Sin tiempo para reaccionar, la sombra se abalanzó sobre él, emitiendo aquel mismo grito gutural y grotesco que había escuchado en la cueva. Despertó de un salto sobre las mantas en las que dormía, en aquella habitación llena de objetos polvorientos. Miró hacia todos lados, desorientado. Ese árbol debía ser algo importante. Mañana se lo contaría a Martin. Cerró los ojos nuevamente y debido al cansancio volvió a dormirse al poco rato.

10 UNA SOMBRA EN EL CASTILLO

Antes del amanecer Martin ya se había levantado. Había pasado gran parte de la noche pensando sobre todo lo que estaba pasando. Debía encontrar alguna pista en algún sitio que lo llevase a saber la verdad. Intentaba recordar algo de lo que Herón le contó esa noche y se maldecía por no haber prestado la suficiente atención. Salió de su habitación y subió la pequeña escalera hasta el salón de la iglesia. Aun no había salido el sol, solo alumbraba la sala algunas velas. Se sentó frente la mesa con la cabeza nublada de pensamientos y pasó varias páginas de uno de los libros. Comenzó a leer desordenada mente uno de los párrafos y este decía lo siguiente:

“Desde que se tiene información sobre este tipo de rituales, muchos han hecho énfasis en el uso continuo de ciertos

elementos sagrados. Los demonios les gusta encantar objetos de nuestro mundo y los convierten en catalizadores de su energía. Constantemente vemos en el mundo objetos que son hechizados por estos seres y que tienen reacciones perversas contra quienes los poseen. Son tan diversos como curiosos. Pueden ser muñecas de trapo o incluso un simple candelabro. A menudo se necesita de estos objetos para completar algunos rituales. Se debe prestar atención a objetos, si de ellos depende el ritual, debe custodiarse inmediatamente.”

Martin leía atentamente el texto cuando los primeros rayos del sol entraron por las ventanas. Miró hacia afuera y vio el sol saliendo poco a poco por el horizonte. Después de haber pasado por aquella cueva maldita y enfrentarse cara a cara con la muerte, había percibido que su miedo interior ya no le hablaba con tanta frecuencia. A pesar de estar en una situación muy complicada, su corazón y su mente le decían que estaba haciendo lo correcto; y que ayudar a esas personas era su deber.

Unos pocos instantes después Herwin salió de la habitación junto con Roco, encontró a Martin en ese estado meditativo y lo saludó.

—Buenos días, muchacho. ¿Has conseguido dormir algo?—, le dijo mientras se sentaba en una banca.

—Buenos días, amigo mio. Me levante hace unas horas. He pasado toda la noche intentando conectar los puntos. Pero aun no consigo información sobre el ritual. Necesito saber qué necesitan para completarlo, así podremos impedir que lo consigan.

—Bien, tu sigue en lo tuyo. —Dijo Herwin levantándose — Voy a ver si las trampas han atrapado algo para comer.

—Vamos Roco—, dijo saliendo de la sala hacia el exterior.

Pasaron algunas horas y el sol ya había comenzado a disipar la niebla del pueblo. Martín aún seguía sentado en la mesa cuando un grito lejano lo sacó de golpe de sus pensamientos. Se levantó de un salto y corrió hacia la ventana

Vio a varias personas en una de las calles agrupándose en circulo. Uno de ellos corría en dirección a la iglesia. Martin salió y se encontraron en la puerta del templo.

—¿Qué ha pasado?—, le preguntó Martin al hombre, que parecía haber visto a la muerte en persona.

—Creo que es mejor que lo vea usted mismo. — le respondió el hombre con la voz temblorosa y los ojos desorbitados.

Ambos bajaron la ladera a toda prisa. La gente se amontonaba en la calle impidiendo su paso.

—Con permiso, disculpe, tengo que pasar—, decía Martin apartando a las personas.

En el centro de la multitud, se encontraban clavadas en el suelo dos estacas de madera de poco más de un metro y medio. En cada una se hallaba un saco de tela, cubriendo algo en su interior que chorreaba lo que parecía ser sangre.

—¿Qué diablos es esto?—, dijo Martin deteniéndose en seco al ver la escena.

Nadie tenía la respuesta.

Miró a todos los que estaban presentes y con la mano temblorosa retiró lentamente el saco de una de las estacas. El grito de una mujer presente entre el público anunció lo que había dentro.

—Erik...—, dijo Martin soltando el saco al ver la cabeza del hombre.

La muchedumbre comenzó a gritar y a llorar, algunas

cayeron desmayadas.

—¡Maldita sea! Les dije que no era una buena idea.

Tragó saliva y levantó el siguiente; sintió un nudo en el estómago cuando vio la segunda cabeza, era la de Ismael. Ambos rostros estaban muy golpeados y ensangrentados, sus cabezas tenían los ojos abiertos y una mueca de verdadero terror.

La mano de Martin temblaba violentamente.

—Tenemos que sacar esto de aquí —le dijo a un hombre que estaba a su lado—. Ayúdame a quitar estos palos, no pueden ser vistos por más personas. Tápalos, hay que llevarlos a la iglesia.

Entre ambos retiraron los restos, mientras los vecinos sollozaban y se abrazaban. Nadie entendía. Nadie podía explicar. El aire estaba impregnado de miedo. Caminaron rápidamente hacia el edificio y fueron a la parte de atrás.

Al llegar allí, vieron a Herwin volviendo con un par de conejos pequeños en la mano.

—¿Qué demonios pasó, muchacho? —preguntó, soltando los conejos al ver a Martín cubierto de sangre...

—¿Estás herido? ¿Qué ha pasado? —continuó Herwin, muy nervioso, acercándose a los dos hombres. Martin puso el saco en el suelo y los abrió, Herwin se quedó de piedra.

—¡Dios!... ¿es... Erik? —dijo Herwin mientras se acercaba—. ¿Pero... dónde?

—Y no solo él —dijo el hombre mientras abría el otro saco—. Los hemos encontrado apenas amaneció, estaban clavados en el medio de la calle. Cuando escuché los gritos fui a ver y supe que vosotros teníais que verlo —dijo el hombre mientras Martin se tiraba en el piso.

—Esto está mal, señores. Hay que encontrar una respuesta pronto o no quedará nadie en el pueblo.

Martin se cogía la cabeza con la mano que le quedaba. Había olvidado tapar el otro brazo, debido a la urgencia con la que había salido. El hombre vio el brazo cercenado y quedó boquiabierto.

—Yo creo que es mejor que me vaya, señores... Esto me tiene muy espantado... Tengo que quitarme esta ropa llena de sangre... —dijo el hombre balbuceando, marchándose casi a la carrera.

—¿Y ahora... qué hacemos? —dijo Martin, con la voz

deshecha.

—Primero hay que enterrar lo que queda de ellos, muchacho. Luego, tengo que contarte un sueño que tuve anoche. Hay que resolver esto... siento que no nos queda mucho tiempo —le respondió Herwin.

Martin se levantó lentamente y fue a buscar las herramientas mientras Herwin se quedó parado mirando la brutal escena de las dos cabezas metidas en los sacos. Luego de un momento, Martin volvió y ambos se pusieron a trabajar. Hicieron dos hoyos, uno para cada resto, y amontonaron sobre las tumbas algunas piedras. Al terminar, ambos se marcharon en silencio hacia la iglesia y se sentaron en los bancos del salón.

—Creo que vi el bote del que hablabas el otro día —dijo Herwin, mirando al suelo.

La expresión de Martin cambió al escuchar esto, abrió un poco los ojos y escuchó atentamente.

—Anoche tuve otro de esos sueños. Ahora estoy convencido de que estoy conectado con eso, sea lo que sea. Mis sueños me muestran claves... fragmentos de lo que está pasando.

—¿Qué has visto? —preguntó Martin, ansioso.

—El sueño me llevó a una cueva con raíces que se metían en las paredes y colgaban del techo. En el centro de una gran cámara había un bote a remos, algo más grande de lo normal, repleto de cuerpos apilados. A su lado, una masa negra y temblorosa emitía un grito tan profundo que me congeló la piel. Salí corriendo hacia la luz y cuando pude salir, vi un gran árbol, con unas raíces que salían de la tierra y se retorcían por todos lados... y entonces los vi —Herwin hizo una pausa y tragó saliva—. Había muchos cuerpos ahorcados en sus ramas. Conté siete de ellos. Había niños y mujeres, todos desnudos, colgados del cuello a las ramas del árbol. Eran todos los que han muerto: estaba Herón, Erik y la niña de Engelfall. Sus cuerpos estaban completos y desnudos, colgaban de dos ramas enormes. Y en cuanto los vi, la sombra que me había perseguido en mi sueño anterior me alcanzó... y desperté con el corazón al galope.

Herwin subió la mirada y se encontró con Martin, cuyo rostro expresaba verdadero terror.

—¿Estaban colgados del árbol? —le respondió Martin, haciendo un esfuerzo por hablar.

—Los vi claramente, eran ellos. Lo que sea que están haciendo esos tipos, tiene que ver con esa masa negra. Hay

algo bajo ese árbol, algo que está cobrando fuerza. Lo siento en los huesos.

—Tengo que volver a los libros —dijo Martín, caminando hacia la mesa cubierta de volúmenes antiguos—. Si es cierto lo que dices, no tenemos tiempo que perder.

Herwin se levantó y decidió ir a buscar los conejos para cocinarlos. “Así podré pensar con claridad,” se dijo a sí mismo. Salió al patio y encendió el fuego con manos casi mecánicas, repasando en su mente los últimos acontecimientos: la visión de Martín, sus propios sueños, las muertes... algo no cerraba: el castillo. Si el castillo había sido construido con el propósito de realizar rituales, ¿no debería haber alguna pista allí?.

“Podría ir al castillo y buscar algo que nos ayude”, pensó Herwin, recordando lo bien que conocía el camino y el terreno, aunque nunca había explorado más allá de las cocinas. Después de preparar los conejos, entró al edificio con una porción para Martín, a quien encontró con la cabeza sumergida en los libros, buscando desesperadamente respuestas.

Herwin le dio una palmada en la espalda a Martín.

—No te olvides de comer, muchacho.

Martin saltó en su asiento.

—¡Demonios! Perdón, amigo mío, no te escuché entrar.

Muchas gracias.

Ambos comenzaron a comer en silencio.

—Voy a ir al castillo —dijo Herwin de pronto, rompiendo el silencio como si cortara una cuerda tensa—. Si fue construido para rituales... entonces allí debe haber respuestas. O al menos pistas. Necesito un caballo para ir más rápido. ¿Conoces a alguien del pueblo que tenga uno?

—El hombre que me ayudó con las cabezas fabrica quesos y tiene una carreta para llevar sus productos. Supongo que dadas las circunstancias nos puede prestar uno. Vayamos a verlo —respondió Martin, levantándose del asiento.

Al terminar de comer, ambos salieron de la iglesia y bajaron al pueblo. Siguieron la calle hasta el final, donde empezaban a alinearse varias granjas de tamaño medio. Cruzaron un huerto que separaba la calle de una pequeña casa al fondo del terreno.

Al llegar, se encontraron con el hombre que le había

avisado a Martin sobre el accidente esa mañana. Al ver a los hombres acercarse, la mujer que estaba sentada se levantó rápidamente y entró en la casa. El hombre, en cambio, permaneció sentado, esperándolos en silencio.

—Disculpa por venir hasta tu casa, Hernán. Necesitamos tu ayuda —le dijo Martin al hombre—. Sé que tal vez sea mucho pedir, pero necesitamos que nos prestes uno de tus caballos. Tenemos que ir al castillo a buscar algo muy importante —continuó Martin, intentando sonar lo más amable posible—. Está relacionado con lo que vimos esta mañana.

—¿Iréis a ese castillo? ¿Estáis locos? Todos saben que ese lugar está maldito. Dios sabe cuántas cosas podrían salir de ahí —dijo el hombre, mirando a Martin y Herwin con espanto.

—Todo el pueblo depende de esto, amigo mío. No tenemos alternativa. Estamos intentando hallar la respuesta. Por favor, necesitamos un caballo para llegar más rápido. No tenemos mucho tiempo hasta que haya otra muerte —le contestó Martin.

El hombre se rascó la barba, meditando la decisión.

—Pero no podéis ir los dos en un solo caballo. Los míos ya no están para grandes trotes... Os daré a Loti y a Guino; son caballos de trabajo, no irán muy rápido, pero llegarán más rápido que yendo a pie. Prométanme que no les pasará nada. Son mis caballos más viejos, toda mi granja se la debo a ellos dos —dijo el hombre con orgullo.

—Te doy mi palabra, amigo, los mantendremos a salvo. Muchas gracias. Iremos a echar un vistazo y te los traeremos sanos y salvos —le dijo Martin mientras se dirigían al pequeño establo detrás de la casa.

—Loti y Guino... —dijo mientras acariciaba sus lomos con melancolía—. Esos dos me han acompañado más años de los que quisiera contar. Cuídenlos como si fueran sus propios pies.

Los soltaron y les colocaron unas monturas algo desgastadas a cada uno. Entonces, Martin y Herwin subieron a los caballos y se despidieron, volviendo a la iglesia.

Al llegar, ataron a ambos caballos fuera y entraron.

—Salió mejor de lo que esperaba —dijo Herwin, aliviado—. Ya tenemos los caballos. Pero hay algo que se nos escapa,

¿Cómo se supone que voy a entrar al castillo? ¿Quién tiene las llaves?

Martin frunció el ceño, intentando recordar dónde estaba aquella llave.

—Creo que la tenía Herón. Nadie quería tenerlas después de lo que pasó, las personas aquí son muy supersticiosas. Vamos a buscar en su habitación; yo no he querido entrar desde su muerte. Está abajo en el sótano, junto a la mía.

Ambos caminaron y bajaron las escaleras al sótano; la puerta estaba cerrada. Martin posó la mano en el picaporte y miró a Herwin con algo de miedo.

—Vamos, muchacho. No pasará nada si entramos; necesitamos esas llaves —le dijo Herwin, calmándolo. Entonces, abrió la puerta y entraron a la habitación.

Al entrar, tropezaron con algunos objetos que estaban en el piso desordenadamente; el cuarto no tenía ventanas, y la poca luz que llegaba de fuera era insuficiente para ver con claridad, Martin salió de la habitación y volvió con una lámpara. Aquella habitación era un completo desastre; había muchas hojas tiradas en el suelo, las gavetas de una cómoda junto a la cama estaban abiertas y saqueadas, las

sábanas de la cama estaban por todos lados.

—Me parece que alguien ha estado aquí —dijo Herwin, viendo la escena—. Me pregunto si estaban buscando lo mismo que nosotros...

—Solo hay una manera de saberlo, amigo mío, busquemos la llave. Yo revisaré esos papeles que están en el piso; veré si hay algo útil.

Ambos comenzaron a buscar y escudriñar cada esquina de la habitación; movieron la cama y la cómoda, buscaron entre los objetos del armario y entre las sábanas de la cama. No había nada que pudiera ayudarlos, ni la llave ni ninguna información. Ya dándose por vencidos, Martin tomó la lámpara en su mano.

—Aquí no hay nada... malditos... se lo han llevado todo —le dijo a Herwin, derrotado—. Volvamos arriba y pensemos una manera de entrar sin esa llave.

Cuando giró en dirección a la puerta, algo en la pared llamó la atención de Herwin.

—Espera, muchacho, detente. Alumbra por aquí.

Una tabla mal encajada llamó su atención: sobresalía

ligeramente y no estaba alineada con las demás. Herwin buscó algo con filo y forzó la tabla hasta que cedió con un crujido seco. Acercaron la luz y vieron un libro dentro del pequeño agujero y una pequeña bolsa de cuero. Al sacar la bolsa, hallaron una llave vieja con un hermoso adorno en su agarre.

—¡La encontramos! Debe ser esta la llave del castillo —dijo Herwin, victorioso.

Metió la mano y sacó el libro; la tapa era de cuero negro, desgastado por los años. Al abrirlo se sintió en la habitación un frío aterrador.

—“*Invocationes et Maleficia.*” —al leer el título Martin abrió los ojos con sorpresa.

—Herwin, ¡puede ser el libro que necesitamos! Vamos arriba para que le pueda echar un vistazo. ¡El maestro debe haber escondido todo cuando sintió que estos hombres venían a por él!

Martin tomó el libro con ojos brillantes y subió las escaleras casi corriendo, dejando a Herwin mirando en silencio, sorprendido por su reacción.

Al subir las escaleras, se encontró a Martin con la cabeza

sumergida en el libro.

—Es hora de que me vaya, muchacho. Voy a ir al castillo a ver si puedo hallar algo útil. —dijo mientras estudiaba la empuñadura de la llave.

Martin giró en su asiento.

—¿Quieres que vaya contigo?

—Es mejor que sigas buscando en los libros. Volveré y traeré todo lo que me parezca útil.

—Está bien, amigo mío. Ten mucho cuidado en el camino, no sabemos cuándo será el próximo ritual. ¿Llevarás a Roco? —le preguntó, mirando al cachorro echado sobre una manta.

—No, déjalo tranquilo... que termine de sanar —dijo, acariciando la cabeza del cachorro con una sonrisa triste.

Herwin recogió sus cosas en silencio, salió de la iglesia y montó en uno de los caballos. Sin mirar atrás, espoleó al animal y se alejó del pueblo a toda velocidad. Las casas se desvanecieron tras él como un sueño que se evapora con la mañana.

El camino pronto se volvió más áspero. Los campos bien

trazados dieron paso a un bosque espeso, donde la luz apenas se filtraba entre las copas de los árboles, y el aire se volvía cada vez más frío y húmedo. La brisa traía consigo un olor antiguo, a tierra mojada y hojas podridas, como si el tiempo allí avanzara más lento.

Después de varias horas de cabalgar, la silueta del castillo, que al principio no era más que una sombra en el horizonte, se alzaba ahora imponente frente a él. Oscuro, altivo y silencioso, parecía mirar al visitante como un juez antiguo: impasible y severo.

Faltaban aún algunos kilómetros para llegar cuando vio una delgada columna de humo en el cielo. El corazón le dio un vuelco. Al aproximarse, distinguió su cabaña envuelta en llamas. El fuego la devoraba desde los cimientos, y las brasas saltaban hacia los árboles cercanos, esparciendo la destrucción como una enfermedad viva.

Se detuvo, paralizado. Aquella había sido su casa, su refugio. Sintió que un nudo le apretaba la garganta. ¿Dónde viviría ahora, cuando todo acabara? Pero más que la pérdida del hogar, lo estremeció otra certeza: alguien había provocado el incendio. Y ese alguien no debía estar lejos.

Giró al caballo y cabalgó hasta las cercanías del castillo.

Ocultó al animal entre unos árboles, lejos de la vista, y se aproximó a la entrada a pie. Frente a él, una puerta alta y pesada de madera lo esperaba, con bellos tallados que bordeaban su estructura. Sobre el arco, una inscripción en latín se extendía como una advertencia: "*Sub umbra Domini in aeternum vivam.*"

Frente a él, la puerta del castillo se alzaba majestuosa: alta, pesada, decorada con tallados que el tiempo no había logrado borrar del todo. Sobre el arco, la inscripción en latín se mantenía inmutable: "*Sub umbra Domini in aeternum vivam.*"

Herwin la había visto mil veces a lo largo de su vida allí. Nunca supo lo que significaba y nunca se molestó en averiguarlo. La ignoró como siempre, concentrado en lo importante.

Buscó la cerradura con la llave en la mano. Estaba bien camuflada, como si el castillo mismo deseara permanecer cerrado. Cuando al fin la encontró, encajó la llave y la giró. Un chasquido sordo resonó en el interior. La puerta estaba abierta. Dio un paso al frente y, con el corazón encogido y los sentidos alerta, entró al castillo.

Todo estaba en penumbras. La luz de la luna se colaba por

los grandes ventanales, recortando sombras en las altas paredes de piedra. Herwin recordó que había dejado una lámpara en el caballo, pero no quiso regresar a buscarla. Sus ojos comenzaron a adaptarse a la oscuridad y, poco a poco, fue distinguiendo los contornos de algunos muebles. Todo estaba en orden, aunque marcado por el paso del tiempo: sillas ladeadas, cómodas con patas vencidas por las termitas y un olor denso, a encierro y polvo viejo, impregnando el ambiente.

Caminó en silencio, atento a cada rincón. Si era sincero consigo mismo, no sabía con certeza qué estaba buscando. Varias veces se preguntó si había sido buena idea venir, pero ya no había marcha atrás. La imagen de su cabaña en llamas no dejaba de volver a su mente, y eso lo distraía.

Siguió avanzando por habitaciones desiertas, subiendo escaleras de piedra gastadas, guiado solo por la intuición. Fue al llegar a la tercera planta cuando escuchó algo: unos murmullos, muy cerca.

Se asomó al corredor. Al fondo, una luz temblorosa salía por la rendija de una puerta. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Sintió cómo el frío le trepaba por las extremidades. Podían ser ellos. Los responsables del incendio.

—Esos malditos quemaron mi casa —murmuró, apretando los dientes.

Avanzó con lentitud por el pasillo, procurando que sus pasos no resonaran en el suelo de piedra. A medida que se acercaba, los murmullos se volvían voces claras. Al menos tres hombres hablaban en el interior. Herwin se pegó al marco de la puerta entreabierta. La luz de las velas en el interior le encandilaba por momentos.

Asomó apenas la mirada. Dentro, decenas de velas negras estaban dispuestas sobre una gran mesa de piedra que parecía un altar. Un círculo rodeaba un trono opaco, pesado, como de plomo. En el suelo, surcos formaban un símbolo que no alcanzaba a ver por completo. Los hombres sacaban objetos de unos sacos y los colocaban con cuidado.

—¿Estás seguro de que lo hará aparecerse? Hace días que vigilo esa maldita casa y no ha entrado nadie. Yo creo que se ha ido. No debimos esperar tanto —dijo uno.

—¿Y si te vio él primero? Con lo idiota que eres, no me sorprendería. Marco dice que lo vieron con el aprendiz idiota del monje en Engelfall. Seguro vendrá a ver su casa, y Karno lo estará esperando. Ese hombre tiene magia para cazar personas —respondió otro.

—Si tan solo fuera tan bueno bañándose. No lo soporto, en serio. Tiene un olor a pescado podrido insoportable.

—Menos charla y terminad de organizar todo. Debe estar listo para cuando llegue nuestro invitado. ¿Ya está preparada la pócima?

—¡Sí! Te lo he dicho mil veces. Lo dejará inmóvil por días.

—No vivirá pasada esta noche, idiota —dijo el tercero, golpeándole en la cabeza.

—¡Auch! ¿Ustedes no se cansan de molestarme? Recordad que fue idea mía construir todo esto, ¡imbéciles! Sin mí no habría ni castillo ni pueblo.

—Y también fue idea tuya dejar escapar a esos dos. Por tu culpa tuvimos que abandonar el castillo, idiota.

—Al menos yo no perdí la daga sagrada. Mira todo lo que tuvimos que hacer para recuperarla.

—No la perdí. La dejé aquí el día que nos fuimos. Pero aquí está, gracias a mí —dijo uno, alzando un cuchillo grande, con empuñadura negra y grabados en la hoja.

—No exactamente. Porque fui yo quien hizo el sacrificio —dijo otro con tono arrogante.

—Y deberíamos haberte dejado allá con la vieja bruja. No haces más que quejarte. Termina de arreglar todo, que no falta mucho —le soltó, dándole otro golpe.

Herwin escuchaba todo inmóvil, pegado al muro. Entonces, un hedor asqueroso le golpeó la nariz. Olía a pescado podrido. Su cuerpo se tensó. Recordó el comentario.

Y antes de poder moverse, sintió un golpe seco y brutal en la cabeza. La luz y el sonido desaparecieron al instante. Su cuerpo cayó al suelo, inconsciente.

11 LA DAGA MALDITA

Cuando Herwin montó su caballo y se marchó, Martín abrió el viejo libro y comenzó a leerlo con atención. Tenía al menos seiscientas páginas, llenas de imágenes demoníacas, instrucciones para sacrificios, pasos para invocar distintas entidades y los pactos posibles con cada una de ellas. La encuadernación desgastada exudaba un aroma a polvo y misterio, como si cada página ocultara a los mismos demonios que enseñaba a invocar.

Pasó las primeras hojas tras darles un vistazo; no se parecían en nada a lo que buscaba. La tensión en sus hombros crecía con cada página que pasaba sin respuestas. De pronto, se detuvo en una marcada con una pequeña señal en el borde. ¿Sería una pista? ¿Una advertencia?

—¿Qué es esto? —murmuró al examinarla. Era una “M”, escrita con tinta negra, apenas visible entre las manchas del tiempo.

El texto estaba en latín, una lengua que Martín comprendía en parte gracias a sus largas conversaciones con Herón. Siempre recordaba el brillo enigmático en los ojos de su mentor cuando le hablaba de tierras remotas, donde había aprendido a leer y hablar aquel idioma antiguo y fascinante.

—Dürkaligoth: dominus profundorum, dominator et princeps inferni. —leyó en voz baja.

Al pronunciar aquellas palabras, un aire gélido recorrió la habitación. Los vellos de su nuca se erizaron, y la pequeña lámpara frente a él se apagó de pronto. El silencio se volvió espeso, como si las palabras vibraran todavía en la oscuridad.

Martín se quedó inmóvil, cerró los ojos con fuerza, temiendo que su voz hubiera despertado algo. Pero tras unos segundos, nada ocurrió. Soltó el aire contenido, tomó la lámpara y volvió a encenderla.

—Debo tener cuidado con lo que digo —se advirtió, dejando escapar un largo suspiro.

Volvió al libro, decidido a seguir. Empezó a traducir cada párrafo, el corazón golpeándole el pecho mientras luchaba por descifrar el mensaje oculto. Las velas parpadeaban sin razón aparente, proyectando sombras inciertas en las paredes. La temperatura descendía, lenta pero implacable, como si algo invisible se acercara.

Cada palabra que lograba descifrar la iba anotando en el pergamino, con la mano temblorosa. El significado del título emergía lentamente entre las líneas, como si se deslizara desde un abismo arcano. A medida que cada frase se revelaba ante sus ojos, sentía una mezcla vertiginosa de temor y fascinación: sabía que se adentraba en un territorio vedado, donde pocos habían osado mirar.

La figura de *Dürkaligoth* comenzaba a tomar forma en su mente: un ente hecho de sombra y voluntad pura, aguardando en lo más profundo, ansioso por ser liberado por algún audaz —o insensato— capaz de pronunciar su nombre. Tenía que ser eso lo que buscaba. Herón lo había descubierto, y por eso lo habían asesinado. Ahora le tocaba a él descifrarlo, comprender de una vez qué decían aquellas líneas malditas y, sobre todo, a qué demonio se enfrentaban realmente.

Junto al primer párrafo, un dibujo lo observaba desde el papel con mirada vacía: era una criatura abismal,

sosteniendo entre sus garras el cuerpo de un hombre, listo para devorarlo. Martín tragó saliva. Sin pensarlo más, volvió al pergamino y siguió escribiendo las frases que lograba traducir, mientras el peso del conocimiento prohibido se instalaba en sus hombros como una presencia viva.

—El señor devorador de almas. Dürkaligoth, protector del inframundo. Amo y regente sobre la muerte. Nos dará vida eterna desde el primer llamado. Seremos uno solo a través de la carne. Llamado serás a este mundo con nueve almas. Sus muertes admirarás, de cuán brutales serán...

—Entonces necesita nueve víctimas —murmuró Martín, con un escalofrío trepándole la espalda.

Tomó otro trozo de pergamino y comenzó a escribir los nombres de los muertos conocidos hasta ahora:

“El campesino, Margareth, el hombre que vio Herwin, Herón, la chica del bosque, Erik e Ismael.”

Siete muertes. Solo faltaban dos.

—El ritual está casi acabado —dijo, alzando la vista hacia la ventana, donde la noche parecía presionar los cristales.

Siguió leyendo:

—Tu llamado ha de ser conseguido a través de sus armas. Oh señor, bendice nuestra daga y la carne cortada con ella. Bendícenos con la vida eterna para completar tu llamado. Largos años durará tu llamada, y nosotros jóvenes permaneceremos, hasta que tu gracia caiga sobre el mundo. Devora a tus enemigos, señor, y entréganos su tiempo a cambio de su carne...

Cada palabra lo golpeaba como una campanada lúgubre. Martín sentía su corazón latir con furia bajo el pecho. Aquello era el ritual. La respuesta que tanto él como Herwin llevaban días buscando.

—Las personas que vi en el bosque en mi visión... deben ser los adeptos. Los seguidores de este demonio...

Revolvió entre los pergaminos hasta encontrar uno donde recordaba haber anotado algo relevante. Lo leyó rápidamente:

—A los demonios les gusta encantar objetos de nuestro mundo y los convierten en catalizadores de su energía. Constantemente vemos en el mundo objetos hechizados por estos seres, que provocan reacciones perversas en quienes los poseen...

—La daga... es el catalizador —susurró.

Escribió rápidamente esa conclusión en el papel, y regresó al libro. Cada nuevo fragmento era como una piedra más sobre el pecho.

—Las almas permanecerán sobre tu tumba hasta el día de tu regreso, señor, esperando para entregarte la fuerza en este mundo. Sobre tu lecho colgarán los elegidos mientras sus raíces se expanden, extendiendo tu gloria a todo el mundo...

Martín cerró los ojos al recordar la pesadilla de Herwin: los cuerpos colgando del árbol como frutos malditos.

—Todo está conectado... —murmuró, mientras anotaba: *“La tumba está en o bajo el árbol”*. Pero... ¿dónde está ese árbol?

Siguió leyendo, con los labios resecos.

—Gloriosa es tu esencia, señor, y el poder que emanas. Gloriosa ha de ser la carne con la que te llamaremos, señor. La carne de uno de tus bendecidos. A quien conservaremos desde el primer llamado hasta el día final...

Martín se detuvo. Algo en esa frase le heló la sangre.

—¿Conservarán...? ¿Desde el primer llamado? ¿Qué demonios significa eso?

Continuó leyendo, tembloroso:

—Pues benévolo es tu poder, podrás mantenerlo vivo hasta que la hora de tu llamado se aproxime. Ha de comer de tu carne, señor, y ser bendito con la gracia de tu alma. Te lo entregaremos, señor, en el faro que guiará tu regreso al mundo. El faro que marcará el inicio de tu renacimiento...

La idea cayó sobre él como una losa. Una revelación que no podía ignorar.

—¡No puede ser una coincidencia...! ¡Herwin es esa persona! ¡Él es el octavo! ¡Lo han mantenido con vida desde el primer sacrificio!

Se levantó de golpe, con el rostro pálido y decidido. Tomó su abrigo, una pequeña daga, y salió corriendo. El viento nocturno le azotó la cara al abrir la puerta. Montó su caballo, clavó los talones en los flancos del animal y partió al galope, rumbo al castillo.

Martín galopaba a través del bosque oscuro de Rhinwood, con el corazón golpeando su pecho al mismo ritmo que los cascos de su caballo contra la tierra húmeda. Las sombras se agitaban entre los árboles como figuras vivientes, danzando al compás de sus pensamientos, que se deshacían en espirales de temor y urgencia.

Las palabras del libro maldito no dejaban de retumbarle en la cabeza:

"Las almas permanecerán sobre tu tumba hasta el día de tu regreso, señor..."

Sabía que no había tiempo. Si Herwin era, como sospechaba, la octava alma, entonces el ritual estaba peligrosamente cerca de completarse. Y cuando eso ocurriera... no habría forma de deshacerlo.

El bosque parecía estrecharse a su paso, como si intentara impedirle avanzar. Las ramas crujían con cada zancada del caballo, y por momentos sentía que algo —o alguien— lo observaba desde entre la maleza. Las visiones del árbol de los colgados, el demonio Dürkaligoth, la daga ritual... todo se mezclaba en su mente como una tormenta a punto de estallar.

—La daga... —murmuró entre dientes, apenas audible por encima del galope—. Es el catalizador... Tengo que llegar antes de que sea demasiado tarde.

El claro se abrió ante él como una exhalación del propio bosque, y allí, alzándose contra el cielo teñido de rojo, emergían las torres oscuras del castillo. El viento soplaba

con una fuerza helada, como si la tierra misma advirtiera del horror que se ocultaba entre aquellas piedras.

Espoleó al caballo con desesperación. Las historias de objetos malditos, los asesinatos brutales y la promesa de una inmortalidad infernal se arremolinaban en su pecho. Tenía que detener a los adeptos de Dürkaligoth. Tenía que salvar a Herwin... y tal vez, al mundo.

Finalmente, alcanzó los portones. Detrás de él, al volver una última vez la mirada hacia el bosque, alcanzó a ver un hilo de humo negro alzándose entre los árboles: La cabaña.

Sintió que el corazón se le encogía. Imaginó las llamas devorando la casa de su amigo. Si aquellos hombres habían hecho eso... Herwin debía de estar en verdadero peligro.

Este era el umbral. El punto de no retorno. Se enfrentaría cara a cara con los autores de todos esos asesinatos. Pero no había lugar para el miedo.

Desmontó de un salto, ató al caballo a un árbol retorcido y se deslizó hacia la entrada, con los ojos clavados en la puerta entreabierta y la determinación de quien sabe que todo puede depender de las próximas horas.

Entonces, escuchó algunas voces. Se agachó de inmediato y

se escondió tras un tronco caído conteniendo la respiración.

—Te dije que lo atraparía —dijo una voz áspera, como de roca molida—. Solo era cuestión de tiempo. Soy el mejor cazador que ha pisado este maldito bosque.

—Sí que fue un buen trabajo —respondió otra voz, más aguda, con tono conspirador—. Veremos qué dice nuestra señora cuando sepa que por fin tenemos al sujeto. Marco dijo que el ritual está casi listo. Solo faltan algunos detalles... Al noveno lo tenemos en la palma de la mano. Solo hay que esperar su señal.

—Y cuando llegue, no fallaré —gruñó el cazador—. Nadie se me escapa... Nadie.

Martín tragó saliva. Su mente comenzaba a trazar líneas entre las piezas sueltas del rompecabezas. Herwin estaba dentro. La "señora" lideraba todo. Y el noveno... ¿quién era el noveno?

Apretó la mandíbula. No podía perder más tiempo.

Las voces se fueron desdibujando entre los árboles, y Martín supo que era su momento. Los dos hombres se internaban en el bosque a paso decidido, como lobos

satisfechos de haber cercado a su presa.

Sin pensarlo dos veces, Martín se deslizó hacia la puerta del castillo y cruzó el umbral.

Adentro, la penumbra lo envolvió como un manto frío y denso. El castillo Trim era una catedral de sombras. La luz de la luna se filtraba con violencia a través de las ventanas rotas, dibujando figuras espectrales sobre las paredes de piedra húmeda. Todo olía a encierro, a polvo antiguo y a miedo.

Herwin. Tenía que encontrarlo.

Martín avanzó por el vestíbulo, subiendo unas escaleras que crujieron bajo sus pasos. Llegó a la segunda planta, abriendo una a una las habitaciones, cuchillo en mano, el corazón trepado a la garganta. Todas vacías. Solo ruina y silencio.

Siguió subiendo, ahora con los músculos tensos, con los sentidos aguzados como un animal que se sabe cazador y posible presa. En la tercera planta, recorrió un pasillo interminable. Y al final, bajo una puerta cerrada, se deslizaba una línea temblorosa de luz.

El estómago se le encogió.

Cada paso hacia aquella puerta era una batalla. Su mano apretaba con más fuerza la empuñadura de la daga, hasta sentir los dedos entumecidos. No escuchaba nada más que su propio corazón golpeando en los oídos, como un tambor ceremonial de guerra.

Estaba a apenas unos pasos cuando la puerta se abrió.

Martín se lanzó en silencio a una habitación lateral y se pegó a la pared, oculto tras la puerta entreabierta. Contuvo el aliento.

—Ojalá que esos imbéciles vuelvan pronto —rezongó una voz nasal y petulante—. Cuando el señor regrese, me recompensará a mí más que a todos. Por mis ideas. ¡Soy un genio! Sin mí, su llamado no habría sido posible. Vuelvo en seguida... voy a mear.

El hombre era bajo, con una túnica negra que rozaba el suelo y la cabeza calva expuesta al frío del castillo. Diciendo esto, salió cerrando la puerta y comenzó a caminar por el pasillo.

Martín salió de su escondite y lo siguió como una sombra. Bajaron las escaleras a la segunda planta, luego a la primera. Sus pasos eran precisos, contenidos, casi

invisibles. Pero el castillo tenía oídos.

Al llegar al vestíbulo, el hombre se detuvo.

Martín intentó retroceder, pero tropezó con una silla caída. El estrépito fue un trueno en medio de la noche. El hombre giró de inmediato.

—¿Quién anda ahí?! —rugió, encorvando el cuerpo como un perro rabioso.

Martín se alejó corriendo, intentando perderse entre las columnas y los muebles dispersos. Pero la adrenalina lo volvía torpe. El suelo parecía moverse bajo sus pies. Giró por un pasillo y miró hacia atrás... silencio.

Demasiado silencio.

Y entonces, lo sintió.

Un apretón brutal alrededor del cuello.

—¡Te tengo! —gruñó la voz detrás de él.

Martín forcejeó, clavando las uñas, intentando girar el puñal hacia su atacante, pero el hombre era fuerte. Retrocedieron hasta chocar contra un armario. El golpe fue seco. El brazo del atacante aflojó apenas... lo suficiente.

Martín se liberó de un tirón, pero en la maniobra, la daga cayó y rodó fuera de su alcance.

El hombre se lanzó sobre él como una bestia. Rodaron por el suelo. Martín recibía golpes en la cara, en el pecho, apenas podía ver, todo era confusión y ruido. Luchaba con una sola mano. Sentía la sangre caliente bajándole por la sien. El castillo entero parecía girar.

No podía rendirse.

Por Herwin. Por el pueblo. Por todo.

Con un rugido desesperado, lo aferró por la cintura y lo derribó. Ambos cayeron, y el hombre soltó un grito seco.

Martín se montó sobre él y comenzó a golpearlo sin tregua, cada puñetazo era un grito. Golpe tras golpe la cara del sujeto se desfiguraba. Pero el cuerpo ya no ofrecía resistencia.

Estaba muerto.

Martín se quedó sobre él unos segundos. Jadeando. Sin sentir su mano. Sin saber si estaba herido o intacto. Solo su corazón seguía ahí, galopando sin control.

Se dejó caer a un lado. Miró el cuerpo sin expresión. Y

entonces vio el charco de sangre que se expandía por el suelo de piedra como un pozo oscuro.

El puñal.

Estaba clavado en la espalda del hombre, cerca de la columna.

Martín lo tomó con firmeza y lo retiró de un tirón. La sangre brotó con de una fuente. Limpió la hoja con el borde de su abrigo, se puso de pie, y con la mirada ardiente, volvió sobre sus pasos, rumbo a la habitación iluminada.

Herwin lo necesitaba. Y esa noche, el infierno no dormiría.

Herwin despertó con un latigazo de dolor en la cabeza. El aire estaba cargado de un hedor asqueroso a pescado rancio, el mismo que había oído antes. Estaba amarrado a una silla, inmóvil, dentro de un círculo de velas que chisporroteaban como si lo observaran.

Intentó liberarse bruscamente, pero las cuerdas le apretaban con una firmeza cruel. Tenía la boca amordazada. Su respiración era pesada, su corazón, un tambor enloquecido. Entonces, aparecieron cuatro figuras. Vestían túnicas negras y tenían la cara descubierta. Se acercaron con calma, como quien se deleita con un banquete macabro.

—Hola, Herwin —dijo uno de ellos con una sonrisa agria—. Qué bien te han sentado los años. El Señor es benévolo al permitirte vivir tanto. Muchos más que la pobre Thalissa... Una lástima que no pudiera unirse a nuestra causa. Pero necesitábamos tiempo para culminar el mandato del Señor.

Herwin gruñó por detrás de la mordaza, un alarido sofocado de furia y horror.

—Lo sé, lo sé —continuó el hombre, disfrutando del dolor en sus ojos—. El amor es una energía poderosa. Ella te amaba, y nosotros nos aprovechamos de eso. Fue útil hasta el final...

y cocinaba de maravilla.

Las palabras lo atravesaron como cuchillas. Las lágrimas comenzaron a brotarle de los ojos sin que pudiera evitarlo. No por debilidad, sino por la rabia más pura. Martín había tenido razón. Ella lo había traicionado. O quizá no. Quizá sólo había sido una víctima más. No lo sabía, y eso lo destrozaba.

—Ahora que te tenemos —prosiguió el adepto— iremos a buscar a alguien muy especial. Alguien que realizará los honores finales. Te convertirás en parte del Señor. ¿No es maravilloso? Gracias a ti, todo esto es posible. Tú eres la llave. Tú... y ese amigo tuyo. Sois los dos últimos sacrificios.

Uno de los hombres se acercó y le tomó el cabello, tirándole la cabeza hacia atrás. Otro le quitó la mordaza a la fuerza, abriéndole la boca con dedos fríos como el metal.

El hombre más bajo se acercó con una copa metálica reluciente. El líquido que contenía despedía un vapor enfermizo.

—Bebe esto, imbécil. Nos ahorrará trabajo —dijo, vertiéndolo sin piedad en su boca.

Herwin se resistía, pataleaba, gruñía, pero el ahogo era

insoponible. Tragó por instinto, y el líquido le quemó la garganta como ácido. Tosió, se atragantó, intentó vomitar, pero ya era tarde. Su visión comenzó a nublarse, las voces se mezclaban con los recuerdos. Todo giraba, se torcía. Oyó a uno de los hombres decir algo, pero sólo comprendió:

—...vuelvo en seguida. Voy a salir a orinar...

Después, el silencio. El otro hombre seguía en la sala, moviéndose en la periferia de su visión.

Herwin parpadeaba, intentando mantenerse consciente. Voces. Rostros. El de Thalissa aparecía entre neblinas, triste, roto. El dolor era real, pero lejano, como si no le perteneciera del todo.

Pasaron unos minutos. Luego, un estruendo. Dos figuras forcejeaban frente a él, golpeándose, tropezando con los objetos del altar. Herwin no entendía lo que veía, todo era borroso, distorsionado. Hasta que, de pronto, uno de ellos clavó un puñal al otro. El cuerpo cayó al suelo como un saco de carne.

El vencedor se dejó caer de rodillas, jadeando. Herwin lo miró, incapaz de reconocerlo del todo. Pero entonces la figura se alzó y se acercó a él, con los ojos brillantes y la voz

entrecortada.

—Amigo mío... Soy Martín. He venido a rescatarte. ¿Estás bien?

Herwin lo miró sin poder hablar aún, con los ojos empañados de lágrimas y alucinaciones.

Le quitó la mordaza con cuidado, pero Herwin apenas podía balbucear. Sus labios se movían, torpes, inconexos. Ninguna palabra coherente salía de su boca, sólo sonidos rotos que Martín no lograba entender.

—Necesito sacarte de aquí —le susurró, sosteniéndole la cabeza—. Te llevaré con Vikram. Vamos, compañero, aguanta un poco más.

Mientras deshacía las cuerdas con manos temblorosas, un pensamiento lo atravesó como un relámpago: *la daga*.

Recordó aquel detalle del ritual, la pieza clave que había descubierto entre páginas y símbolos.

—Debe estar aquí... tenemos que llevarla con nosotros —dijo, más para sí que para Herwin.

El cuerpo de Herwin quedó desplomado hacia un costado, respirando con dificultad. Martín se levantó de un salto y

empezó a revolver todo lo que encontraba a su paso. Abrió cajones, alzó tapices, tiró objetos al suelo sin delicadeza alguna. El tiempo le pesaba en el pecho como una piedra.

Entonces, la vio.

Una caja de madera, con grabados detallados en su superficie, descansaba sobre una repisa alta. En la tapa, una frase tallada en el mismo lenguaje arcano del libro:

“Sub umbra Domini in aeternum vivam.” —Bajo la sombra del Señor viviré eternamente —tradujo en voz baja, sintiendo un escalofrío recorrerle la espalda.

Abrió la caja con manos sudorosas. Allí reposaba una daga magnífica. Tenía una empuñadura negra de metal grabado, adornada con piedras que parecían brillar con luz propia. Era hermosa y terrible. Como si la hoja misma susurrara en sueños.

La cerró con cuidado y volvió junto a Herwin.

—Vámonos, amigo mío. Ya tengo la daga.

Lo ayudó a ponerse en pie con esfuerzo. Herwin no podía sostenerse solo; era como cargar un cuerpo entre la vida y la muerte. Martín lo arrastró con dificultad hasta el exterior, y

juntos descendieron hacia la salida de aquel castillo infernal.

La luna ya comenzaba su lenta caída, deslizándose hacia el horizonte como un testigo silencioso. Martín montó al caballo y, con esfuerzo, colocó a Herwin tumbado sobre las posaderas del animal, sujetándolo con un el brazo sin mano mientras con la otra tomaba las riendas.

Cabalgó tan rápido como pudo.

El camino de vuelta al pueblo fue una carrera fantasmagórica entre árboles desnudos y sombras alargadas. La niebla habitual los recibió como una vieja amiga, espesa y húmeda, cubriendo con su velo los faroles encendidos y las pocas casas iluminadas. Todo parecía estar en silencio, como si el mundo contuviera la respiración.

Cruzaron el pequeño puente sobre el río, el agua negra brillando bajo la luz plateada. El caballo resoplaba agotado, pero Martín lo empujaba con firmeza. Tenían que llegar.

Al fin, la casa de Vikram apareció entre la bruma. Martín desmontó de un salto y corrió hacia la puerta. Golpeó con fuerza, una, dos, tres veces, llamando a gritos:

—¡Linda! ¡Vikram! ¡Abran, por favor!

Unos segundos después, la puerta se abrió con un chirrido. Vikram apareció en el umbral, con un gorro de dormir torcido sobre la cabeza y una bata blanca. Su expresión somnolienta se transformó en alarma al ver la figura ensangrentada y desfallecida de Herwin sobre el caballo.

—¡Santo cielo! —exclamó.

Y la noche, de pronto, volvió a respirar.

—¿Qué ha pasado, Martin? ¿Qué escándalo es este? ¿Y qué diablos te pasó en el rostro, hijo? —dijo Vikram, aún medio dormido, con la voz ronca y el gorro torcido sobre la frente.

—Han envenenado a Herwin —respondió Martín, jadeando—. Necesitamos ayuda. Lo traje... en el caballo...

Al escuchar esto, Vikram despertó por completo. Sus ojos se abrieron como si una chispa le hubiera encendido el alma. Corrió hacia el animal y, con la ayuda de Martín, bajaron a Herwin del lomo como a un muñeco desmadejado.

Lo arrastraron con cuidado hasta el interior, cruzando el umbral con urgencia muda, y lo recostaron sobre una de las camas que Vikram y Linda habían preparado días antes, “por si acaso”.

—Voy por mis cosas —dijo Vikram, ya entrando en modo médico—. Haz que beba esta agua. No le dejes cerrar los ojos. ¡Que se mantenga despierto!

Le pasó una vasija con agua ligeramente turbia y salió como una ráfaga por el pasillo, gritando:

—¡Linda! ¡Baja enseguida! ¡Es urgente!

Martín, entonces, sintió el peso del mundo aplastándole el cuerpo. Hasta ese momento, la adrenalina lo había sostenido como un titiritero al borde del colapso. Pero ya no. Cada golpe, cada caída, cada rasguño comenzaba a doler como brasas bajo la piel. Apenas logró tambalearse hasta la cama contigua. Cayó sobre ella sin quitarse siquiera las botas y cerró los ojos.

Minutos después, Vikram y Linda irrumpieron en la sala como una pareja de ángeles desgastados por la experiencia. El doctor se arrodilló junto a Herwin y comenzó a revisarlo. Linda se arrodilló al otro lado, sosteniéndole la cabeza mientras le daba a beber una mezcla oscura que olía a hierbas y alcohol.

—El veneno está actuando, pero aún no es tarde —murmuró ella, con la calma práctica de quien ha visto demasiadas

veces la muerte de cerca.

—Este tiene suerte —dijo Vikram, moviéndose hacia Martín—. Mira estas heridas, Linda... Está vivo de milagro.

La mujer lanzó una mirada a Martín, que dormía como un cadáver sin paz.

—Dios quiera que su cuerpo resista —respondió—. Así podrá contarnos todo.

Y mientras el viento golpeaba las ventanas y la noche parecía guardarse el aliento, los dos hombres dormían. Uno por el veneno, el otro por la extenuación. Pero ambos, por ahora... estaban vivos.

Al día siguiente, Herwin despertó con un fuerte dolor de cabeza.

No recordaba nada desde que habían salido del castillo. Al abrir los ojos, reconoció la sala: estaba en la casa del doctor. Intentó moverse, pero el mínimo gesto hizo que un martillo invisible le golpeará el cráneo. Se quedó recostado, respirando con dificultad.

Afuera, amanecía lentamente. La luz del sol se filtraba tímida por la ventana, pintando las paredes blancas de tonos dorados. Algunos adornos rústicos colgaban dispersos por la habitación. Había cuatro camas dispuestas en parejas, una frente a otra. Volteó a su izquierda y vio a Martín. Estaba vendado de pies a cabeza, lleno de hematomas. Se veía muy machacado.

El mareo lo obligó a cerrar los ojos de nuevo, y se sumió otra vez en el sueño.

Unas horas después, el ruido de pasos en la sala lo despertó. Linda y Vikram estaban parados frente a él, mirándolo con mezcla de alivio y preocupación. Al ver que se movía, ambos se acercaron.

—¿Herwin? ¿Se encuentra usted bien? Siéntese, con calma —dijo el doctor—. Le dimos algo para contrarrestar el veneno. No sabíamos qué sustancia era, así que es una suerte que siga con vida. ¿Puede decirme qué le pasó?

—Déjalo recuperarse primero, querido —intervino Linda, con dulzura firme, posando una mano sobre el brazo de su esposo—. Están muy golpeados, los dos. ¿Te apetece algo de comer, Herwin? Iré a buscarte un poco de sopa para que tu cuerpo se reponga.

Linda salió de la sala. Vikram se sentó junto a la cama, suspirando profundamente.

—Es un milagro que vosotros dos estéis vivos —dijo—. Llegaste envenenado y con un golpe tremendo en la cabeza. Pero Martín... ese chico tiene el cuerpo hecho trizas. Rasguños, heridas profundas, moretones... y su mano, por Dios. Parece que luchó contra un oso.

Ambos miraron a Martín, que respiraba lentamente. Su

rostro, en reposo, parecía el de alguien que soñaba con dolor.

—Va a necesitar varios días de reposo. No creo que pueda levantarse pronto.

—Es una larga historia, amigo mío —respondió Herwin con voz áspera, sonando por un momento como Martín—. Me atraparon los asesinos. Me golpearon y me envenenaron. No tengo idea de cómo llegó Martín a rescatarme... pero le debo la vida. Siento pena por cómo lo han dejado.

Al intentar incorporarse, una oleada de náuseas lo dobló. Arcadas lo invadieron de golpe. El doctor reaccionó rápido y le pasó un balde.

Herwin vomitó un líquido negro y espeso que olía a raíces quemadas.

—Ah, eso es bueno —dijo Vikram—. Son los efectos de la medicina. Vomita todo lo que puedas. Te dimos polvo de carboncillo, lo usamos en animales cuando se intoxican.

Cuando las arcadas cesaron, Herwin tomó el trapo que le ofrecieron y se limpió. Bebió un poco de agua y se recostó nuevamente, agotado.

—Deberíais quedaros aquí unos días. Con suerte, esos hombres no sabrán que estáis aquí —continuó Vikram—. Tu cuerpo aún está débil... y Martín, ni hablemos. Por cierto... ¿dónde está el cachorro?

—Lo dejamos en la iglesia. Supongo que sigue allí —dijo Herwin con dificultad—. ¿Podría ir usted a buscarlo? Evite que lo vea alguien. No sabemos cuántos son... ni dónde están.

El doctor asintió en silencio.

En ese momento, Linda regresó con un plato hondo que humeaba con suavidad. Lo colocó con cuidado sobre una bandeja frente a Herwin, que comió lentamente, con pequeños sorbos. Nadie habló hasta que terminó.

—¿Qué te ha parecido, querido? —preguntó Linda con una sonrisa cálida—. La preparé anoche, por si despertaban. Recuéstate un poco y descansa. Vamos, Vikram, déjalo dormir.

—Iré a traer al cachorro —dijo él, alzando la mano—. Cierra los ojos. Mañana estarás mejor.

Salieron. La puerta se cerró con un crujido suave.

Herwin se giró un poco y miró a Martín, inmóvil, en la cama de al lado. Su frente brillaba con gotas de sudor. Respiraba hondo, como si estuviera buceando en un sueño profundo. Herwin sentía un nudo en el estómago al verlo así. No sabía cómo había llegado al castillo. Ni por qué. Necesitaba que despertara, que hablara, que le contara.

El calor de la sopa lo relajó. Cerró los ojos, otra vez.

Unas horas más tarde, algo húmedo le empapó el rostro. Al abrir los ojos, encontró a Roco encima de él, jadeando de emoción. Herwin lo abrazó fuerte y se rió por primera vez en días. Jugaron unos segundos, hasta que vio por la ventana: ya había anochecido.

Vikram estaba parado en la puerta.

—Tuve que esperar hasta esta hora para traerlo —dijo—. Así evité que alguien me viera. Su pata está bien, caminó todo el camino sin problema.

—Gracias, muchacho. Eres muy buena persona —dijo Herwin—. Siempre me pregunté... ¿no ibas a ser guardia? Te recuerdo de niño, jugando con las herramientas de tu padre.

—Pensé que no te acordarías de eso —respondió Vikram con una sonrisa nostálgica—. Quería serlo. Pero crecí... y entendí que la vida del soldado es corta y triste. Un día le dije a mi padre que quería ser médico.

—¿Y qué te dijo?

—Se puso contento. Creo que no le gustaba mucho la idea de verme con una espada. Me dijo que me pagaría los estudios en la ciudad... y que no me olvidara del pueblo —Vikram

miró hacia la ventana—. Pasé treinta años en la ciudad. Me acostumbré a esa vida. Conocí a Linda y empezamos a vivir juntos.

Sus ojos brillaron de pronto. Una lágrima le recorrió la mejilla hasta enredarse en el bigote.

—Luego me llegó la noticia... mi padre estaba muy enfermo. Volví. Ya no se levantaba. Los últimos días de un herrero son duros... músculos cansados, huesos desgastados. No duró mucho después de que llegué —se limpió la lágrima con la manga—. Convencí a Linda de quedarnos aquí, de aplicar lo que habíamos aprendido. Fue la mejor decisión. Aunque a veces me reprocha lo aburrido que puede ser la vida rural.

Se rió suavemente.

—Pero cada vez que alguien necesita ayuda, ella es la primera en correr. Tiene más vocación de médica que yo, si te soy sincero.

—Tienes suerte —dijo Herwin.

—Sí, lo sé. Pero ya basta de historias. Ya tienes a tu cachorro. Duerme tranquilo. Mañana estarás mejor.

Y cerró la puerta con cuidado.

Al día siguiente, Herwin despertó sintiéndose bastante mejor.

El dolor de cabeza había desaparecido, y por primera vez en días, su mente se sentía clara. Se incorporó en la cama con cautela y lo primero que vio fue el cuerpo inmóvil de su amigo. Martín yacía todavía inconsciente, la frente perlada de sudor. Roco lo observaba también, ladeando la cabeza, confundido, como si no entendiera por qué no jugaban todavía.

No pasó mucho tiempo hasta que entraron Linda y el doctor.

—Buenos días, caballero —le saludó Linda con una voz dulce, como si viniera de otro mundo—. ¿Cómo se siente hoy?

—Bastante mejor, gracias... —respondió Herwin, pero su mirada volvió a Martín, inquieta—. ¿Por qué aún no despierta?

Vikram se acercó a la cama, examinó el rostro de Martín con una mano firme y serena.

—Tenía varias heridas, y algunas bastante profundas... como si lo hubieran cortado con cuchillos. Su cuerpo está sanando, es todo. Hay que darle tiempo. La fiebre ha bajado

bastante —dijo, retirando su mano de la frente del joven—. En algún momento volverá con nosotros.

Hizo un gesto hacia la puerta.

—Salgamos a comer algo. Imagino que tendrá bastante hambre.

Herwin asintió. Tenía un nudo en el estómago, pero no sabía si era hambre o angustia.

Se sentaron a la mesa y conversaron un largo rato. Herwin les contó, a medida que podía, lo que había sucedido en el castillo. Habló de la mano de Martín, de su valentía, de la oscuridad que habitaba entre esas paredes antiguas. Linda y el doctor lo miraban con la boca entreabierta, como si escucharan una leyenda que se hacía carne.

Unas horas más tarde, Vikram regresó a la sala, y lo que encontró le borró el cansancio de los ojos.

—¡Muchacho! —exclamó con alegría—. ¡Qué gusto verte despierto! ¿Cómo te sientes?

—Herwin, Linda —llamó, alzando la voz—. ¡Ha despertado!

En cuestión de segundos aparecieron ambos, seguidos por Roco, que se lanzó alegremente hacia la cama, meneando la

cola con un chillido que rompía la solemnidad del momento.

—¿Qué me ha pasado? —dijo Martín, desorientado. Su cuerpo dolía como si hubiera sido atropellado por una estampida, y su estómago gruñía con ferocidad.

—Supongo que la urgencia de salvar a Herwin hizo que no sintieras el dolor. Tenías varias heridas de corte, muchacho —dijo Vikram, examinándolo de nuevo—. Linda, tráele algo de comer. Debe de estar muerto de hambre.

Linda asintió con una sonrisa y salió. Herwin se sentó a su lado, la preocupación todavía viva en sus ojos.

—Gracias, querido amigo. Me salvaste la vida. Pero... ¿cómo llegaste al castillo? ¿Qué pasó?

Martín lo miró con seriedad. Había algo en su expresión que ya no era del todo el mismo.

—Encontré la página que buscábamos. Necesito contártelo todo —dijo, bajando un poco la voz—. El libro y el pergamino los escondí en el suelo de la iglesia. Ahí está todo. Cuando leí que tú serías la próxima víctima, salí corriendo hacia allá... y los encontré preparándote para el ritual.

Herwin se puso de pie, alarmado.

—¿Qué escondiste exactamente?

—Todo lo que pude traducir sobre el ritual. Está anotado ahí.

Aún hay detalles por descubrir. Ve por mis cosas.

Vikram los observaba, curioso y algo desconcertado.

—¿A dónde vas? —preguntó al ver a Herwin dirigirse a la puerta.

—Al templo —dijo, con una urgencia que no dejaba espacio para objeciones—. Necesito traer algo muy importante.

Herwin caminó rápido, mirando a cada rostro en la calle con recelo. No podía confiar en nadie. La sensación de estar rodeado por algo invisible, algo que se movía entre la gente como un soplo antiguo, le oprimía el pecho.

Al llegar a la iglesia, empujó la puerta con cuidado. El chirrido resonó como un grito dentro del vacío. El lugar estaba revuelto. Había papeles por el suelo, bancos desplazados, y la mesa donde Martín escribía había sido claramente saqueada. Alguien había estado buscando algo.

Entró con pasos contenidos y fue directo al punto donde Martín le había dicho. Escarbó bajo el suelo, entre las tablas

sueltas, y allí estaban: el libro y el pergamino, intactos. Los tomó sin perder tiempo y salió sin mirar atrás.

Descendió la pendiente hasta el pueblo, cruzando las calles sin detenerse. Al llegar a la casa del doctor, lo recibió la voz de Martín, ya más animado, y el ruido del plato en la bandeja.

—Lo encontré —dijo Herwin, entrando en la habitación—. Pero parece que alguien ha estado husmeando en la iglesia. Es una suerte que no hayan hallado el libro.

—No les importa el libro —respondió Martín, sacando con cuidado una caja de su mochila—. Esto es lo que les importa.

Abrió la tapa. Dentro, envuelta en un trozo de tela, estaba la daga ritual. Los grabados brillaban con un fulgor opaco, como si aún llevara el eco de una ceremonia inacabada.

—Es la daga que usan para el ritual. Es lo que maldice la carne. Sin esto, no pueden continuar. La tomé antes de irme del castillo —dijo Martín, con una mezcla de orgullo y cansancio—. Te has salvado por poco, amigo mío. Escuché a dos de ellos. Hablaban de buscar al que dirigía el ritual. Si hubiera llegado más tarde...

Se quedó callado un segundo. Luego bajó la voz:

—Lo que voy a decirte no es fácil. He descubierto casi todo. La comida que te daban era parte del ritual. Te estaban “preparando”, según sus textos. Necesitan a alguien bendecido con la longevidad que el demonio les otorga. El ritual no se hace de un día para otro, Herwin. Dura años. Años de preparación. El demonio debe cobrar fuerza poco a poco... hasta estar listo para reclamar los nueve sacrificios.

Herwin no decía nada.

—Por eso los vi en el bosque. Hablaban de mantenerte ocupado. De hacerte creer que este lugar era tu destino. Todo este pueblo, todo lo del castillo... fue creado para mantenerte aquí.

Martín respiró hondo.

—Todo esto fue una gran mentira... para invocar a Dürkaligoth.

Herwin sentía que su mundo se derrumbaba como un castillo de cartas en medio de una tormenta. Las palabras de Martín eran tan inverosímiles... y sin embargo, resonaban con una verdad innegable. —Pero si yo soy el octavo sacrificio —dijo, con la voz atrapada entre el asombro y el miedo—, ¿quién sería el último?

Martín bajó la mirada, como si no quisiera responder. —Por

eso te pedí que trajeras el libro. Necesito descifrar los párrafos finales. Cuando descubrí que tú eras el siguiente, tuve que correr... ya no había tiempo.

—Y casi no lo cuentas, muchacho —interrumpió el doctor, entrando con una bandeja en mano—. La fiebre estuvo a punto de matarte. Has regresado de milagro. ¿Cómo te sientes?

—Un poco mejor —respondió Martín, con un gesto cansado—. Aunque las costillas me arden. Supongo que por la paliza que me dieron entre todos. Se giró hacia Herwin.

—Si no hubiese sido por la suerte —añadió—, ninguno de los dos estaría vivo ahora.

Vikram dejó la bandeja sobre la mesa y juntó las manos como quien ora en silencio.

—Dios tiene también a sus guerreros, caballeros. Vosotros estáis haciendo lo que nadie se atreve a hacer. Sin pedir nada a cambio. No tengo dudas: es la voluntad divina la que os ha puesto en este camino.

Martín asintió con cortesía, pero sus ojos volvieron al libro como si allí ardiera la única verdad que importaba. —Sea como sea —dijo—, debo terminar de leer esto. Si me

disculpan...

—Salgamos un momento, Vikram —dijo Herwin, señalando con un gesto la puerta—. Necesito pedirte algo.

Ya fuera de la habitación, lo miró con gravedad. —Gracias por acogernos, de corazón. Pero temo que seguimos en peligro. Hoy fui a buscar el libro de Martín a la iglesia, y estaba todo saqueado. Los hombres que nos persiguen estuvieron allí, no hay duda. Sería una locura volver. Necesitamos quedarnos unos días más.

Vikram apoyó una mano sobre su hombro con firmeza. — No se preocupen, caballeros. Esta casa es suya. He nacido y crecido en este pueblo y no permitiré que les ocurra nada mientras esté en mi poder evitarlo. Tendrán comida, descanso y techo seguro aquí.

Un grito desde dentro los sacó de la conversación: — ¡Herwin! ¡Ven a ver esto! ¡Es importante!

Herwin entró con rapidez. Martín tenía el rostro iluminado, excitado por el descubrimiento. —¿Qué ocurre? ¿Has encontrado algo útil?

—Aquí dice que la novena muerte sería como un banquete. No es cualquier sacrificio. El demonio debe devorar a un

enemigo. Uno que los odie con el corazón lleno de venganza.

Lo miró fijamente.

—En esos términos... cualquier persona del pueblo podría ser la última víctima.

Herwin bajó la cabeza. Las piezas del rompecabezas encajaban de forma espantosa.

—Creo que serías tú, Martín.

—¿Yo?

—Piensa. Has perdido una mano, han asesinado a Herón, estuviste al borde de la muerte por salvarme. Nadie en este pueblo ha sufrido tanto como tú. Eres tú quien los odia.

—Y ellos lo saben —murmuró Martín.

El silencio cayó como una campana fúnebre entre los dos. El libro temblaba entre sus dedos, como si las palabras aún vivieran en sus páginas. Martín se recostó con un suspiro y lo extendió hacia Herwin.

—Toma, sigue leyendo tú. Tal vez haya algo más...

Herwin hojeó sin demasiado interés. Había perdido ya la

esperanza de hallar una respuesta. Pero entonces, algo cayó al suelo. Un papel, doblado, casi invisible entre las páginas. Lo recogió, lo desplegó y leyó en voz alta:

“Con la daga maldita se puede herir al amo.”

Se miraron en silencio, y luego casi al unísono giraron la cabeza hacia la caja.

La daga. La tenían.

—¡La respuesta! —susurró Martín, como si temiera que alguien los oyera—. ¡Herón nos dejó la clave!

Herwin abrió el libro de nuevo, y luego el pergamino. Una frase escrita con letra temblorosa parecía brillar ahora con un nuevo significado:

“Las almas permanecerán sobre tu tumba hasta el día de tu regreso, señor, esperando para entregarte la fuerza en este mundo. Sobre tu lecho colgarán los elegidos mientras sus raíces se expanden, extendiendo tu gloria a todo el mundo.”

—Es lo que vi en mi sueño, Martín. Había cuerpos colgando de un árbol. Las raíces se movían... como si respiraran.

—Ese debe ser el lugar del ritual. Ahí van a hacer el festín —dijo Martín, incorporándose con esfuerzo—. Tenemos que

hallarlo, y pronto.

—No deberías moverte aún.

—No tenemos tiempo. Es peligroso quedarnos aquí, Herwin. Si saben que escapaste, vendrán por ti. Y si me buscan a mí, no podemos esperar más.

Herwin pensó unos segundos, viendo el vendaje en el pecho de su amigo.

—No volveremos a la iglesia, eso seguro. Ya han estado ahí, saben que era nuestro escondite. Quédate aquí unos días más. Recupera tus fuerzas.

—¿Y luego?

—Iremos tras ellos. Iremos al bosque. Encontraremos ese árbol. Y acabaremos con esta maldición.

12 DÜRKÂLIGOTH

Así pasaron varios días hasta que decidieron partir. Habían afinado todos los detalles con la ayuda del libro de Herón. Sabían que la daga podría ayudarlos a acabar con el demonio antes de que éste fuera invocado. Aunque no entendían del todo lo que eso significaba, decidieron dejar esa duda para más adelante. Primero, debían hallar el árbol... y lo que fuese que estuviera bajo él.

Cuando llegó el día, ambos salieron de la casa de Vikram, quien se ofreció a recibirlos de nuevo si fuese necesario. Suponían que, si el castillo era un lugar importante, el árbol no podía estar lejos. Así que comenzaron su búsqueda en los terrenos cercanos. Caminaban con extremo cuidado por el bosque, prestando atención a cada sonido y evitando el camino principal a toda costa.

Al final del día, acamparon en una elevación desde la cual se divisaba la parte trasera del castillo. Decidieron no encender fuego, para no revelar su posición. Se sentaron de espaldas a un árbol enorme, con la vista hacia el claro. Desde allí, los restos calcinados de la cabaña de Herwin se veían como una gran mancha negra en la tierra. Herwin evitaba mirar en esa dirección, mientras Martín sentía una punzada de tristeza por su amigo. No hablaron mucho. Como aquella vez en Engelfall, se sumieron en sus pensamientos.

Herwin pensaba en todos los años que había perdido entre aquellos árboles. Martín, en cambio, se preguntaba qué haría una vez hallaran el árbol. ¿Qué forma tendría el demonio? ¿Sería como un feto, una sombra, o una criatura poseída? Lo que más le inquietaba era la cantidad de personas que podría haber allí abajo. ¿Cómo pasar desapercibidos? La última pelea había sido brutal, y él había luchado entonces con la urgencia de salvar a Herwin. Ahora no tendría la misma valentía. O eso pensaba.

Pasaron las horas. Ya era noche cerrada cuando Martín vio una luz junto al castillo.

—¡Herwin, despierta! —le dijo, sacudiéndole el hombro—.

¡Mira! Hay unas luces allá abajo. Creo que son ellos, están caminando hacia el castillo.

Herwin afinó la mirada y distinguió las túnicas negras. Eran los mismos hombres. Se detuvieron frente a las cocinas y permanecieron allí un rato. Pudo contar al menos cinco. Luego, se dispersaron en diferentes direcciones.

—¿Se separan? ¿Qué están haciendo? —preguntó Martín, en voz baja.

—Creo que nos están buscando. Quizás supieron que salimos del pueblo. No sabemos cuántos están involucrados —respondió Herwin.

—Entonces será mejor que nos movamos —dijo Martín, con un temblor en la voz—. Debemos hallar el árbol antes de que ellos nos encuentren.

Camaron largo rato, bordeando el bosque por zonas apenas transitables. Herwin, acostumbrado a la naturaleza, fue dejando marcas en los árboles y piedras para no perder el camino. La noche era cerrada, el aire húmedo. Avanzaban por donde la espesura lo permitía, buscando algo que no sabían cómo lucía.

Horas después, llegaron a un pequeño claro atravesado por

un riachuelo. El sonido del agua corriendo era hipnótico. Se detuvieron junto a él y bebieron un poco de esa corriente helada y cristalina que descendía de las montañas. Se sentaron a descansar, mientras Roco seguía bebiendo con la lengua hundida hasta la barbilla.

Herwin frunció el ceño. Ese lugar... le era familiar.

—Muchacho, ya he estado aquí —dijo, mirando a Martín, que descansaba recostado en una piedra.

—¿En tus recorridos por el bosque?

—No... en un sueño. Te conté que caía a un río, ¿recuerdas? Era este. Estoy seguro.

Martín tardó un momento en recordar.

—¿Pero no era un río oscuro, sin fondo? Este parece inofensivo.

—Quizá intentaba advertirme algo. Puede que estemos cerca del árbol. Será mejor que sigamos.

—¿Sabes hacia dónde?

—No lo sé... En el sueño, no pude avanzar más. Cuando intenté cruzar, me atrapó la sombra.

—Pues crucemos ahora. Puede ser una señal. No parece profundo.

Cargaron a Roco, se quitaron las botas y se adentraron en el agua. El frío les caló los huesos, y las piedras del fondo parecían espinas heladas. La corriente era fuerte en el lecho, pero no los arrastró.

Al llegar al otro lado, se calzaron y continuaron. La vegetación cambió ligeramente. Los árboles eran más pequeños, los troncos torcidos, y la luna lograba filtrarse entre las copas.

Herwin se detuvo. Cada paso despertaba algo en su memoria.

Llegaron a un gran árbol, ancho como tres hombres, y decidieron descansar allí. Estaban lejos del castillo, así que dudaban que alguien pudiera verlos. Encendieron una fogata diminuta en un hueco cavado en la tierra. Según Herwin, así no se vería a la distancia.

Calentaron los pies, comieron las provisiones que Linda les había preparado, y hablaron poco. La noche era espesa, el silencio pesado.

Entonces, Roco levantó las orejas. Miró fijo hacia la

espesura. Ambos pensaron en una liebre... pero Roco no se movió. Gruñó apenas.

Herwin apagó el fuego rápidamente, echándole tierra.

Dos figuras se desplazaban a lo lejos, a unos doscientos metros. Llevaban lámparas, que brillaban como soles entre los árboles.

—Sigamos a esos tipos —dijo Herwin, con el corazón acelerado—. Quizás nos lleven al árbol.

Los tres comenzaron a caminar en dirección a las luces, siempre atentos a sus espaldas y a los sentidos del cachorro. Varios metros después, divisaron la copa de un árbol que se alzaba imponente entre los demás. La vegetación baja se rendía ante el tamaño de aquel coloso vegetal. A la luz de la luna, los detalles se perdían, pero la silueta recortada contra el cielo bastaba para imaginar su enormidad.

Herwin y Martín decidieron no acercarse de inmediato. Observarían qué hacían aquellos hombres. Su sorpresa fue grande cuando vieron que, tras llegar al árbol, los encapuchados avanzaron unos pasos más... y desaparecieron de golpe. Estupefactos, se miraron sin decir palabra y caminaron hacia el gigante.

El árbol medía más de un metro y medio de grosor y se elevaba muchos metros hacia el cielo. Sus raíces emergían del suelo como brazos retorcidos, grotescos, que se enterraban de nuevo en la tierra como si el mismo bosque intentara tragarse a sí mismo.

A medida que se acercaban, la tensión en sus cuerpos se volvía casi insoportable. Al rodear el tronco, encontraron una gran abertura en la base, un hueco oscuro que descendía como un túnel. No había duda: habían encontrado el árbol.

Cruzaron el umbral, y el hedor los golpeó con violencia. El olor a muerte, sangre y vísceras les cortó la respiración. Roco se negó a entrar. Se quedó fuera del túnel, gruñendo con nerviosismo. Herwin le acarició la cabeza una última vez. Luego, intercambió con Martín una mirada grave y ambos comenzaron el descenso. Sus pasos resonaban en el silencio espeso como tambores lúgubres.

Al final del túnel se abría una vasta cámara subterránea. Decenas de velas, esparcidas por el suelo, rompían la penumbra. La escena era aterradora.

En el centro, suspendida por raíces que se entrelazaban desde el techo y el suelo, flotaba una criatura encerrada en

un cascarón oscuro, translúcido en algunas partes. Se movía levemente, como si respirara, como si soñara con despertar. La visión resultaba profundamente perturbadora.

Bajo la criatura, los restos humanos formaban una alfombra macabra. Las paredes estaban cubiertas de símbolos extraños, pintados con lo que parecía sangre. El aire pesaba. Una energía oscura lo impregnaba todo.

Martín se acercó a uno de los símbolos, agachándose para observarlo. Herwin estudiaba las raíces que sostenían al cascarón. Ambos se sentían abrumados, pero también determinados.

—Tenemos que destruir esto —murmuró Martín con voz temblorosa—. No podemos dejar que esta cosa despierte.

Herwin asintió, con la mirada clavada en la criatura. Sabía que ese momento había llegado.

Sacó de su mochila la caja que contenía la daga. Según Herón, esa hoja podía matar a la bestia. Solo necesitaban clavársela en aquella masa nauseabunda y ver qué pasaba.

Con un gesto, indicó a Martín que se quedara donde estaba, y avanzó lentamente. Cada paso lo cargaba de furia.

Pensaba en los años perdidos, en las vidas rotas, en todo lo que esa abominación le había robado.

Estaba a unos pasos de la criatura cuando una voz lo interrumpió. Fue un grito, apenas emitido.

—¡Herwin, cuida...!

Se giró de golpe. Martín forcejeaba con uno de los hombres de túnica negra, que lo sujetaba con fuerza. Su rostro estaba oculto por la capucha. En ese mismo instante, Herwin sintió el frío del acero tocando su cuello. Otro de los encapuchados le había tomado la mano con la que sostenía la daga.

El silencio se hizo espeso, casi irrespirable.

Entonces, una tercera figura emergió de la penumbra. Caminó hacia Martín con una calma espeluznante.

—Qué hombre tan valiente —dijo una voz femenina, grave y seductora como una serpiente que silba entre los juncos—. No te veías igual el día que descubriste el cuerpo del viejo. Vi el miedo en tus ojos. No pensé que llegarías tan lejos.

La figura encapuchada caminó despacio hacia donde tenían sujeto a Herwin. La luz temblorosa de las velas lamió su

quijada al avanzar, dejando entrever una sonrisa ladeada.

—Hola, Herwin. Han pasado muchos años. Es un gusto tenerte aquí... y que hayas traído nuestra daga. Sin duda, fuiste una elección acertada —susurró con ese tono viscoso, repulsivo, como aceite corriendo por una losa sagrada.

—¿Nária? —susurró Herwin, con una mezcla de horror y asombro. La reconoció al instante.

Nária sonrió, dejando caer la túnica con un gesto lento y ceremonial. Su piel era pálida y tersa como la porcelana, sin una sola imperfección, salvo por los tatuajes oscuros que le trepaban por los brazos como hiedra corrupta. Sus ojos, dos carbones encendidos por una luz sin nombre, brillaban con una locura serena y absoluta.

—Así es, Herwin. Has llegado muy lejos... demasiado. Pero no permitiré que destruyas lo que hemos creado —dijo mientras estiraba la mano para tomar la daga.

Herwin intentó resistirse, pero el hombre que lo sujetaba presionó la hoja contra su cuello. El frío del metal le quemó la piel. Con un gruñido ahogado, soltó la daga. Nária la tomó con deleite, como si recibiera una reliquia sagrada de manos de un sirviente obediente.

Martín, aún forcejeando con el encapuchado que lo mantenía atrapado, rugió desesperado:

—¡Déjalo ir, Nária!

Pero su voz fue una chispa inútil en la oscuridad.

Nária soltó una carcajada, seca y cruel, como si escupiera cristales.

—Ustedes dos no son más que granos de polvo en el engranaje eterno. Peones en una partida cuyos movimientos fueron decididos mucho antes de que nacieran. Este árbol, este valle, su pueblo entero... todo ha sido una ilusión de libre albedrío. Una ficción para mantenerlos tranquilos mientras cavábamos las raíces del verdadero orden.

Su voz se volvió más grave, más ritual.

—Gracias a ti, Herwin, a tu obediencia disfrazada de rebeldía, hoy podemos culminar el propósito. Gobernaremos sobre esta tierra. Nuestro señor nacerá de este huevo maldito y traerá la noche eterna. Las llamas del nuevo mundo se encenderán en estas raíces, y los hombres... oh, los hombres aprenderán de nuevo a arrodillarse.

Herwin, temblando de rabia y horror, miró fijamente a la criatura suspendida. Dentro del huevo oscuro, algo se agitó con más fuerza.

Algo estaba despertando.

Mientras Nária hablaba, la tensión en la sala alcanzaba su punto máximo.

Martin, con un esfuerzo desesperado, logró liberarse de su captor.

Con un empujón seco, se zafó del hombre y ambos rodaron por el suelo, enfrascados en una lucha salvaje. Se golpeaban sin tregua, con una violencia ciega, como dos animales en una pelea a muerte.

Martin sabía que no tendría otra oportunidad. Con una mano temblorosa, sacó su pequeña daga y trató de hundirla en el pecho del enemigo, pero el hombre la desvió de un manotazo. La hoja cayó al suelo con un tintineo metálico.

El encapuchado se abalanzó sobre él y comenzó a estrangularlo con ambas manos. Martin pataleaba, buscando aire, mientras tanteaba a su alrededor. Sus dedos, desesperados, encontraron una roca. Sin pensarlo, la blandió con toda la fuerza que le quedaba.

El impacto hizo que el hombre se tambaleara y, en un segundo de furia y supervivencia, Martin se lanzó sobre él y lo golpeó repetidamente hasta que dejó de moverse.

Jadeante, con el pecho ardiendo y la vista nublada, Martin se incorporó. Se giró hacia Herwin, aún retenido, cuando sintió algo frío y cortante abrirse paso en su costado.

Una hoja.

Se quedó helado. Bajó la mirada y vio cómo el puñal se hundía en su carne. Nária estaba detrás de él, con una sonrisa torcida.

—Mira lo que has causado, Martin —dijo con voz sádica, mientras su víctima caía de rodillas—. Ahora deberemos buscar otro para ocupar tu lugar... aunque, como sabes, el tiempo está de nuestro lado.

Martin se desplomó. Su cuerpo quedó tendido sobre el suelo de piedra, mientras Herwin soltaba un grito desgarrador que rebotó en las paredes como una llamada de guerra.

—Y tú, Herwin... —continuó Nária, caminando hacia él con la daga en la mano—. Por fin ha llegado tu hora. Años esperando este instante. Por fin tu propósito se va a

cumplir.

Acercó el cuchillo al cuello de Herwin, presionando con lentitud.

Entonces, un rugido rompió el aire.

Roco.

El cachorro, convertido en bestia por el dolor, voló hacia Nária y le mordió la mano con una fuerza rabiosa. Ella gritó de dolor, soltando la daga, y Herwin no desperdició la oportunidad. Se revolvió, se liberó del otro encapuchado y, con un giro seco, tomó el arma caída. En un estallido de furia, se lanzó sobre el hombre y lo apuñaló una y otra vez, descargando todo su odio y su pena.

Pero algo lo detuvo: un aullido.

Se giró. Roco seguía sobre Nária, desgarrándola con sus colmillos. Ella, sangrante, lo apartó violentamente. Se incorporaba con esfuerzo cuando Martin, pálido, con los labios morados, se alzó de entre la sombra como un espectro, como una última chispa de vida, y clavó la daga con precisión quirúrgica en el cuello de la sacerdotisa.

La hoja atravesó su garganta y asomó por debajo de su

mandíbula.

Nária no dijo palabra. Solo una mueca de sorpresa y horror se dibujó en su rostro antes de desplomarse, vencida.

Martin cayó junto a ella, sin fuerzas.

—¡Martin! —gritó Herwin, corriendo hacia él.

Lo abrazó con fuerza. El joven tenía la vista borrosa y un hilo de sangre le bajaba por la comisura de los labios.

—Lo siento, amigo... lo siento por Roco... y por no poder seguir a tu lado... —susurró Martin con la voz apagada—. Pero... tienes que... destruir la bestia. Usa la daga. Es la única forma...

Herwin asintió. Las lágrimas le brotaban sin control, pero en sus ojos ardía una nueva determinación.

—Gracias... —susurró Martin, antes de cerrar los ojos.

Herwin se levantó con la daga en mano, aún tibia por la sangre de Nária. Se dirigió hacia el hueco oscuro. La masa palpitaba, como si la criatura en su interior sintiera el peligro. Con un grito que era mitad rabia y mitad llanto, Herwin hundió la daga hasta el fondo.

Todas las velas se apagaron.

Una brisa helada recorrió la cueva como el aliento final de un espíritu. El huevo se abrió con un crujido nauseabundo y un líquido espeso, negruzco y pestilente se desbordó por el suelo. Fragmentos de carne sin forma flotaban en aquel charco repugnante, mientras las raíces que lo sostenían se marchitaban y caían como látigos muertos.

Herwin volvió junto a Martin.

Todavía respiraba.

Con manos temblorosas, arrancó una vela aún encendida del suelo y vertió la cera caliente sobre la herida. Martin gritó de dolor, pero permaneció consciente.

—Aguanta, amigo. No te morirás... No hoy.

Luego, Herwin buscó a Roco. El pequeño cuerpo del cachorro yacía inerte, con las patas estiradas y los ojos entreabiertos. Herwin se arrodilló junto a él. Una lágrima gruesa resbaló por su mejilla hasta caer en el hocico de su amigo. Con dulzura, cerró sus ojos y lo cargó en brazos.

Afuera, el cielo comenzaba a clarear.

Herwin improvisó una tumba al pie de un árbol. Con cada piedra, una palabra que no podía pronunciar. Con cada

puñado de tierra, un adiós.

Después, volvió junto a Martin, lo ayudó a ponerse de pie y emprendieron el regreso. El camino era largo y tortuoso. Martin apenas podía avanzar sin apoyarse. Llegaron al riachuelo. Sus pies estaban hinchados, su piel manchada de sangre seca, sus almas extenuadas.

Martin cayó.

—Déjame aquí, Herwin... no puedo más —jadeó Martín con la voz apagada—. El dolor... no me deja seguir.

—No voy a dejarte morir, muchacho —replicó Herwin con firmeza—. Saldrás de esta. Solo un poco más, vamos.

—No llegaré al pueblo... no creo poder. Mis piernas no responden.

—Entonces iremos al castillo. Aguanta. No te dejaré tirado.

Lo sostuvo con fuerza, apoyándolo sobre su hombro, y comenzó a caminar lo más rápido que el terreno y la carga le permitían. Al cabo de un rato, divisaron la torre del castillo elevándose entre los árboles. Una chispa de esperanza se encendió en sus corazones.

Cuando llegaron al claro, Herwin recostó a Martín cerca de

los restos carbonizados de la antigua cabaña.

—El día que vine aquí, dejé al caballo amarrado no muy lejos. Si tenemos suerte, sigue por ahí. Iré a buscar a Vikram. ¿Puedes esperar?

—Si los dioses quieren, amigo mío...

—Derribaste a tres hombres con una sola mano. Una herida no va a poder contigo, estás hecho de hierro —le dijo Herwin con una sonrisa, intentando aliviar la tensión.

Martín rió, pero la risa se transformó en un gesto de dolor.

Herwin corrió al sitio donde recordaba haber dejado al animal. Al llegar, no lo encontró. La cuerda seguía atada al árbol, pero mordida. Desesperado, giró sobre sus talones, y entonces lo vio: el caballo pastaba tranquilo al borde del claro.

El animal lo reconoció y se dejó montar sin resistencia. Herwin cabalgó a toda velocidad en dirección a Rhinwood.

Tardó poco más de una hora en llegar. El caballo, jadeante y cubierto de espuma, seguía avanzando por puro instinto. En cuanto llegó a la casa del doctor, Vikram salió con su bata arrugada y su bigote alborotado. Al oír lo ocurrido, corrió al

interior, regresando con su maletín. Linda apareció tras él, y antes de partir, compartieron un beso y un abrazo.

Montaron juntos y emprendieron el regreso.

Durante el camino, Herwin relató todo lo que había pasado. Vikram lo escuchaba con atención, sacudido por la gravedad de los hechos. Le contó que, el día en que el bote con las pertenencias de Herón llegó al pueblo, nadie se atrevía a tocarlo. Algunos aseguraban que gruñía si uno se acercaba. A la luz de todo lo que sabían, comenzaban a sospechar que ese huevo... había venido dentro del bote. Que quizás todo había comenzado allí.

El sol ya iluminaba con fuerza cuando divisaron el claro. Desde lejos, vieron a Martín recostado, una mano sobre la herida.

Vikram se apresuró a revisarlo. Martín abrió los ojos, aún consciente.

—Hola, doctor. Gracias por venir tan rápido. Estoy mareado... y siento que ardo por dentro.

—Es normal, hijo. Has perdido mucha sangre —dijo Vikram, examinando la cera endurecida sobre la herida—. Hicieron lo correcto, no habrías llegado hasta aquí sin esto.

Abrió su maletín y sacó una aguja y un hilo negro.

—Por la sangre que has perdido y el hecho de que aún hables, parece que la daga no alcanzó órganos vitales. Voy a suturar. Muerde esto.

Le entregó una pequeña barra de madera. Martín la sostuvo entre los dientes.

Al introducir la aguja, el muchacho soltó un gruñido profundo. Herwin apartó la mirada. Cuando el último punto cerró la herida, Martín se desmayó. Vikram, con la serenidad del que ha salvado muchas vidas, aplicó un ungüento y cubrió la zona con un trapo limpio.

—Se pondrá bien —dijo a Herwin—. Pero tenemos que llevarlo a casa cuanto antes.

—Ayúdame a subirlo al caballo y vámonos.

Entre los dos, acomodaron el cuerpo inerte sobre la montura. Comenzaron a caminar lentamente, el sol alto sobre sus cabezas. Tardarían horas en llegar a Rhinwood a ese paso. En el camino, Vikram preguntó por Roco.

Herwin, con un nudo en la garganta, le contó todo. Cómo el pequeño cachorro había dado su vida por ellos, con valentía

y lealtad hasta el final. El doctor lo escuchó en silencio, con una mezcla de respeto y pesar.

Cuando ya casi podían ver los primeros tejados del pueblo, dos hombres vestidos de negro salieron de entre los árboles. Ambos portaban cuchillos y los ojos llenos de odio.

—Malditos —escupió uno de ellos, con voz ronca y espumosa—. ¿Creen que esto se ha acabado? Ella volverá, y con ella nuestro señor. ¡Ustedes no han hecho más que retrasar lo inevitable!

Sin más palabras, se lanzaron sobre ellos.

El caballo, asustado, relinchó y salió al galope, llevándose a Martín hacia el pueblo.

La pelea fue salvaje. Herwin esquivó por instinto el primer cuchillazo, y con un empujón logró desarmar a su agresor. Se abalanzó sobre él, descargando puñetazos con una furia desesperada. No vio venir al segundo hombre, que lo golpeó por la espalda con un palo. El impacto fue brutal.

Todo se volvió negro.

13 LA LUZ EN EL HORIZONTE

Herwin despertó en una habitación familiar. Una suave luz dorada entraba por la ventana, calentando el aire con una tibieza que parecía ajena a todo lo que había vivido. Giró la cabeza con esfuerzo: en la cama junto a la suya, Martín dormía profundamente. Antes de poder procesar lo ocurrido, la puerta se abrió y Linda entró con una bandeja entre las manos.

—Hola —dijo, con una sonrisa cargada de tristeza—. Lamento mucho lo que ha sucedido... pero gracias a tu valentía, y a la de mi esposo, el pueblo está a salvo.

Hizo una pausa. La voz se le quebró, pero siguió hablando con entereza:

—Él... dio su vida por todos nosotros.

Herwin intentó incorporarse, pero un dolor agudo en la cabeza lo detuvo. Linda se apresuró a acercarle una taza de té caliente.

—Por favor, descansa. Has hecho más que suficiente. Martín está mejorando. Solo necesita tiempo.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo hemos llegado aquí?

—Un hombre del pueblo vio a Martín desmayado llegar montado en el caballo. Gritó por ayuda. Varios corrieron en su dirección y encontraron a Vikram enfrentando a ese maldito... Pero antes de que pudieran llegar, lo apuñalaron en el corazón. Luego —dijo tragando saliva—, el asesino se quitó la vida delante de todos.

Los ojos de Linda brillaban con lágrimas, pero su voz se mantenía firme.

—No pensé que pudiera existir tanta maldad aquí... Todos estos años fueron tranquilos, incluso aburridos. Jamás imaginé algo así. Pero por ahora... debes descansar. Yo cuidaré de ustedes hasta que estén fuertes. Vikram murió como un héroe, y ustedes han sacrificado más de lo que nadie podrá jamás devolver.

Herwin asintió en silencio y, agotado, se recostó

nuevamente. Sus párpados pesaban como si llevaran encima el peso del mundo.

La siguiente vez que abrió los ojos, la habitación estaba teñida por la luz cálida del atardecer. Martín, sentado junto a la ventana, contemplaba el exterior en silencio.

—Martín... —susurró Herwin.

El joven se volvió con una sonrisa fatigada, pero sincera.

—Gracias, amigo. No sé cómo podré devolverte todo lo que hiciste por mí. Siento lo de Roco... No debió acabar así.

Herwin asintió, con la mirada perdida. El silencio entre ellos no era incómodo: era el de quienes han visto lo mismo, sufrido lo mismo, y sobrevivido.

—Ahora descansa —dijo Martín, como un eco del pasado—. Creo que todo ha terminado.

Durante las siguientes semanas, Linda cuidó de ambos con devoción. Les preparó comida, cambió vendajes y les ofreció compañía silenciosa cuando la necesitaban. Finalmente, cuando el sol comenzaba a parecer dorado otra vez y los huesos dejaban de doler, llegó el día de partir.

Herwin se despidió de ella con una reverencia sincera.

—Gracias por todo, Linda. Siento mucho que Vikram ya no esté... pero sin ti, no lo habríamos logrado.

—Gracias a ustedes —respondió ella—. Me han acompañado en el luto y me han dado fuerza. Me encargaré de esta casa, y de curar a quienes lo necesiten. Es mi forma de honrar su memoria.

Caminaron por el pueblo en dirección a la iglesia. Las calles estaban llenas de vida: la gente los saludaba, las mujeres los abrazaban, los hombres les estrechaban las manos. Había risas, flores, regalos sencillos. Frente a la iglesia, dos caballos jóvenes estaban amarrados. Sobre sus sillas de cuero, sus nombres grabados con esmero.

Dentro del templo, dos mujeres habían limpiado todo el salón. Donde antes la palabra “Valiente” estaba escrita con sangre, ahora resplandecía pintada en colores, con adornos

florales que la enmarcaban como un homenaje. Martín, al verla, no pudo contener las lágrimas.

Las mujeres se acercaron, los abrazaron, y les agradecieron en silencio antes de retirarse.

Ambos se sentaron en una de las bancas, contemplando la palabra en el muro.

—¿Qué harás ahora, amigo mío? —preguntó Martín.

—Creo que partiré hacia otras tierras. No sé cuánto me quede de vida, pero quiero usarlo bien... Ver algo más del mundo. Vivir sin huir. Y llevar conmigo lo que ha ocurrido aquí.

—Es justo. Solo quiero que sepas que siempre tendrás un hogar en este pueblo. Nadie olvidará lo que hiciste. Y yo... yo me encargaré de que tu nombre perdure.

Herwin asintió. No hacía falta decir más.

Ambos se levantaron. Afuera, el sol comenzaba a descender, lanzando una luz dorada sobre las piedras del camino. Herwin montó su caballo y, sin mirar atrás, se alejó del pueblo que lo había marcado para siempre.

Un capítulo se cerraba.

El horizonte se abría.

Fin.

13 EPILOGO

Dicen que Herwin cabalgó hacia el este, siguiendo caminos que ya nadie recuerda, y que en cada aldea por la que pasó, siempre hubo alguien que lo miró con una extraña mezcla de respeto y melancolía, como si intuyeran que ese hombre había conocido algo que los demás jamás comprenderían.

Algunos afirman haberlo visto en tierras lejanas, ayudando a pueblos asediados por fuerzas que no se atreven a nombrar. Otros dicen que se instaló en un valle entre montañas, donde levantó una pequeña cabaña de madera y vivió en paz, lejos del ruido del mundo. Nadie sabe con certeza dónde terminó su viaje, pero todos coinciden en lo mismo: que nunca volvió a Rhinwood.

Sin embargo, cada año, cuando las hojas del bosque

cambian de color y el aire se llena de aquel olor terroso que anuncia el final del verano, los niños del pueblo se reúnen junto al árbol donde fue enterrado Roco. Y allí, frente a la pequeña cruz de madera, escuchan la historia del hombre que salvó al pueblo de la oscuridad.

Martín, con el cabello ya plateado y los ojos aún encendidos por la juventud que guarda en su memoria, se encarga de contarla. Habla del castillo, del árbol maldito, de la daga escondida y del cachorro que se enfrentó a la muerte con el corazón de un león. Y aunque su voz se quiebra cada vez que menciona ciertos nombres, lo hace con orgullo. Porque sabe que esas historias no deben olvidarse.

Porque, en el fondo, eso es lo que Herwin les enseñó: que no importa cuán oscura sea la noche, mientras quede uno que recuerde, uno que resista, uno que decida no huir... la esperanza nunca se apaga del todo.

Y así, aunque los días pasen y los rostros cambien, Rhinwood sigue en pie. Y en su iglesia, bajo la palabra “Valiente”, se cuenta la historia de dos hombres, un perro fiel y un pueblo que se negó a ser devorado por la sombra.

ACERCA DEL AUTOR

H.H. Sousa (27) es un tipo normal que trabaja, paga facturas como cualquiera y, cuando el curro se lo permite, encuentra en la lectura y la escritura una manera de respirar un poco más hondo. Durante años llevó historias en la cabeza sin saber si algún día tomarían forma; este libro es la prueba de que, al final, decidió darles salida.

No viene de grandes círculos literarios ni pretende vestir de solemnidad algo que para él nace de la curiosidad y el gusto por contar. Escribe para despejarse, para entender ideas que no se dejan quietas y para disfrutar del proceso, frase a frase.

Este es su primer libro. Y no el último.